COLONIALISMO, NEOCOLONIALISMO Y RACISMO

EL PAPEL DE LA IDEOLOGÍA Y DE LA CIENCIA EN LAS ESTRATEGIAS DE CONTROL Y DOMINACIÓN

Eduardo L. Menéndez





Colonialismo,

neocolonialismo y racismo

El papel de la ideología

y de la ciencia en las estrategias

de control y dominación

Eduardo L. Menéndez

México 2018

Menéndez, Eduardo, L., autor.

Colonialismo, neocolonialismo y racismo : el papel de la ideología y de la ciencia en las estrategias de control y dominación / Eduardo L. Menéndez. -- Primera edición. -– Ciudad de México : Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de la Diversidad Cultural y la Interculturalidad, 2018.

1 recurso en línea (156 páginas) : formato PDF

Bibliografía: páginas 141-154

ISBN 978-607-30-1196-9

1. Racismo -– América Latina. 2. Discriminación racial -– América Latina. 3. Imperialismo -- América Latina. 4. América Latina -– Relaciones raciales. I. Universidad Nacional Autónoma de México. Programa Universitario de

Estudios de la Diversidad Cultural y la Interculturalidad. II. Título.

305.80098-scdd22 Biblioteca Nacional de México Primera edición, 2018

Ciudad Unversitaria, 04510, CDMX, México

Programa Universitario de Estudios de la Diversidad

Cultural y la Interculturalidad

ISBN: 978-607-30-1196-9

Diseño y formación: Carlos A. Orenda Trujano

Diseño de portada: L.D.G. Gabriela I. Lavín Maciel

Imagen de la portada: Slave Ship (base de datos de Anti-Slavery International)
Impreso y hecho en México / Printed and made in Mexico

Colonialismo, neocolonialismo y racismo.

El papel de la ideología y de la ciencia

en las estrategias de control y dominación

Eduardo L. Menéndez

Coordinador: José del Val

Universidad Nacional Autónoma de México

Coordinación de Humanidades

Programa Universitario de Estudios

de la Diversidad Cultural y la Interculturalidad

Índice

8

Para Guillermo Bonfil Batalla

Una muy pequeña presentación

El racismo suele aparecer identificado con el nazismo, el antisemitismo, frecuentemente con el capitalismo y escasamente

con nuestros racismos cotidianos latinoamericanos, ya que so-

lemos colocar el racismo en los sectores 'blancos' de Estados Unidos, lo cual nos evita asumir nuestros racismos anti-indígenas y antiafroamericanos. Los racismos no son patrimonio del

desarrollo capitalista ni de los países metropolitanos, pues no sólo son previos al capitalismo, sino que tanto los sistemas

'alternativos' como los denominados socialismos de Estado o

reales, también desarrollaron toda una variedad de racismos que persisten hasta la actualidad.

Actualmente los racismos emergen con fuerza en Europa

respecto de los migrantes asiáticos, africanos y latinoamericanos, desarrollándose inclusive grupos y partidos políticos de corte fascista, que no sólo denuncian la penetración de migrantes,

sino que justifican sus actitudes, aclarando que no apelan a

criterios biológicos y sí, a un etnocentrismo basado en diferencias culturales.

De tal manera que el racismo sería parte del multicultura-

lismo, es decir, que la mayor parte de los racismos desarrollados en los países metropolitanos pretenden ser racismos culturales asumiendo sin buscarlo, lo que constituye una aseveración

correcta, dado que todos los racismos —inclusive los que apelan a las diferencias biológicas— han sido siempre racismos culturales, ideológicos, sociales, políticos o económicos.

Los sujetos y grupos humanos son constitutivamente etno-

céntricos, ya que ven el mundo a partir de sus formas de vivir, y es a través de este proceso —común a todos nosotros— que se van a desarrollar los racismos en función de procesos que favore-cen e impulsan su desarrollo; como ocurre, por ejemplo, con

las migraciones masivas, las cuales —en todos los casos docu-

mentados— evidencian la generación de relaciones racistas

que pueden concluir en el término de una o de dos generaciones o perpetuarse por tiempo casi indefinido.

Como parte de estos procesos, hay dos momentos históricos

que han dado lugar a racismos perdurables, que se caracterizan por haber surgido y desarrollado dentro de procesos de colonización y neocolonización. Me refiero al de la conquista y

colonización europea de lo que se llamó América desde los

siglos xv y xvi, y que supuso el reparto de nuestro continente entre las principales potencias europeas, así como el de la expansión imperialista impulsada en el último tercio del siglo xix, que implicó el reparto planificado del mundo y especialmente

de África, también por las principales potencias europeas y por Estados Unidos.

Será durante este segundo momento que

surgirán casi simultáneamente las teorías racistas y las ciencias antropológicas que, no olvidemos, colaboraron inicialmente de 12

forma estrecha en la justificación de los racismos para —sobre todo después de la década de 1920— convertir algunas tendencias de la antropología social en uno de sus máximos críticos.

Los textos que presento a continuación pretenden reflexio-

nar, a partir de la antropología social, sobre procesos que una y otra vez emergen, porque nunca han terminado de concluir.

Asumiendo que para nosotros el racismo no sólo se expresa a

través de los campos de exterminio nazi o del *Apartheid* sudafricano, sino también en las situaciones de pobreza, extrema

pobreza, marginación y exclusión a las que son sometidos los

indígenas que habitan países americanos. Y aunque algunos

de nuestros grandes empresarios y dirigentes políticos se la-

mentan de tanto en tanto por la situación de miseria de los

pueblos originarios, y crean programas contra la pobreza y el hambre, no obstante sigue persistiendo, dado que es parte de

una situación estructural agudizada en los últimos años.

Los racismos evidencian la perduración de relaciones que

inferiorizan, subordinan y posibilitan discriminaciones o ex-

terminios pese a que han sido cuestionados, por lo menos

desde principios del siglo xx y, sobre todo desde la década de los veinte, por las

diferentes ciencias, desde las biológicas hasta las antropológicas.

Por tanto, la cuestión a asumir es que las propuestas científicas en sí no modifican nuestras realidades, sino que los modificadores son los usos y desusos sociales de la ciencia.

Por eso, respecto de la producción científica, tenemos que especificar cuáles son las fuerzas sociales que se hacen cargo de la misma, observando hacia dónde orientan sus productos y sus explicaciones. Ya que, por lo menos, desde finales del

siglo xix, especialmente desde la década de 1920, la ciencia —y sobre todo las ciencias denominadas ‘duras’— ha sido orientada por los gobiernos y por las empresas privadas, colaborando inten cional o funcionalmente en la perpetuación de los racismos.

Los textos que se presentan a continuación fueron escritos entre finales de los sesenta y primeros años de los setenta,1 cuando el racismo, el colonialismo y el neocolonialismo preocupaban centralmente a una parte significativa de los intelectuales latinoamericanos, considerando que los problemas analizados por dichos textos siguen vigentes, dado que no sólo seguimos viviendo dentro de relaciones racistas sino que —por lo menos en México—

siguen dominando e incrementándose

las desigualdades socioeconómicas y reproduciéndose la po-

breza, la marginación y la discriminación sobre todo de los

pueblos originarios.2 Asimismo, también se ha profundizado

nuestra situación de dependencia económica, política y cien-

tífica de tipo neocolonial, respecto de las cuales el racismo cumple un papel decisivo en su justificación y continuidad.

Además, los considero vigentes por la recuperación de todo

un conjunto de análisis e interpretaciones generadas por diversos autores, sobre todo entre los años cincuenta y setenta, que 1 Estos textos fueron revisados y actualizados en junio de 2017.

2 Desde que contamos con estadísticas demográficas y sociales en México, siempre han sido los sujetos y grupos indígenas quienes han tenido los más altos niveles de pobreza y de extrema pobreza, así como las más altas tasas de mortalidad en todos los grupos etarios y las más bajas esperanzas de vida comparado con cualquier otro sector social; lo cual necesita ser analizado a partir de varios factores, incluido el dominio de situaciones y relaciones racistas.

son casi desconocidas para las generaciones actuales. Y ello, pese a que las mismas explican no sólo el pasado colonial, sino sobre todo nuestro presente neocolonial, a través de propuestas teóricas que los autodenominados ‘decoloniales’ y ‘posocci-dentales’ recientes pretenden haber ‘descubierto’ desde pers-

pectivas que considero ‘reaccionarias’, comparadas con las

generadas previamente.

Coyoacán, Ciudad de México, 30 de junio de 2018.

CAPÍTULO 1

Colonialismo y racismo:

una introducción al análisis

de las teorías racistas

en la antropología social

Caracterizar los conceptos de raza, racismo, etnocentrismo,

relativismo cultural, así como toda otra serie de términos precisa o ambiguamente definidos, y además en proceso de constante

reformulación, constituye un desafío epistemológico e ideológico que nos conduce a uno de los núcleos iniciales de la antropología. Directa e indirectamente, la antro pología social ha ido configurándose como especialidad a partir de conceptos referidos al *otro cultural*; pero un *otro cultural* que frecuentemente ha sido un 'otro biológico', ya que dependiendo de las orientaciones teóricas e ideológicas dominantes, los sujetos de estudio de la antropología han sido definidos a partir del relativismo cultural más extremo o del biologismo racista más etnocéntrico.

Los conceptos señalados, explícita o tácitamente, siguen ope-

rando dentro de la antropología en función de los diferentes

procesos económico-políticos, ideológicos, y por su puesto, acadé-

micos nacionales e internacionales que ejercen presión sobre la misma, aunque manteniendo como eje de su identidad disciplinaria el estudio del otro cultural. Los proce sos económico-17

políticos e ideológicos dentro de los cuales se desarrolla la antropología, darán

lugar a propuestas contradictorias —o

aparentemente contradictorias— que van desde el racismo

biológico hasta el relativismo ‘moral’ y gnoseológico, pasando por el racismo cultural.

Como ciencia específica, la antropología social —y por

supuesto la antropología cultural y la etnología1— a partir de mediados del siglo xix recortó una parte del espacio histórico y social mundial, que corresponde a los grupos étnicos y socioculturales no europeos a los cuales consideró ‘primiti-

vos’, ‘salvajes’ o ‘bárbaros’ y que, más adelante, a mediados del siglo xx, pasarían a ser denominados ‘subdesarrollados’ por

unos y ‘Tercer Mundo’ por otros. La sociología a su vez, y

como parte de la división internacional del trabajo inte lectual, se iba a ocupar de los países ‘desarrollados’. Como vemos, la creación de estas disciplinas expresaba la visión etnocéntrica y evolucionista de los científicos europeos y latinoamericanos del siglo xix, la cual se perpetuará durante gran parte del siglo xx.

El distante objeto de la antropología

Ahora bien, los procesos históricos habían generado la emer-

gencia de nacionalidades diferenciadas en América Latina en

forma previa a la etapa imperialista, y en la mayoría de nuestros países se desarrolló una antropología que asumió científica y 1 Estas tres formas de nombrar a la antropología no refiere tanto a diferencias epistemológicas, sino a corrientes teóricas vinculadas a tradi ciones nacionales.

acríticamente esta división del trabajo intelectual, donde antropólogos

mexicanos o argentinos sólo se dedicaban a estudiar nuestros grupos étnicos, mientras los sociólogos de esos mismos países estudiaban ‘la sociedad’, excluyendo de la misma a sus grupos étnicos.

Los antropólogos investigaban a los grupos étnicos ameri-

canos que habían sido expulsados hacia regiones marginales

de los países en que vivían, pero también estudiaban los grupos étnicos de Asia y de África, donde —sobre todo en ésta última—

la mayoría de los territorios donde vivían dichos grupos, estaban dominados por alguna potencia colonial europea, especialmente Reino Unido, Francia, Alemania, Bélgica y Holanda.

El desarrollo histórico social fue generando cuestionamien-

tos al dominio colonial en los territorios coloniales, los cuales

—y lo subrayo— no fueron estudiados por la inmensa mayoría

de los antropólogos, pese a que parte de dichos cuestionamientos operaron durante la realización de sus trabajos de campo.

Estos cuestionamientos se incrementaron durante la deno-

minada Segunda Guerra Mundial, dando lugar a la crea ción de

sociedades nacionales en toda África y en el sudeste asiático; lo cual creó, si no contradicciones, por lo menos problemas a los antropólogos que comenzaron a llamar a estas nuevas sociedades ya no grupos étnicos o tribales, sino ‘sociedades complejas’.

Entre 1850 y 1930, los antropólogos eran fuertemente ho-

lísticos, o si se prefiere todólogos, de tal manera que un solo antropólogo analizaba todos los aspectos culturales y sociales del grupo estudiado; es decir, estudiaban la familia y el paren-tesco, los aspectos económicos, políticos, religiosos y un largo etcétera. Pero en la medida que su nuevo objeto pasa a ser las 19

‘sociedades complejas’ nuestra disciplina comienza a generar

especialidades como Antropología Económica, Antropología

Política o Antropología Médica,2 replicando lo que la sociolo-gía venía haciendo, ya que la misma había generado especiali-

dades referidas a economía, política o salud; proceso que

continúa reproduciendo la escisión entre los mundos civiliza-

dos y ’primitivos’ a partir de la cual se había generado y desarrollado nuestra disciplina.

Estas tradiciones etnocéntricas —que asumimos en forma

‘natural’ los antropólogos— persistirán sobre todo en América Latina, donde el surgimiento de los sujetos de estudio, ‘campesinado’ y ‘folk’, desde mediados de 1920 siguió convalidando una división del trabajo que expresa una concepción dualista, pero también —frecuentemente— racista de la hu manidad. Es

decir, mientras a finales del siglo xix y gran parte del siglo xx, la diferenciación se hizo entre razas y culturas superiores e inferiores, entre primitivos y civilizados, y más tarde, entre desarrollados y subdesarrollados; sin embargo, y pese a las críticas, dichas diferenciaciones se mantuvieron a través de la distinción entre lo urbano (desarrollado) y lo campesino (no desarrollado), o con el surgimiento de categorías como la de ‘países emergentes’.

Al respecto, durante toda su trayectoria el antropólogo será el especialista en las sociedades ‘inferiores’, no occidentales, subdesarrolladas, campesinas y, en lo posible, no emergentes.

En el quehacer científico observamos la persistencia de

una diferenciación, que no sólo no resiste el menor análisis

2 Las tendencias a la especialización se desarrollan por lo menos desde principios del siglo xx, pero durante este lapso se institucionalizan.

epistemológico, sino que expresa una concepción de base

etno céntrica y que los latinoamericanos asumimos durante

mucho tiempo, no sólo sin cuestionarla, sino sin ‘verla’. Esta diferenciación podemos observarla inclusive en autores reconocidos como progresistas, y así por ejemplo R. Bastide analizando las relaciones entre sociedad y enfermedad, sostiene

que la etnología se ocupará “de los programas de salud mental en los países subdesarrollados o en las comunidades rurales”

(Bastide, 1967: 17), mientras S. Jonas (1967), en un texto que trata sobre las áreas comunes y diferenciales entre las ciencias sociales e históricas, convalida la dicotomía dominante en la concepción occidental de los pueblos con y sin historia, ocupándose de los segundos —por supuesto— la antropología.

Es decir, a pesar de que los objetivos de investigación de las ciencias antropológicas podían ser el significado social de la enfermedad en colonias populares de la Ciudad de México, o

el análisis de la estructura familiar en sectores de estrato social bajo en Londres, no sólo las definiciones, sino la forma de

‘pensar’ de los antropólogos seguían colocando nuestra ciencia en un ‘lugar’ alejado de lo occidental.

Referencias similares podemos observar en autores que es-

criben durante las décadas de los cincuenta y sesenta, y ello más allá de las orientaciones científicas e ideológicas que los caracterizan. Más aún, el distanciamiento entre el antropólogo occidental y su objeto de estudio aparecerá valorado como

una situación que posibilita al antropólogo una mayor objeti-

vidad que a ningún otro científico social.

Si bien, esto ha sido sostenido por numerosos antropólogos,

quien convierte dicha particularidad en núcleo de la metodo-

logía y diferencia antropológica es Claude Lévi-Strauss (1966).

Según este autor, el antropólogo —pensando en un antropólogo

‘occidental’— al estudiar una sociedad radicalmente diferente de la sociedad de pertenencia del antropólogo, estudia al ‘otro’

despojado de todo presupuesto, lo que no podrían hacer el

sociólogo ni el politólogo cuando estudian su propia sociedad.

De tal manera que Lévi-Strauss parece olvidarse que se

formó en un contexto social donde operaban los colonialismos

y racismos, y que por tanto, su manera de ver y pensar los

Tristes trópicos (1955) está saturada de presupuestos, precon-ceptos y sobre todo prejuicios, respecto de ese objeto distinto y lejano; al igual que los sociólogos y politólogos los tienen respecto de su propia sociedad. Lo cual no niega que un ‘extraño’

—el antropólogo— observe en la sociedad a la que arriba, as-

pectos que las propias comunidades no ven, pues han sido

‘naturalizados’ por las mismas. Proceso que no excluye la persistencia del ‘colonialismo’ que la mayoría de los antropólogos

‘llevaban adentro’.

Por más que Lévi-Strauss es uno de los padres teóricos de la

existencia de un ‘inconsciente cultural’, en su propuesta no

asume que su visión del ‘otro’ —en su caso ciertos grupos indios brasileños— está marcada no conscientemente por la pertenencia a una sociedad fuertemente colonialista y racista como la francesa.3 En sus trabajos no hay propuestas de realizar una 3 Este no es un problema particular de Lévi-Strauss ni de la antropología francesa, sino que es la actitud metodológica dominante en nuestra disciplina.

Por ejemplo, el antropólogo hindú Srinivas señala que desde la década de 1930 sus trabajos de campo fueron sobre su propio país, con lo cual no estaban de acuerdo los antropólogos británicos, ya que para éstos los antropólogos 22

ruptura epistemológica con su forma de ver al ‘otro’, ni siquiera llega a reflexionar como F. Fanon o como J. Duvignaud,

que el sujeto de estudio del antropólogo al ser un sujeto producto de la relación colonial, suele enmascararse construyendo una ‘cara’ —como diría Goffman— para la mirada y la observación del antropólogo de un país colonizador. De allí que

estos autores concluyan que gran parte de los estudios antropo-lógicos se caracterizan por un ‘defecto radical’, que la mayoría de los antropólogos no analizan. Defecto que, por una parte,

refiere a los supuestos inconscientes no objetivados del investigador (Bourdieu *et al.* , 1975; Devereux, 1977), mientras que por otra remite al ‘enmascaramiento’ del investigado no detec-tado por su investigador (Fanon, 1962, 1966, 1968), lo cual

convertiría toda —o casi toda— investigación antropológica

en una suerte de relato colonial. Relato que no es asumido por la mayoría de los antropólogos, dado que los mismos no expli-citan los supuestos a través de los cuales se relacionan con su sujeto de estudio, y obviamente no me estoy refiriendo sólo a los supuestos teóricos, ni siquiera a los ideológicos, sino a los

supuestos existenciales.

Lo propuesto no niega que a partir de los aspectos señalados, la trayectoria de la antropología se caracterizará por procesos que tratan —sobre todo desde la década de 1920— de fundamentar

al sujeto humano como un ser básicamente cultural caracteri-

zado por su enorme plasticidad cultural y biológica, tratando no deben estudiar sus propias sociedades. Srinivas recuerda que E. Leach (1982) consideraba que trabajar sobre la propia sociedad afectaba la investigación, dado que la mirada antropológica estaría distorsionada por los prejuicios derivados de la vida pública y privada del investigador (Srinivas, 1997: 21).

varias de las tendencias antropológicas de evidenciar que en la relación biología/cultura, la cultura será lo determinante.

Si bien entre 1920 y 1940 se desarrollan fuertes tendencias

racistas y eugenésicas que alcanzan su máxima expresión a tra-vés de las políticas biológico/racistas desarrolladas a nivel de estado entre 1933 y 1945 en varios países europeos; no cabe duda que varias orientaciones antropológicas cuestionaron tanto el racismo como el dominio de interpretaciones biológicas.

Es importante reconocer que estos cuestionamientos al ra-

cismo y al biologismo se mantuvieron hasta la actualidad, pero sin negar el constante retorno de propuestas de este tipo, como las sustentadas en las décadas de los sesenta y setenta; o por el nuevo evolucionismo británico en las décadas de 1990 y 2000.

Más aún, durante los ochenta y noventa, y debido al desarrollo de muy diferentes procesos, especialmente los relacionados

con el incremento de las migraciones internacionales, se fue

configurando el denominado racismo cultural en varios países

europeos, y que se expresó a través de la constitución de partidos nacionalistas cuyos objetivos políticos refieren a la reivindicación de la identidad nacional. Esto lo observamos en Francia, Austria, Dinamarca, Holanda, Inglaterra y, durante principios del 2000, en Grecia. En algunos de estos países, especialmente durante la crisis económica que se desarrolla entre 2008 y 2016, se recuperan propuestas que articulan racismo cultural

con racismo biológico, que en varias de estas naciones generan propuestas racistas de tipo nazi a nivel de organizaciones polí-

ticas con representación parlamentaria.

Es necesario recordar que, desde mediados de la década de

1930, determinados grupos negros en África y en Estados Unidos

desarrollarán propuestas no sólo de reivindicación de la ‘negritud’ y de denuncia del poder blanco, sino que plantearán una

radical diferencia del negro respecto del blanco. Inclusive en las décadas de los cincuenta y sesenta, algunas tendencias estadounidenses plantearon la superioridad de los negros respecto de los blancos, lo cual, en las décadas de los ochenta, fue retomado también por algunos grupos indianistas andinos.

Así como líderes del poder negro, como E. Cleaver, plantea-

ron en los cincuenta que un sociólogo blanco no podrá entender nunca las sociedades negras, lo mismo propusieron algunos indianistas en los ochenta respecto de los antropólogos ‘blancos’

que pretendían estudiar las culturas amerindias. En todos estos procesos estuvieron y están complicados e implicados antropó-

logos que, por una parte, fundamentan el racismo cultural o el relativismo radical, y por otra tratan de moderarlo a través del multiculturalismo, y en menor medida con la interculturalidad.

Las justificaciones teóricas del racismo

Dado que el racismo, el etnocentrismo e inclusive el relativis-mo cultural radical constituyen procesos caracterizados por su continuidad/discontinuidad y no por su desaparición o cance-lación, considero necesario recuperar cómo éstos —y especial-

mente el racismo— se han configurado y desarrollado.

El racismo puede ser analizado a través de dos enfoques

complementarios; por una parte, a través de los que estudian su incidencia particular y que refieren a racismos antinegros, anti-gitanos, anti-indígenas, antiblancos o antisemitas, focalizando 25

la particularidad de cada uno de ellos. Y por otra, los que proponen una aproximación y una interpretación de conjunto que

posibilite ulteriormente el análisis de las problemáticas particulares, pero donde los racismos son referidos a los conflictos sociales que dan lugar al desarrollo de los mismos.

Las formas de inferiorización, estigmatización y diferencia-

ción han sido documentadas a lo largo de la historia, incluyen-do la creación de sistemas de estratificación social en sociedades como la India o la Grecia clásica basados en la exclusión de

uno de los estratos sociales.

Si bien los procesos de persecución de judíos emergen

tempranamente dentro de sociedades cristianas, y las conse-

cuencias genocidas de la conquista europea de América las

observamos desde el siglo xvi, considero que los procesos de

diferenciación racial —en términos biológicos— que acompa-

ñaron al desarrollo de la Antropología, se constituyeron en los países europeos de mayor desarrollo capitalista, entre mediados del siglo xviii y mediados del siglo xix.

Sin embargo, tenemos antecedentes españoles coloniales y

no coloniales que remiten a la 'limpieza de sangre', aunque la mayoría de las estigmatizaciones y diferenciaciones estaban

basadas en diferencias culturales, especialmente de tipo religioso, y no en criterios de tipo biológico (Benoit, 1952; Williams, 1944).

En consecuencia, el racismo biológico surgió en socieda-

des caracterizadas por un determinado desarrollo económi-

co-político, por su expansión colonial y por la existencia de concepciones y tecnologías científicas que formularán las teorías antropológicas, biológicas y psicológicas que legitiman la 26

aplicación de criterios de identificación, diferenciación y de explotación racista.

Así, el racismo biológico se apoyó en criterios que posibili-

ten el establecimiento de una diferenciación radical entre los seres humanos, pero ya no basados en la religión o en el territorio, sino en la raza, que es un concepto construido a través de indicadores de 'ciencia dura', acompañados por una teoría de la evolución que podía ser resignificada —como lo fue— en

términos racistas.

Las teorías evolucionistas formuladas por los antropólogos

sociales fueron correlativas de las teorías evolucionistas planteadas por biólogos, antropólogos físicos y psicólogos, y que se aplicaron sobre todo respecto de las sociedades colonizadas, pero que también fueron referidas a las clases sociales de sus propios países, especialmente en Reino Unido, Francia, Italia y Estados Unidos. Inclusive en este último país, no sólo los biólogos, sino los médicos

propusieron una clasificación racial de la población para distribuir y analizar los datos epidemiológicos, clasificación que con algunos agregados se mantiene hasta la actualidad.

Una parte de estos científicos formularán concepciones

eugenésicas que llevarán —desde principios del siglo xx— a la aplica ción de medidas cuyos objetivos centrales son el mejoramiento de la raza y la reducción o eliminación de los procesos de degeneración racial, lo que condujo a la esterilización o el control químico de sujetos considerados inferiores o 'degenerados'.

Esta práctica eugenésica se llevó a cabo en Dinamarca, Esta-

dos Unidos, Reino Unido, Suecia, e inclusive Alemania, mucho

antes de que el nazismo tomara el poder en dicho país. Pero no cabe duda que los países que adoptaron el racismo como política 27

de Estado, a partir de 1933, fueron aquellos que llevaron las prácticas eugenésicas hasta sus últimas consecuencias.

Ahora bien, la mayor parte de los antropólogos que trabajaron entre 1850 y 1910 asumieron, explícita o tácitamente, distintas variedades de racismo y evolucionismo biológico.

Sin embargo, la crisis de la idea de progreso generada por

la Primera Guerra Mundial y sus consecuencias, como el sur-

gimiento de movilizaciones y demandas sociales y políticas en territorios colonizados, la toma del poder por el 'comunismo'

en Rusia, las movilizaciones organizadas de las clases bajas en los principales países capitalistas, la profunda crisis económica de 1929 o el desarrollo de movimientos sociales en países que asumen el racismo como política de Estado, entre otros procesos sociopolíticos y científicos, comenzarán a incidir en la emer-gencia de diversas corrientes antropológicas

Es a partir de fines de 1920 y durante la década de 1930 que

estas corrientes no sólo se opusieron frontalmente al racismo, sino que manejarán hasta niveles sumamente imaginativos el

relativismo cultural como mecanismo ideológico/científico de

oponerse a un racismo que ya es parte de las políticas de Estado en varios países.

No obstante, subrayamos que sólo una minoría de antropó-

logos vinculará el racismo con el sistema colonial capitalista hasta bien avanzada la década de 1950. Una de las antropólogas que percibió con mayor claridad el proceso racista y lo enfrentó a través de su activismo social y político, fue R. Benedict (1941), quien sostuvo que lo fundamental para comprender el problema

racial es centrar dicho problema en el conflicto y en la situación social, y no en la raza en sí.

Propone, por tanto, analizar el racismo a través de los pro-

cesos sociales, culturales y económicos dentro de los que éste surge y se desarrolla, y no pensarlo a partir de categorías definidas *a priori*, como la de raza. Es partiendo del conflicto social de las dinámicas coloniales o clasistas que los diferentes procesos raciales pueden ser explicados y vinculados.

En consecuencia, se comienza a plantear que las diferen-

tes, y aparentemente contradictorias formas de racismo, surgen dentro de determinadas organizaciones sociopolíticas. Según K.

Little:

[…] se puede decir que las relaciones raciales son un fenóme-

no propio de una época bien determinada de la historia de la

humanidad, y que ese fenómeno se remonta a las primeras

tentativas hechas por los europeos para explotar los territorios de ultramar, por lo que devienen entonces como una parte

integrante de la doctrina económica e imperialista del colo-

nialismo. El estudio de la política occidental en el siglo xix revela, en efecto, la existencia de relaciones muy estrechas

entre los mitos raciales y la ambición nacional e imperialista.

Se puede considerar que las actitudes y antagonismos raciales dependen de la estructura social occidental considerada en su conjunto y resultante de los movimientos sociales que han

orientado la evolución de esta sociedad después de quinientos o seiscientos años (K. Little, 1960: 109).[4]

4 No reducimos el racismo al sistema capitalista y sus numerosas variantes, ya que fenómenos anti-islámicos y de antisemitismo se han observado en el caso de los países denominados como socialistas reales, y especialmente en la ex urss. Considero que por lo menos una parte de esos racismos tienen que ver con la extraña alianza que se dio entre aspectos precapitalistas, socialistas y capitalistas, sobre todo desde la década de 1930.

Un análisis un tanto esquemático del desarrollo capitalista

propone que cada etapa de su desarrollo se correlaciona con

determinadas formas de colonialismo.

El proceso de acumulación primitiva de los países en que

se desarrollarán las formaciones capitalistas, se generó a través de formas de explotación de la mano de obra a nivel de sus

propios países y de los territorios colonizados.

Estas formas de explotación de mano de obra dieron lugar

—desde el siglo xvi— al desarrollo de sistemas de esclavitud y semiesclavitud, que se aplicaron y se legitimaron diferencial-mente a partir de las diferentes estructuras políticas e ideológicas dominantes en las potencias occidentales colonialistas. Las mismas posibilitaron el despegue del capitalismo y el desarrollo ulterior de las formas 'libres' de trabajo, con las cuales convivieron hasta la actualidad las formas de trabajo esclavo y semiesclavo.

En el caso de la conquista y colonización española, y más

allá de las formas de explotación de la mano de obra indígena y de los mecanismos de distanciamiento social —generados

entre españoles y nativos a través de un sistema de castas—, las características socioeconómicas de España —saturada de elementos pre-capitalistas, así como del papel de principios religiosos cristianos— conducirán a establecer concepciones ideológicas

contradictorias respecto de los 'indios'.

De tal manera que mientras Juan Ginés de Sepúlveda

considera a los nativos americanos como bárbaros, brutos y

seres inferiores incapaces de gobernarse a sí mismos, Bartolomé de las Casas cuestiona esta visión, que no obstante, fue la que rigió en la dominación española e incluyó tempranamente la

esclavitud y semiesclavitud como formas de explotación de

mano de obra.

En el caso de las colonizaciones tempranas inglesa, francesa

y holandesa, las concepciones discriminatorias iniciales justificadoras de la esclavitud pasaron por lo religioso, para luego modificarse al generarse un proceso masivo de conversión religiosa de los ‘nativos’.

Así, durante la segunda mitad del siglo xix, las justificaciones religiosas pasarán a ser de tipo científicas, tanto en términos biológicos como civilizatorios. Si bien en Sudáfrica los holandeses trataron de seguir justificando la esclavitud a través de criterios religiosos, decidiendo que “no se bautizara ni se diera instrucción religiosa a los niños nacidos en esclavitud” (Benedict, 1941: 137). No obstante, el proceso de evangelización y conversión de los grupos sudafricanos prosiguió, lo que condujo a los colonizadores holandeses a abandonar los criterios religiosos y reemplazarlos por criterios racistas biológicos, fundamentados en estudios antropológicos. Proceso que también se dio en Estados Unidos durante el mismo lapso.5

Violencia, distanciamiento y paternalismo

Las relaciones coloniales presentan varias características, pero sobre todo tres: violencia, distanciamiento y paternalismo. La 5 Topinard, una de las mayores autoridades francesas en antropología física, en una comunicación leída en la Sociedad de Antropología de París, sostenía que sus colegas norteamericanos Nott y Giddon confundían los estudios antropológicos con los intereses de tratantes de esclavos.

violencia fue ejercida de diferentes maneras, desde la esclavitud forzada hasta el extermino, pasando por el uso legitimado del uso y violación de mujeres. La exterminación total o casi total se dio en forma permanente hasta fechas demasiado recientes, como en el caso de los tasmanios exterminados por los angloaustralianos o el de onas, fueguinos y tehuelches exterminados en territorio argentino con el objetivo de apropiarse de sus tierras. Episodios similares hay en la conquista del oeste de estadounidenses y brasileños, así como en la penetración

francesa en Sudán.6

La violencia fue usada con tres objetivos básicos, la apro-

piación de mano de obra, la apropiación de tierra y la exhibi-ción de una política de control a través del terror. Como lo describió minuciosamente, tanto en términos históricos como etnográficos, el equipo de la Universidad de Cornell dirigido por A. Holmberg; los campesinos de las haciendas peruanas fueron sometidos desde el periodo colonial por un terror cotidiano aplicado de múltiples formas, generando graves conse-cuencias en la salud mental de los aldeanos. Consecuencias que también fueron reconocidas no sólo para el campesinado indígena de América Latina, sino para la población amerindia de Estados Unidos y para grupos étnicos africanos y asiáticos (Balandier, 1971).

El terror y la fuerza física potencial que podía concluir en masacres, fueron aplicados sistemáticamente como mecanis-mos de control social permanente, dado que los colonizadores

6 Consultar Balandier, 1963; Collier, 1959; Suret Canale, 1959; Turnbull, 1948.

necesitaban evidenciar su capacidad de someter a los coloni-zados sea como fuera y en cualquier situación, pese a que constituían una minoría. En muy diferentes contextos colonia-les unos pocos miles de personas se impusieron y controlaron a centenares de miles, y en casos como India o el imperio in-

caico, a millones de personas.

De allí que la violencia fue reconocida por los colonizados

como uno de los núcleos del poder colonial: “El periodo colo-

nial recibe, por parte de los negros africanos, la denominación de ‘tiempo de la fuerza’, pues es por la fuerza, por las coaccio-nes y la violencia física como se instauró el régimen europeo”

(Ki-Zerbo, 1980: 623). Pero reitero, la violencia actuó no sólo en tanto violencia física, sino como un mecanismo ideológico

de control, como una amenaza permanente, que posibilitaba

el autocontrol de los cuerpos colonizados.

Toda relación colonial implica establecer mecanismos, reglas

y concepciones que aseguren el distanciamiento social entre

el colonizador y el colonizado; más aún, implica la construc-

ción y uso de estereotipos que no sólo operan en el colonizador y en el colonizado, sino que refuerza los distanciamientos.

Toda relación colonial constituye una relación entre perso-

nas y grupos que aparecen ante el ‘otro’ a través de estereotipos que niegan la categoría de personas a los colonizados, y sólo la reconoce en los colonizadores. Estos mecanismos y estereotipos tienen que hacer impensables e irrealizables determinadas relaciones sociales en términos políticos, económicos, culturales y emocionales, tanto a nivel colectivo como personal. Los estereotipos de infantilización, de salvajismo, de animalidad que el colonizador construye y usa respecto del colonizado,

reemplazan la identidad cultural del nativo para justificar las formas de trato que

aplica el colonizador.

Los colonizadores convirtieron el canibalismo en un atributo

de los pueblos que colonizaron, de tal manera que lo encon-

traron en América, en Polinesia o en África, pero rechazando

que ese comportamiento operara en el Occidente cristiano, pese a que la comunión constituye una suerte de canibalismo simbó-

lico, que remite a procesos previos simbólicos y no simbólicos.

El canibalismo es parte de la vida de numerosos grupos étni-

cos occidentales y no occidentales (Volkhart, 1949), aun cuando hay especialistas que niegan su existencia colocándolo exclusivamente en los pueblos no occidentales, emergiendo como una

expresión del salvajismo de dichos pueblos.

Forma parte, por tanto, de los estereotipos distanciadores

construidos no sólo por los colonizadores, sino también por

los colonizados. Y así, por ejemplo, en ciertos grupos africanos está muy difundida la creencia en el canibalismo del hombre

blanco: “los africanos le tenían terror al hombre blanco al observar en las autopsias y los servicios de transfusión de sangre la continuación de la antigua manufactura de *mumiani*, la medicina de la momia a base de la sangre de los muertos” (Worsley, 1966: 28). Las madres africanas solían amenazar a sus hijos, con que si se portaban mal serían comidos por el hombre blanco.

Son estos estereotipos fraguados en la situación colonial, y

donde cada una de las partes utiliza elementos propios resignificándolos en función del otro, los que potencian una relación que, cuando desaparecen los mecanismos político-económicos

que posibilitaban, por ejemplo, esclavizar a la población africana, siguen

operando e impidiendo establecer una relación social 34

simétrica. Es decir, los estereotipos persistirán como parte de las relaciones de hegemonía/subalternidad que dominan las relaciones colono/colonizado.

El paternalismo constituye un mecanismo de distancia-

miento que se desarrolla a través de violencias físicas y sim-bólicas. Supone la infantilización del otro, convertirlo en un sujeto dependiente que necesita ser guiado, pues él no sabe

conducirse solo. Supone que el ‘nativo’ es un sujeto inmaduro, no responsable, que necesita ser conducido y controlado por

su propio bien. Gran parte de las conductas propias de los

grupos y sujetos colonizados son conside radas como conductas

‘no adultas’ que necesitan ser controladas, modificadas o extir-padas. El paternalismo y su correlato, la infantilización, suelen ser asumidos como propios por los sujetos y grupos colonizados, limitando sus posibilidades de negación del otro que los coloniza (Elkins, 1959; Bastide, 1961).

Es en función de estos procesos constituidos en la situación

colonial, que varios de los principales teóricos e ideólogos de la descolonización africana propusieron la violencia como el

principal mecanismo de descolonización. El ejercicio de la

violencia implicaba luchar contra el colonizador y sus instituciones para desalojarlos del poder, así como para violentar el estereotipo que el colonizado tenía de sí mismo, y que correspondía a la imagen construida por el colonizador. Para autores como Fanon, pero también para Mandela o Krumah, la violencia era un mecanismo necesario para generar una ruptura

radical con el infantilismo, dependencia y autodenigración

que los colonialismos habían impuesto a los africanos, y que

éstos habían internalizado.

Estas relaciones se constituyeron dentro de la situación colonial, en la cual el dominador necesitó siempre establecer la

inferioridad del dominado en todos los aspectos posibles, aun cuando ello contrastara con los datos de la realidad. Más aún, si los datos de la realidad evidenciaban la no inferioridad de los dominados, dicha realidad debía ser destruida o resignificada.

Y eso es, por ejemplo, lo que ocurrió con la Conquista

española en el caso de las culturas incaicas, mexica o maya, las cuales no sólo evidenciaban el alto nivel tecnológico o ‘artístico’ al que habían llegado comparado con los países conquista-

dores, sino que en ciertos aspectos evidenciaban un mayor

desarrollo civilizatorio.

Los europeos necesitaron destruir esas civilizaciones y con-

vertir sus formas de vida en formas inferiores comparadas con las europeas, para luego de un tiempo de destruidas, recuperarlas a través de la investigación arqueológica e histórica, reconocien-do especialmente su valor estético y turístico, pero escindiendo a los descendientes actuales de las sociedades que gestaron

dichas civilizaciones.[7]

Procesos similares se dieron en el caso de los imperios su-

daneses o de la India. Los análisis realizados sobre el desa rrollo socioeconómico de la India anterior a la penetración británica, indican que su

desarrollo económico, artesanal e industrial no corresponde a la versión inglesa de su atraso, tanto que en

numerosos aspectos la industria hindú podía ser comparada

7 Lo señalado no niega la validación positiva de las culturas americanas precortesianas, inclusive a nivel científico, por una parte de los cronistas espa-

ñoles. Ver especialmente la obra de B. de Sahagún.

positivamente con la producción industrial europea.[8] Por lo

tanto, el estereotipo del atraso económico hindú fraguado por los británicos sirvió para justificar la penetración europea, así como para imponer criterios de superioridad e inferioridad

que fueron construidos y aplicados en la relación colonial.

Como señalamos, la penetración colonial necesita destruir

lo preexistente, y así observamos que en menos de un siglo India se tornó irreconocible debido a las acciones impulsadas por

los ingleses, que simultáneamente destruyeron su industria y

desarrollaron estereotipos sobre la inferioridad de los hindúes.

Así, el hindú pasó a ser visto por los colonizadores como un

ser inferior, sin mayores competencias, habilidades o inteli-

gencia que un animal:

[…] como un ser casi reducido a simples funciones anima-

les, en las que incluso se desempeñaba mediocremente. Su

competencia y habilidad en los contados sectores profesio-

nales a los que está limitado, apenas si sobrepasan la destreza que puede adquirir cualquier animal de análoga conforma-ción, pero de inteligencia nunca superior a la de un perro,

un elefante o un mono […], lo que basta para convencernos

de que tal pueblo no ha podido nunca encontrarse en un

estado de mayor adelanto cívico (Clairmonte, 1963: 124).

8 En el análisis de Clairmonte se sostiene que "Tampoco se encontraba atrasada la India en el terreno de la construcción naval. Sus barcos surcaron los siete mares y hasta 1802 los buques de guerra británicos fueron construidos por la India, e Inglaterra compraba los planos de los constructores hindúes.

Hasta comienzos del siglo xix los productos de los astilleros de la India se equiparaban técnicamente con los navíos transoceánicos de la Gran Bretaña"

(Clairmonte 1963: 107).

Los europeos necesitaron construir una imagen del otro

colonizado, que no sólo les permitiera pensar y actuar respecto de ellos hasta el etnocidio, sino que necesitó que dicha imagen fuera asumida e integrada por los colonizados. Inclusive los

europeos creyeron en el mito racial que construyeron, pasando a considerarlo verdad, de allí la fuerza ideológica con que actuaron. Ellos necesitaron establecer un corte radi cal entre los occidentales y los demás pueblos para justificar que lo que

estaba ocurriendo social y políticamente en sus propios países de origen, no podía ser aplicado a los colonizados, dada su inferioridad racial y cultural.

Me refiero tanto a las luchas sociales desarrolladas en las

metrópolis que estaban obligando a las clases dominantes a ‘reconocer’ y a ‘otorgar’ ciertos derechos laborales y salariales a las clases bajas urbanas, como al desarrollo de explicaciones teóri-co-ideológicas que cuestionaban las desigualdades socioeconó-

micas dominantes, y generaban propuestas políticas de cambio.

Las teorías evolucionistas y las teorías racistas cumplieron un papel relevante en la justificación de la expansión y dominio colonial y en el control ideológico de las clases sociales subalter-nas. El racismo, pensado en términos científicos e ideológicos, posibilitó establecer una distinción radical entre las metrópolis y sus colonias externas, así como también justificar el colonialismo interno, especialmente en Estados Unidos. Como señala Little: Los pueblos como el inglés, el norteamericano, el sudafricano, que son por tradición los más ligados al cristianismo, a la democracia y al ideal de igualdad, son también los que establecieron las distinciones más marcadas entre las razas. De

ahí la necesidad de encontrar una justificación racional a los

prejuicios que permita a los miembros del grupo que se dice

superior, escapar a un grave conflicto intelectual y moral,

evitando percibir su propia inconsecuencia (Little, 1960: 108).

De tal manera que el colonizado debe ser excluido, debe ser

convertido en un otro que nunca pueda ser parte de nosotros; de alguien sobre el cual se pueda realizar casi cualquier cosa. Esta concepción sólo puede ser pensada y aplicada a partir de considerar las diferencias no sólo como biológicas, sino como innatas, de tal manera que la inferioridad de los africanos y la superioridad de los europeos aparecieran como eternas.

Es decisivo asumir que el conjunto de las ciencias, y no sólo la antropología, legitimó el racismo; y más aún, que algunos de los más relevantes científicos —hasta fechas relativamente recientes— lo veían como un hecho normalizado:

El racismo de los historiadores tradicionales del siglo xix y principios del xx, a la hora de tratar las culturas africanas es espeluznante. La mayoría de ellos se negaba a creer que las

sociedades africanas tuvieran una historia digna de ser relata-da o por lo menos estudiada. El catálogo de citas sería interminable, y con una es suficiente: Arnold Toynbee, en *A Study of a History* considera ‘Cuando clasificamos la humanidad por colores, la única de las razas primarias […], que no ha

hecho ni una sola contribución creativa a cualquiera de nues-

tras 21 civilizaciones es la raza negra’ (R. Hughes, 1994: 150).

Así, la antropología, la biología, la psicología, la sociología y la historia desarrollaron teorías que legitimaron la escisión entre socie dades inferiores y superiores durante la segunda

mitad del siglo xix y primera parte del siglo xx, y no obstante los cuestionamientos a teorías y acciones racistas —por parte de 39

los científicos de países coloniales y sociedades colonizadas—

persistirá la generación de concepciones etnocéntricas e inclusive racistas occidentales. Dicha persistencia se debe, en parte, a la propia dialéctica académica pero, sobre todo, al surgimiento de procesos económico-políticos e ideológicos que requieren justificaciones científicas para el desarrollo de sus propios objetivos.

Por eso, en el caso de las teorías racistas, aunque existe, como en todo campo teórico, una trayectoria y dialéctica propia a

nivel académico, no cabe duda que necesitamos correlacionar-

las con los contextos económico/político e ideológicos dentro de los cuales surgieron, se desarrollaron, desaparecieron o per-sistieron, dado que si no lo hacemos, no vamos a entender —por ejemplo— la presencia y uso actual de concepciones que han

sido refutadas hace tiempo en términos científicos.

Como indica Myrdal:

Estoy impresionado por la fuerza de la tradición en la mayoría de las especulaciones teóricas y particularmente dentro del campo económico. Aun cuando no tengamos conciencia de nuestro cautiverio, siempre nos encontramos, en mayor o menor grado bajo la influencia de ciertas ideas muy generales o de patrones de pensamiento que nos han ido legando desde hace tiempo. En una u otra época, estas ideas maduraron en doctrinas definidas, pero aún ahora, cuando muchas de ellas ya no tienen aceptación y han sido refutadas, a menudo prevalecen en la forma de predilecciones vagas y ejercen considerable influencia en nuestra forma de pensar […].

Nuestros instrumentos de análisis han sido moldeados dentro de la tradición de esas doctrinas y predilecciones y las hemos adaptado a nuestro trabajo. Ello determina ampliamente cuáles son los problemas que planteamos y las formas en que los resolvemos (Myrdal, 1962: 145-146).

Si bien es correcto lo señalado por Myrdal, en relación con el mantenimiento de tradiciones orientadas a pensar la reali-

dad como parte de nuestros hábitos académicos, pese a que las mismas han sido descartadas científicamente; sin embargo,

considero que dichas tradiciones se mantienen no sólo debido

al peso profesional de las mismas, sino también —por lo menos en el caso del racismo— por el mantenimiento de concepciones

y de prácticas racistas en la vida cotidiana de los sujetos y grupos, incluida la vida cotidiana de los académicos y profesionales. Es decir, no sólo son hábitos institucionales de pensar, sino que constituyen prácticas sociales como podemos observarlo en la

aplicación de esterilizaciones sin consentimiento en América

Latina entre 1940 y 1990, o en las acciones anti-inmigrantes

en varios países europeos en la actualidad, lo cual nos está indicando la persistencia del racismo entre nosotros, más allá de que reiteradamente lo hemos dado por refutado y desaparecido. Por tanto, pienso que necesitamos interrogarnos sobre

cuáles son las variadas causas de la persistencia del mismo, y especialmente sobre el rol que la práctica científica tiene en dicha persistencia.

CAPÍTULO 2

Políticas coloniales y neocoloniales:

de los teóricos de la colonización

a las teorías antropológicas

Las políticas colonialistas desarrolladas por los países europeos durante el siglo xix y primera parte del siglo xx se caracterizaron por su pragmatismo; es decir, por aplicar una variedad de acciones que trataron de imponer sus objetivos económico-políticos básicos, resolver los conflictos generados entre las distintas potencias coloniales, así como dar respuestas a los procesos de descolonización

que fueron surgiendo especialmente en sus posesiones africanas y asiáticas, más allá de que dichas acciones fueran o no congruentes con sus propuestas teóricas e ideológicas. El objetivo central de ese pragmatismo fue seguir manteniendo la explotación económica de sus colonias a través del dominio directo e indirecto de las mismas.

Si bien, la expansión capitalista generó una imagen simplificadora y homogénea respecto de sus formas de intervención colonialistas, necesitamos reconocer que las potencias coloniales desarrollaron diferentes políticas adecuándose a las condiciones históricas dentro de las que operaron, con el objetivo básico de asegurar la continuidad del poder colonial, no sólo a través

de concepciones y mecanismos económicos y políticos, sino también teóricos e ideológicos.

Los principales mecanismos y concepciones teórico-ideológicos fueron las propuestas económicas elaboradas por los principales economistas europeos, el racismo y el evolucionismo elaborados en gran parte por antropólogos, y las teorías de la asimilación y de los gobiernos directos e indirectos elaboradas por los teóricos de la colonización. Todos los cuales operaron como justificadores científicos y técnicos del proceso colonial.

Por ello, en este análisis utilizaré material antropológico y sobre todo textos generados por algunos de los principales teóricos de la colonización publicados entre 1870 y 1930, para evidenciar, tanto la anterioridad de los mismos respecto de las propuestas

antropológicas, como las escasas diferencias que

hay entre ellas, ya que mientras los teóricos de la colonización nos hablan de ‘asimilación’, los antropólogos hablarán de aculturación o contacto cultural con sentidos y objetivos similares.

Neocolonialismo como etapa del proceso colonial

El neocolonialismo desarrollado a partir de la Segunda Guerra Mundial también se caracterizó por su pragmatismo y por el

desarrollo de teorías que justificaron la dominación neocolo-

nial. Sin negar la existencia de teorías críticas durante la etapa colonial, y sobre todo durante el neocolonialismo, necesitamos asumir que, por lo menos en el caso de la antropología, estas fueron tardías y realizadas por un muy escaso número de antropólogos hasta la década de 1960.

Esto resulta importante señalarlo, dado que los antropólo-

gos construyeron sus teorías a partir del estudio de grupos étnicos sometidos al poder colonial y neocolonial. Es decir, que las

descripciones e interpretaciones que los antropólogos gene-

raron respecto de los grupos que estudiaron se hicieron sobre sujetos y grupos sometidos a una situación colonial que los

explotaba económicamente y los inferiorizaba en términos

económicos, sociales y psicológicos. Lo cual no significa concluir que todo aporte etnográfico y teórico reprodujo la situa-ción colonial, sino asumir por lo menos dos hechos:

a) Los antropólogos excluían la situación colonial de sus etnografías y de sus teorías, pese a constatar en sus trabajos de campo cómo operaba la situación

colonial sobre los sujetos y

cultura que estudiaban.

b) No incluían en su marco metodológico y teórico, que estudiaban grupos y sujetos que sabían que el antropólogo que los investigaba no sólo era blanco y occidental, sino que era miembro de la potencia que dominaba colonialmente su país, región o comunidad.

La situación colonial dará lugar al desarrollo de una etno-

grafía centrada en la comunidad que buscó denodadamente

la homogeneidad social de dichas comunidades, y que ignoró

—inclusive hasta las décadas de 1960 y 1970— el papel de las

políticas colonizadoras o de las políticas gubernamentales de los países ‘independientes’ en la vida de las comunidades estudiadas. Dicha orientación etnográfica la observamos también

en el caso de los antropólogos latinoamericanos que estudiaron los grupos étnicos de sus respectivos países, y que hasta fechas relativamente recientes ignoraron los procesos de colonialismo 45

‘externo’ e ‘interno’, que iban desde la explotación económica más ‘salvaje’ hasta el exterminio directo e indirecto de dichos grupos.

Pero esta ‘metodología’ antropológica no sólo se dio durante

el periodo colonial, sino que la observamos todavía en los años sesenta a través, por ejemplo, de la obra de uno de los principales y más influyentes antropólogos, ya que C. Geertz describió

—según él en forma densa— todo un conjunto de aspectos de la

cultura de los pueblos de Indonesia, pero sin hacer referencia, por ejemplo, a las masacres de opositores políticos que el gobierno del presidente Sukarno realizó

cuando Geertz realizaba parte de sus trabajos de campo, a través de los cuales estudiada y analizaba dichos pueblos. Uno de los hechos más interesantes es que autores latinoamericanos marxistas y anti-imperialistas utilizaron intensivamente a Geertz para entender nuestras realidades, sin mencionar las omisiones de las masacres políticas de la etnografía ‘densa’ desarrollada por este autor.

Desde la década de los cincuenta en las áreas de descoloniza-

ción política reciente, y especialmente en determinados países africanos, se generó un ataque frontal a los estudios realizados por científicos occidentales, especialmente en los campos de la antropología, la historia y la psicología. Los ataques van desde la negación en bloque de dichos estudios, como ocurre en trabajos de Fanon (1962, 1966, 1968) o de Nkrumah (1966), hasta

cuestionamientos de ciertos aspectos específicos, como obser-

vamos en Diop (2012) o Abdel-Malek (1972).

Las críticas pueden tener características exclusivamente

políticas o científicas, pero la mayoría cumple tres funciones ideológicas: el cuestionamiento a toda producción occidental, 46

la rehabilitación de un pasado y un presente deformados por la investigación colonialista, y la construcción de un saber propio que posibilite el desarrollo de una perspectiva no occidental.

La casi totalidad de estos trabajos denuncian las deforma-

ciones que ha generado la ciencia occidental sobre los africanos y asiáticos, cuestionando las interpretaciones y conclusiones que científicos occidentales han realizado de todo un conjunto de procesos históricos y culturales. Y así observamos los cuestionamientos al significado del ‘Orientalismo’ hecho por Abdel-Malek,9

o respecto de las civilizaciones africanas realizado por Diop,10

quienes sostienen la necesidad de reescribir y reinterpretar

esas historias desde las ópticas ‘oriental’ y africana, dado el etnocentrismo occidental que las caracteriza.

Vellut, luego de hacer un análisis de conjunto de las investigaciones arqueológicas sobre África, concluye que “La arqueo-

logía aporta un definitivo *mentís* a las teorías que tratan de negar la existencia de una historia de África, distinta de la realizada por los invasores” (Vellut, 1968: 34). Uno de los principales núcleos de cuestionamiento y de rehabilitación es la denuncia, no sólo del etnocentrismo, sino del racismo occidental, blanco y cristiano.

La producción antropológica legitimó el dominio colonial,

más allá de las críticas que se hicieron al mismo, pero que

fueron en su mayoría marginales. Esto no significa que la

9 El texto sobre “Orientalismo en crisis” apareció en un número de la revista *Diógenes* publicado en 1963, y luego fue incluido en un libro del mismo autor publicado en 1972.

10 El texto original de Diop se publicó en francés en 1955, y en español en 2012.

mayoría de los antropólogos ‘mintieran’ o ‘deformaran’ inten-

cionalmente la realidad que describían ‘objetivamente’, sino

que describían lo que ‘veían’ a nivel etnográfico. Un nivel etnográfico saturado de presupuestos académicos y de prejuicios sociales que excluía la documentación de determinados tipos

de procesos.

A medida que se desarrolló nuestra disciplina, lo cuestiona-

ble no reside tanto en la imagen que presentan de los pueblos estudiados, sino en

la exclusión de todo un conjunto de aspectos que indicarían las oprobiosas condiciones dominantes de la situación colonial. Me refiero a datos sobre la explotación de mano de obra, las relaciones socio-raciales dominantes entre

blancos y nativos, la penetración religiosa cristiana, así como la situación epidemiológica de dichos pueblos, que evidenciaba más que ningún otro indicador, la situación negativa de los mismos, en comparación con las potencias que los dominaban.

Los antropólogos de la etapa colonial actuaban a partir de

los límites epistemológicos propios de los enfoques dominan-

tes en su disciplina, así como de los límites ideológicos del país y de la clase social a los cuales pertenecían, y desde los que veían y pensaban los fenómenos estudiados. De tal manera

que actuaban a través de los límites que les imponía el racismo social y cultural dentro del cual funcionaban como ciudadanos y como profesionales.

Necesitamos asumir que es a partir de esa ‘buena fe’ o si se

prefiere ‘mala conciencia’, que tanto los evolucionistas y difusionistas, y más tarde los culturalistas y los funcionalistas propusieron la necesidad de desarrollo de los grupos étnicos en

términos de un proceso a través del cual fueran incorporando,

por lo menos, una parte de los valores y actitudes occidentales, que justamente son los que posibilitarían, según ellos, dicho desarrollo.

El neocolonialismo solía ser definido en los cincuenta y

sesenta, como la etapa actualizada del desarrollo capitalista en sus relaciones con las áreas y países subdesarrollados y perifé-

ricos. Para la mayoría de los analistas africanos y asiáticos, el neocolonialismo constituía una reacomodación de los países

capitalistas metropolitanos respecto de los países recientemente descolonizados en términos políticos, para seguir manteniendo su poder.

Como señala Mboya, quien fue ministro de planificación

económica de Kenia —y que como tantos de los primeros lí-

deres africanos murió asesinado—:

[…] hablando en términos generales, neocolonialismo signi-

fica la perpetuación de la influencia en general política, pero por lo general económico/política, de las viejas potencias

coloniales, que socaban la independencia de los nuevos es-

tados. El objetivo de los neocolonialistas es obligar al nuevo estado a adecuar su conducta a los deseos de las ex potencias coloniales y a los intereses asociados a la misma (Mboya,

1963: 204).

Para otro grupo de analistas, en su mayoría europeos, y que

hablan indistintamente del fenómeno como neocolonialismo

o neoimperialismo, si bien concuerdan con lo propuesto por

los analistas africanos, consideran que los países capitalistas desarrollados pasaron —entre 1950 y 1960—, paulatina y cre-cientemente, de un tipo de penetración y dominación econó-

mica centrada en la exportación de capitales en áreas de bienes

de consumo y de inversiones en las industrias extractivas, a un tipo de inversión de bienes de capital complementarios de la

economía metropolitana, sin —por supuesto— abandonar el

primer tipo de inversiones.

En última instancia, los poderes coloniales trataron de

mantener su dominación económica, a través de un constante

pragmatismo que les posibilitó adecuarse a las diferentes situaciones que surgieron durante el proceso de descolonización, y seguir manteniendo la dependencia de los países ‘independizados’. Por tanto, vamos a trazar una esquemática trayectoria de la expansión colonial que, en todo momento, estuvo asociada a concepciones y actitudes racistas.

A finales del siglo xviii observamos que los asentamientos

territoriales de los países europeos que impulsaban el desarrollo capitalista eran poco importantes en África y Asia, excepto en India, y tenían una importancia relativa en América. No obstante, los diferentes países coloniales habían desarrollado un sistema de explotación que tenía características similares, según uno de los principales teóricos de la colonización:

Hemos intentado describir rápidamente la conducta colonial

de las naciones europeas, desde el descubrimiento, hasta fines del siglo xviii. Hay entre ellas una gran analogía, tanto que puede decirse que son idénticas. En realidad se reducen a un

solo y mismo sistema que tiene las siguientes características básicas, *1)* la falta de toda libertad comercial y una estrecha relación entre la colonia y la metrópolis fundamentada en el

pacto colonial; *2)* el trabajo forzado, que implica la violación de los derechos humanos mediante la servidumbre obligada

de las razas inferiores, y *3)* la concesión gratuita de la tierra a grandes sociedades o a particulares (Leroy-Beaulieu, 1897: 159).

Fue este sistema de explotación el que contribuyó a financiar el despegue económico europeo articulado con la revolución

industrial. Como lo han analizado varios autores (Ly, 1957;

Williams, 1944), por ejemplo, las explotaciones azucareras de las Antillas posibilitaron una acumulación primitiva de capital en países como Francia y Gran Bretaña a través de políticas

mercantilistas, pero cuando este tipo de explotación comienza a ser disfuncional al desarrollo capitalista inglés, éste reformulará el pacto colonial.

El cese de este pacto, a finales del siglo xviii, fue una resolución estratégica de los intereses metropolitanos británicos para resolver favorablemente los antagonismos europeos por

el dominio colonial, y que concluyó con la hegemonía maríti-

ma y colonial de los ingleses. La ruptura y denuncia del pacto colonial se hizo no sólo a través de las armas, sino desde todo un conjunto de propuestas ideológicas complementarias. Y así

en el cese del pacto colonial se invocaron razones filantrópicas (el bien de las colonias), humanitarias (el cese de la esclavitud) y económicas (propuestas de libre cambio frente a las mercantilistas), las cuales se potenciaron para justificar las nuevas políticas coloniales.

Recordemos que el pacto colonial impuesto por los países

europeos constituía —según varios analistas— un sistema de

prestaciones mutuas, con ganancias diferenciales para el país colonizador. Dicho pacto “dejaría de tener sentido en cuanto

desapareciera la prestación de una de las partes o simplemente cuando se reconociera como inútil por la otra” (García Pelayo, 1945: 69). Pero este pacto no se basaba en ‘prestaciones’, sino en imposiciones que siempre fueron de carácter unilateral. De 51

tal manera que las decisiones siempre fueron establecidas por las potencias dominantes, mientras las colonias y semicolonias se veían obligadas a adecuarse a los objetivos de aquellas.

Ahora bien, el abandono del pacto colonial implicaba el

cese o por lo menos la disminución de la expansión colonial en términos de dominio territorial, lo cual comienza a desarrollar-se alrededor de 1770, cuando Inglaterra asegura el dominio

marítimo a nivel internacional, manteniendo dicha política

hasta mediados del siglo xix. Durante este lapso, el Reino

Unido va convirtiéndose en la principal potencia industrial y exportadora de manufacturas con muy escasa competencia internacional, y es en función de esta orientación económica que promueve el librecambio; en consecuencia, reduce su expansión colonial en términos territoriales, aunque la incrementa en términos de productor y exportador de manufacturas.

Pero dicha reorientación duraría escasas décadas, dado que

durante el siglo xix Gran Bretaña y ulteriormente Francia re-

tomaron la expansión colonial con dominio territorial, expan-

sión que se dará según las particularidades de cada uno de

estos países.

El Reino Unido en función de su temprano desarrollo ca-

pitalista, con escasa competencia industrial y comercial a nivel internacional, ejercerá un tipo de dominación prioritariamen-te económica, y con menor presencia política y militar.

Francia inicia más tardíamente su proceso capitalista, con

un menor desarrollo de las fuerzas productivas y entrando a

un espacio económico dentro del cual necesita competir in-

ternacionalmente, al mismo tiempo que necesita proteger su mercado interno, por lo cual en su proyecto de expansión,

junto con los mecanismos económicos, necesitará aplicar un mayor poder político y militar.

Estas dos modalidades de expansión colonial prefiguran lo que más adelante se desarrollará en términos de gobierno directo y gobierno indirecto; formas de dominación que ulteriormente serán elaboradas por los teóricos coloniales.

Antes de continuar, quisiera subrayar dos aspectos de la expansión colonial; primero, que en ambos casos se utilizó la violencia como forma de penetración colonial y de mantenimiento del dominio directo e indirecto del poder. La violencia fue una constante del dominio colonizador de las primeras potencias europeas que inauguraron la expansión colonial, y de las que luego les siguieron. Como señala Solf (s/a: 41) analizando la expansión colonial alemana durante la segunda mitad del siglo xix: “Confirmose una vez más la experiencia de todas las potencias colonizadoras, de que no puede realizarse la explotación de territorios ocupados por pueblos de civilización inferior, sin el apoyo del poder militar.”

El segundo aspecto surge con claridad de nuestro análisis,

y me refiero al hecho de que el desarrollo capitalista supone una constante adecuación a los hechos que él mismo va generando. Y así desarrolla nuevas formas de expansión o retorna a mecanismos económico-políticos previos, pero siempre con el

mismo objetivo de crear y de expandir constantemente nuevos

mercados internos y externos, para así asegurar la máxima tasa de ganancia.

Los nuevos impulsos y los retornos a pasadas políticas no

son sólo patrimonio de la segunda mitad del siglo xx, cuando

dadas las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial y del

desarrollo de los ‘socialismos reales’, el capitalismo necesitó adecuarse a formas socialdemócratas o por lo menos keynesia-nas, para luego, y sobre todo a partir de finales de los setenta, retomar formas de explotación y de hegemonía del mercado

que se suponía pertenecían a la segunda mitad del siglo xix y primeros años del siglo xx.

Por tanto, necesitamos asumir que el desarrollo capitalista,

incluido su proceso colonialista, se caracteriza por adaptarse a las nuevas condiciones que surjan cuando ‘no tiene de otra’,

pero para retornar, cuando sea posible, a las formas más duras de explotación capitalista. Y esto, y lo subrayo, es estructural al capitalismo.

Esta adecuación constante del capitalismo necesita, y es

uno de los aspectos que me interesa destacar, la producción de justificaciones ideológicas que ‘expliquen’ las razones de dichas adecuaciones. El racismo constituirá una de las propuestas ideológicas que con mayor persistencia

legitimará la continuidad/discontinuidad del dominio colonial y de la supremacía

‘blanca’.

Las posibilidades de expansión interna y externa están rela-

cionadas con el desarrollo de las fuerzas productivas de cada potencia colonial. Como ya lo señalamos, el proceso de expansión se aceleró especialmente en el Reino Unido a partir de

1850, lo cual se expresa a través del incremento de un comercio exterior[11] orientado principalmente hacia el mercado externo

de los países más desarrollados de Europa y de Estados Unidos.

11 Sternberg (1954: 21), informa que el comercio exterior europeo aumentó entre 1848 y 1914 un 1000%, y que sólo el comercio exterior de Alemania en 1913 “[…] era mayor que el comercio exterior del mundo entero hacia 1850”.

El notable incremento de la producción capitalista respecto

de pautas precapitalistas de desarrollo, condujo a crear organizaciones monopólicas a nivel industrial, comercial y financiero para asegurar su crecimiento, lo que hizo surgir contradicciones que afectaron la continuidad de su desarrollo:

Mientras continúa la rivalidad entre los grandes intereses, y se convierte en predominante el impulso para llegar a ser

más grande y más dominante, la tendencia se dirigirá proba-

blemente a invertir dentro de la industria o sector monopo-

lista. En la medida que esto suceda se crea un exceso de

capacidad productiva superior a la que puede utilizarse, y a

pesar de los altos márgenes de beneficio aparecerá la ten-

dencia a un descenso de la tasa de ganancias por unidad

monetaria de capital invertido, ya que ha aumentado la

cantidad de capital, mientras que el beneficio global suscep-

tible de realizarse está limitado por la cantidad de mercan-

cías que el mercado puede absorber a los precios de

monopolio predominantes. Cuando esto suceda, la inversión

adicional en el sector monopolístico de la industria es probable que se detenga y se desarrollará una presión para encon-

trar salida para la inversión (Dobb, 1964: 39).

Por tanto, los estados, y por supuesto las empresas privadas

capitalistas, necesitan buscar otras áreas de inversión, las cuales son halladas en los territorios coloniales y semicoloniales, donde en función de múltiples factores, la inversión reditúa mayores tasas de ganancia. Además, la dominación colonial asegurará

la provisión actual y futura de materias primas a bajos precios, la ubicación de los excedentes demográficos de los países europeos, la posibilidad de evitar las crisis cíclicas capitalistas, así como también mejorar los niveles de vida de las clases bajas

urbanas, ya que pueden llegar a convertirse en ‘clases peligrosas’.

Esto último —lo subrayo— lo tienen muy claro los estadistas

de los países coloniales, y así por ejemplo Chamberlain, una de las principales figuras políticas británicas del lapso analizado, sostenía que “la pérdida de

nuestra dominación colonial, pesaría directamente sobre las clases trabajadoras de Inglaterra. Veríamos aparecer una miseria crónica” (Bérard, 1900: 69).

Además, una parte de los políticos y de algunos de los más

importantes sociólogos del periodo, preveían las posibles consecuencias de la expansión y competencia entre las diferentes fuerzas coloniales. Y así, en 1897, Max Weber concluía:

Únicamente la falta absoluta de visión política y el optimis-

mo ingenuo pueden desconocer que las inevitables tenden-

cias expansionistas político-comerciales de los pueblos

civilizados burgueses, conducen, tras un periodo de compe-

tencia aparentemente pacífica, de nuevo a la encrucijada en

que sólo la fuerza decidirá el grado de participación de cada nación en el dominio de la tierra y con ello también el radio de acción, especialmente de su clase trabajadora (W. J.

Mommsen, 1975: 13).

Weber plantea además el uso inevitable de la fuerza para

impulsar la expansión colonial, la que a su vez asegura ciertas condiciones de vida para la clase obrera. Esta concepción domina el pensamiento político del periodo imperialista, aun

cuando hay analistas que difieren de esta interpretación, y especialmente de los beneficios que obtendría la clase obrera

del pacto colonial. Según Barratt Brown

[…] la mayoría del pueblo británico compartía con los

pueblos coloniales las desventajas de las relaciones imperia-

listas. La clase obrera pagaba impuestos y armaba los ejércitos sin participar en los dividendos; y más aún sufría finalmente a causa del creciente retraso de la economía británica […]. Finalmente la corrupción que el imperio ejerció sobre la clase obrera metropolitana ha sido mucho más una corrupción moral que económica. Las migajas de la mesa del hombre rico han sido menos importantes que el obnubilamiento de la conciencia nacional, una vez que se concedió el sufragio universal, y más tarde por lo que fue en gran medida un mito del interés imperial universal (Barratt Brown, 1976: 17).

Si bien, el proletariado británico, el francés y el de los res-tantes países coloniales fueron explotados, no cabe duda que la expansión colonial posibilitó un mejoramiento de sus condiciones de vida, y especialmente de sus condiciones de salud.

El propio Barratt Brown reconoce que en función de la expansión imperialista mejoran las condiciones de alimentación de la clase obrera inglesa, pero recordando que no sólo se abarata el precio de los alimentos y especialmente de la carne vacuna, sino que bajan los precios de las telas de algodón, así como del jabón, lo cual posibilita condiciones de higiene

personal desconocidas hasta entonces por los estratos sociales bajos ingleses (B. Stern, 1941). Es durante este lapso, y antes de que se conocieran y aplicaran las principales vacunas contra las enfermedades infectocontagiosas, que comienzan

a reducirse

significativamente las tasas de mortalidad debidas a dichas

enfermedades y a la desnutrición (McKeown, 1976).

Es importante recordar que determinados sectores de la

bur guesía de los países coloniales siguieron oponiéndose a

la expansión colonial en función de sus propios intereses sec-57

toriales, constituyendo su principal crítica que las colonias no podían colaborar en el desarrollo económico metropolitano,

debido a sus características demográficas y a su baja capacidad adquisitiva (Dubois y Terrier, 1901). Estos sectores burgueses hablaban de una actitud filantrópica de las potencias coloniales, de tal manera que los principales beneficiados serían los pueblos colonizados. Según ellos, las soluciones económicas

debían encontrarse en el desarrollo interno de las metrópolis y no en la expansión colonial, propuesta que volvemos a encontrar en reiteradas ocasiones durante el siglo xx, e inclusive después de la crisis de 2008.12

Si bien, frente a estas propuestas se impondrán los objetivos de los sectores hegemónicos, me interesa subrayar que la expansión capitalista se caracteriza por establecer propuestas, a veces 12 Según la mayoría de los analistas, la expansión colonial, incluida la expansión de las inversiones económicas, aparece como necesaria para el desarrollo y mantenimiento del sistema capitalista; sin embargo, dicha interpretación fue cuestionada reiteradamente por científicos sociales y por políticos, aún durante el periodo de la máxima expansión del colonialismo. Los críticos consideran que las soluciones a las crisis capitalistas deben encontrarse dentro del propio sistema, y más aún dentro de cada país. Estas críticas fueron muy fuertes a fines del siglo xix, y reaparecieron en la década de los sesenta; y así, Bairoch sostiene que es falso que “Las ganancias realizadas en el comercio de las especias, de las sederías, etcétera, habrían constituido la base del capital que sirvió de cebo para disparar la revolución

industrial" (1967: 46). Este autor no sólo descarta la importancia del mercado internacional en el desarrollo capitalista, sino que niega que la explotación colonial tuviera importancia en el proceso de 'despegue' económico europeo. Este tipo de formulaciones que ve como actos filantrópicos la explotación colonial reaparecerá de nuevo, especialmente en Estados Unidos, en las décadas de 1990 y 2000. Luego de la crisis del 2008, un ala importante del partido republicano utilizará los argumentos señalados.

aparentemente contradictorias, que serán utilizadas hasta la actualidad en forma pragmática por los actores sociales dominantes.

Las características estructurales de la expansión colonialis-

ta fueron analizadas por González Casanova a través de una

revisión crítica de las propuestas y análisis generados por polí-

ticos y científicos de Estados Unidos, respecto de la exporta-ción de capitales. Según este autor:

[…] las inversiones en el extranjero tienen tres características básicas: *i)* resolver los problemas económicos de los EE.UU. relacionados con la sobreproducción y la acumulación de capital, es decir sobreinversión, subconsumo, com-

petencia de mercados y desempleo; *ii)* solucionar los peligros señalados así como de la contracción del mercado interno y

del externo operando como política anticíclica, y *iii)* las inversiones en el extranjero tratan de estabilizar la tasa de utilidades de las inversiones domésticas para obtener mayores

utilidades dada la diferencia favorable de costos en los países subdesarrollados (González Casanova, 1955: 172).

Es decir, que el capitalismo invierte o se estanca; la expan-

sión es, por tanto, estructural para este sistema.

Si bien, el desarrollo capitalista y la expansión colonial se dieron inicialmente en Gran Bretaña y posteriormente en

Francia, dichos países comenzaron a experimentar una reducción del desarrollo de sus fuerzas productivas, dado que actuaron inicialmente dentro de un espacio económico caracterizado por

la escasa competencia.

Por ello, al irse incorporando al desarrollo capitalista otros países caracterizados por una mayor productividad, tanto Gran Bretaña como Francia resintieron los efectos negativos de las políticas librecambistas, dado que el costo de sus productos

comenzó a ser mayor que el de los nuevos competidores y,

en consecuencia, su penetración se redujo en los mercados

externos e interno. Un equipamiento tecnológico reciente y sobre todo más eficaz, junto con una mayor racionalidad administrativa posibilitó que países como Estados Unidos, Alemania y más tarde Japón tuvieran cada vez mayor capacidad competitiva.

Este proceso comienza a ser significativo en la década de

1870, cuando se inicia un largo ciclo de crisis económicas en Gran Bretaña, y es cuando los viejos capitalismos reaccionan

orientando su producción y exportación manufacturera y de

capitales hacia las áreas coloniales y semidependientes, res-

pecto de las cuales vuelven a establecer una política colonialista que recupera los aspectos básicos del pacto colonial.

Los desarrollos diferenciales del capitalismo reimpulsan la

expansión colonial abiertamente; tan abierta, que las potencias se dividen el mundo entre ellas ya sea a través de la ocupación directa como en el caso de África y de algunas regiones asiáticas, así como en el reparto de esferas de influencia en Latinoamérica, algunas regiones asiáticas y áreas subdesarrolladas de Europa.

Dicha división alcanza su máxima expresión política e ideo-

lógica durante la Conferencia de Berlín de 1884-1885, en la cual se reúnen representantes de Alemania, Austria, Bélgica, Dinamarca, España, Francia, Inglaterra, Italia, Luxemburgo, Noruega, Portugal, Rusia, Turquía y Estados Unidos, para ponerse de

acuerdo en el reparto de África.

Esta repartición constituye, posiblemente, la máxima ex-

presión de la existencia de países autoconsiderados ‘superiores’

que se reparten el continente donde residen la mayoría de los grupos ‘inferiores’, y que se lo reparten sin tomar en consideración

las características de los grupos étnicos y naciones locales, sino tomando sólo en cuenta las necesidades e intereses de cada

potencia colonial.

El reparto colonial: consecuencias y justificaciones

El reparto colonial se realiza según el mayor o menor poder

económico-político y bélico de los países colonialistas, y en función de las condiciones económicas y políticas de las áreas colonizadas.

Al respecto pueden distinguirse tres grandes áreas: *a)* las caracterizadas por su ‘independencia’ política comparativa-mente reciente y en proceso de unificación

nacional, y constituida por la mayoría de los países latinoamericanos;13 *b)* áreas con independencia política antigua y sin unificación nacional (China, India, regiones del norte africano); y *c)* áreas pobladas por agrupaciones étnicas con dominio de organizaciones polí-

ticas tribales (casi toda África y Oceanía). En las tres áreas dominan, sobre todo en América Latina, formas económicas

precapitalistas articuladas con formas capitalistas.

13 Las diferentes interpretaciones que pretenden establecer excluyente-mente el dominio de modos de producción hidráulico, feudal o capitalista durante la expansión colonial española, han sido superadas por las propuestas de Stavenhagen (1963), quien sostiene que el dominio español se basó en tres componentes estructurales: producción para el mercado internacional, relaciones de producción serviles o no libres y la comunidad cerrada o corporada.

En las mismas existen distintas formas y niveles de organi-

zación económico-política y sociocultural que implican dife-

rentes posibilidades y prioridades de penetración colonial.

Y así, Gran Bretaña actúa de forma similar en las áreas *a* y *b*, en las cuales realiza inversiones de capital en sectores monoproductivos complementarios de las manufacturas metropoli-

tanas, que a su vez implica la penetración de productos

metropolitanos que tienden a eliminar o reducir la producción local. Pero al mismo tiempo "[…] se interesa por otorgar em-préstitos, de preferencia aquellos que pueden seguir explotando por concesiones de administración: ferrocarriles, locomoción

urbana, usinas eléctricas, aguas corrientes" (Beyhaut, 1964: 43).

A su vez en el área *c)* invierte en sectores complementarios monoproductivos y ejerce una política de control sobre las

reservas de materias primas.

Ahora bien, el colonialismo británico evidencia —por las

razones ya señaladas— una menor tendencia a la expansión

territorial que condujo a algunos analistas a minimizar, e inclusive, negar la importancia del proceso imperialista. Como

señala Barraclough:

Si se lo enfoca desde el punto de vista inglés, entonces es

fácil subestimar su fuerza y novedad, pues las reacciones de

Inglaterra como la mayor potencia imperial existente eran

primordialmente defensivas, y sus estadistas se mostraban

reacios a conquistar nuevos territorios, y cuando se decidían a hacerlo, su intención de ordinario era o bien salvaguardar

las posesiones ya existentes, o impedir que pasase a manos

de otras potencias el control de las rutas estratégicas. Esta actitud defensiva y hasta cierto punto negativa se explica por las circunstancias especiales de Gran Bretaña, pero no fue

general. El ímpetu que impulsaba el ‘nuevo imperialismo’

provino de otras potencias convencidas de que la extensión

del imperio británico era la fuente de su poderío, y que su

propia fuerza industrial de reciente creación los autorizaba, al mismo tiempo que los obligaba a adquirir un ‘sitio al sol’

(Barraclough, 1965: 69-70).

Justamente esto es lo que observamos en la expansión de

los nuevos colonialismos como el alemán, aun cuando éste

difiere de algunos de los objetivos del proyecto colonial britá-

nico. Si bien este país trata de asegurarse en África y Oceanía zonas de reserva de materias primas, dichas áreas no son utilizadas para exportar capitales para solucionar problemas de

sobreinversión ni para canalizar excedentes demográficos.

Los datos demográficos al respecto son relevantes, ya que

sobre una extensión de 1 135 000 millas cuadradas de territorio colonial y luego de treinta años de dominio sobre el mismo,

sólo se habían asentado unos 24 000 blancos, de los cuales

5 764 se desempeñaban funciones militares y administrativas.

Además, el comercio alemán con las colonias era mínimo y las

inversiones en sus colonias constituían, en 1914, 2% de sus

inversiones totales en el extranjero (Stolper, 1942: 69).

Las inversiones alemanas se orientan hacia las áreas *a* y *b*, las cuales en gran medida estaban controladas económica y

políticamente por Inglaterra, por lo cual Alemania denunció

el neomercantilismo de este país y del resto de las potencias coloniales, ya que las mismas, según G. Solf, ministro de colonias de Alemania, se dedican a “explotar las colonias desde el punto de vista financiero en provecho de las metrópolis, olvi-dando por completo el bienestar de las colonias mismas, así

como en apartar y excluir en lo posible a los demás países del disfrute de esos territorios” (Solf, s/a: 19).14

Lo señalado puede aplicarse también a Estados Unidos que,

una vez concluidos los procesos de expansión colonial y de

unificación internos, y me refiero a la ‘conquista del oeste’ y a la apropiación de gran parte del territorio mexicano, y de posesiones españolas, continuará su expansión sobre los territorios de influencia ‘natural’, es decir América Latina y el Caribe así como Oceanía y sureste asiático.15

En el caso de Sudamérica, cuyo dominio es ejercido por

Gran Bretaña entre finales del siglo xix y la denominada segun-da Guerra Mundial, podemos observar que el tipo de colonialis-mo impuesto por este país, es muy similar a lo que la mayoría de los analistas africanos definieron como neocolonialismo.

Como siempre, los proyectos coloniales antiguos y modernos

fueron acompañados por teorías que trataron de justificarlos; siendo una de sus máximas expresiones la obra del economista

F. List, quien tuvo gran influencia en Alemania y en Estados

Unidos. De hecho fue la expansión estadounidense la que

sirvió de modelo para la propuesta relativista del economista alemán, quien sostuvo que las doctrinas económicas que

corresponden a las condiciones materiales de una sociedad

determinada en cierta etapa de su desarrollo, no son aplicables 14 Estas críticas están dirigidas sobre todo al colonialismo francés en función de su desarrollo capitalista no sólo básicamente usurario sino estancado, y que llevará a Francia a

volver a aplicar el pacto colonial sobre todo en la esfera económica.

15 Estados Unidos impulsó desde principios del siglo xx la ideología panamericanista, que establecía que Latinoamérica constituía su exclusiva zona de influencia.

a sociedades que están en una etapa diferente de su desarrollo capitalista (Clairmonte, 1966: 66).

Esta concepción relativista expresa la necesidad de los nuevos países imperialistas de cuestionar la hegemonía británica, difiriendo de la teoría liberal ortodoxa sostenida por Inglaterra. Esto no supone denunciar la expansión colonial, sino justificar otros tipos de proyectos coloniales. La teoría de List funcionó en economía de manera similar a como operaron las teorías generadas por la antropología alemana, que cuestionaron la teoría antropológica dominante, es decir el evolucionismo unilineal.

Las escuelas antropológicas morfo y cicloculturalistas alemanas realizaron críticas —en su mayoría correctas— a los postulados evolucionistas, aunque sin atacar en ningún momento al evolucionismo como justificador de la situación colonial. Tanto en economía como en antropología los teóricos alemanes buscarán cuestionar la hegemonía británica, pero sin modificar las justificaciones ideológicas que sostenían la superioridad de los

pueblos occidentales.

Si bien, la crítica de List al liberalismo ortodoxo fue y sigue siendo correcta, al concluir que dicha teoría económica constituye una justificación del imperialismo británico; sin embargo, necesitamos recuperar lo que he venido subrayando. Me refiero al hecho de que Gran Bretaña utilizó la ortodoxia mientras

convino a sus objetivos económico-políticos, para pasar a utilizar otros mecanismos económicos y políticos cuando esa orto-

doxia ya no le servía en el mantenimiento su hegemonía. De

allí que en la segunda mitad del siglo xix dicho país recuperó las funciones del Estado para asegurar la expansión, trató de 65

controlar a la clase obrera a través del sindicalismo y desarrolló toda una serie de justificaciones ideológicas de su superioridad racial y cultural.

Inclusive será en el sector político liberal de donde surgirán algunas de las propuestas menos ortodoxas, para asegurar

pragmáticamente la dominación imperialista:

Bajo la dirección de lord Rosebery se formó en Inglaterra, ya en los años noventa un imperialismo liberal que rompió

abiertamente con las tradiciones de Gladstone compitiendo

con los conservadores en su afán por aumentar los territorios del imperio británico. El imperialismo subrayaba los factores emocionales de la superioridad y de la unión de la nación

británica en la metrópoli y en ultramar, siguiendo la antigua ideología imperialista formulada por C. Delke y por J. R. Seeley en la segunda mitad del siglo xix. ¿Qué es el imperio, sino el predominio de la raza?, con esta frase lord Rosebery expresaba la actitud básica de los imperialistas liberales ante el imperio:

‘Somos responsables —dijo lord Rosebery en 1893— de que

el mundo en la medida en que aún está por moldear reciba

un carácter anglosajón y no otro’ (Mommsen, 1975: 15).

La trayectoria de los diferentes proyectos imperialistas con-

dujo a la denominada Primera Guerra Mundial (1914-1918),

que no modificó las características básicas del dominio colonial, aun cuando al finalizar la conflagración se proponen medidas

para mejorar las condiciones de vida de las colonias.

Las consecuencias más importantes se dieron en torno al

reparto colonial, ya que Alemania pierde la totalidad de sus

colonias, mientras que Estados Unidos extiende y afianza su

poderío en el Pacífico y en Latinoamérica en un paulatino

desplazamiento del colonialismo británico.

Este proceso fue favorecido porque durante la posguerra (es-

pecialmente entre 1919 y 1928) se observa un empobrecimiento

de los países coloniales europeos. Las potencias que triunfaron en el conflicto se convirtieron en deudoras de Estados Unidos, lo que las condujo a negociar las áreas de expansión capitalista.

Esta situación halló su expresión más significativa, en términos formales, durante el congreso de Versalles, cuando las potencias europeas reconocieron la Doctrina Monroe, con lo cual Europa

“[…] acepta lo que es un golpe decisivo para su supremacía y

consagra el progreso de los Estados Unidos a la hegemonía eco-nómica y moral de América Latina” (Demangeon, 1920: 258).

El resto de las consecuencias tiene que ver con la situación

interna de las colonias, y así en las áreas *b* y *c* se generan procesos de oposición creciente al dominio colonial, que en gran medida son resultante del mismo proceso colonial. Se observa el desarrollo de ‘burguesías locales’ que transitan hacia posibles ‘burguesías nacionales’, así como el surgimiento de movimientos

campesinos y étnicos, algunos asociados a movimientos revitalizadores, junto con el surgimiento de sectores intelectuales que desarrollan propuestas anticolonialistas y antioccidentales.

Además, a nivel internacional se generaron o intensificaron

concepciones políticas e ideológicas que cuestionaron al capitalismo y su expansión colonial, siendo el de mayor significa-ción el impulsado por el proceso revolucionario ruso. Podemos decir que por primera vez el colonialismo aparece enfrentado

en forma más o menos organizada, lo cual condujo a los países coloniales a proponer reformas.

Según Demangeon “Asistimos al principio de una revolu-

ción en las relaciones de los europeos y los otros hombres; esta 67

revolución marca para Europa una nueva declinación. Luego

de la guerra […], las razas sometidas, las razas de color han tomado más clara conciencia de sus derechos” (1920: 260).

Por ello, este autor propone eliminar los métodos de explota-

ción colonial, si es que Europa quiere seguir siendo una potencia colonial,

señalando que: “No debemos negar más, que nuevas ideas fermentan en el espíritu de los indígenas. En los países donde los europeos dominan a otras razas: Egipto, India, Indo-china, Java, África del Norte, una suerte de conciencia nacional aparece, la cual trata de sostener frente al derecho de los colonos, el derecho de los indígenas” (Demangeon, 1920: 307-308).

Es entonces cuando comienzan a surgir propuestas políticas generadas por los países coloniales para modificar aspectos de las relaciones coloniales. En Francia aparece la propuesta ‘asociativa’ de Sarraut, mientras en Gran Bretaña los antropólogos sociales comienzan a formular investigaciones sobre el contacto y el cambio social regulado.

En 1920 A. Sarraut, ministro de colonias de Francia, propone al senado el cambio de política colonial que hasta entonces, según sus palabras, se había basado en el Pacto Colonial.

Según él, Francia no debe continuar con la *pauperizante* explotación unilateral de las colonias y seguir considerando a los colonizados como pueblos inferiores.

En diversos trabajos de este periodo se formulan propuestas similares que apuntan a modificar el estado de cosas creado por el Pacto Colonial, el cual pese a las críticas ya señaladas seguía dominando las relaciones coloniales. Como vimos, algunos teóricos de la colonización habían planteado a principios del siglo xx el cese de dicho pacto, lo cual no sólo no se produjo,

sino que se afianzó dadas las políticas neomercantilistas anglo-francesas. Si la denuncia del pacto es retomada, será debido al surgimiento de demandas por parte de los pueblos colonizados

que amenazan la continuidad del sistema, pero la propuesta de los poderes coloniales fueron meramente reformistas y siempre dentro de los objetivos económico-políticos prioritarios.

Y así Sarraut propone la metódica y progresiva incorporación

de representantes parlamentarios de todas las áreas colonizadas: Poco a poco según una progresión prudente y metódica que

sigue con sabiduría el desarrollo intelectual y moral del

medio, las instituciones representativas se elaboran y se dis-tribuyen en el seno de las poblaciones amarillas y negras de

las cuales somos tutores […]. Esta colaboración, a medida

que el efecto del tiempo y el progreso de la educación indí-

gena lo favorezca, es llamada a ser más amplia y útil (Sarraut, 1923: 104-105).

Y si bien, no cabe duda que dicha propuesta significaba un

avance en términos democráticos y antirracistas; no obstante, la implementación concluyó —en la mayoría de los casos—

en una captación social y política de los representantes parlamentarios de las sociedades colonizadas.

En consecuencia, Sarraut propone un cambio regulado

bajo la tutela metropolitana, que no modifica sustancialmente las condiciones de la relación colonial, y menos aún los objetivos del colonialismo. En sus propuestas las posibilidades de autonomía de los pueblos colonizados aparecen tan ambiguas

como las generadas treinta años antes por Leroy-Beaulieu, es

decir, son referidas a un futuro totalmente incierto. Por tanto, observamos una trayectoria del poder colonial, según la cual

propone modificaciones exclusivamente en situaciones de

crisis, las cuales una vez superadas pasan a ser olvidadas. Pueden inclusive establecerse medidas para hacer más efectiva la descolonización, pero que reiteradamente son adaptadas a los

objetivos colonizadores.

De este modo vemos que, en los periodos de crisis de la

situación colonial —en 1920, 1929-1932 y 1945— aparecen o

reaparecen propuestas de cambio que no afectan estructural-

mente la situación dominante. Esto es señalado por diferentes analistas a lo largo de estas crisis; así, en 1933, un destacado teórico de la colonización, al reflexionar sobre las necesidades europeas de una colonización integral del continente africano, señala que ya no es correcto mantener el 'capitalismo egoísta'

practicado hasta entonces por las potencias coloniales, y especialmente por Inglaterra.

Al respecto, dice Guernier: "[…] la expansión colonial sólo

tiene un fin: proveer de materias primas a las usinas inglesas y consumir constantemente los productos de éstas, para hacer

prosperar su industria, el comercio y la marina mercante de

Su Majestad" (Guernier, 1933: 166), quien agrega que su po-

lítica sólo atiende a sus intereses particulares sin generar progreso para sus colonias.

Según Guernier, los europeos deben desarrollar una políti-

ca colonial que considere a África como una prolongación de

Europa, y que contribuya al desarrollo complementario de

africanos y europeos.

Es este proceso de continuidad-discontinuidad que trata

de asegurar la continuidad colonial, lo que lleva a los líderes independentistas africanos y asiáticos a asumir que la única

solución realmente descolonizadora necesita ser radical y realizada por los propios colonizados.

La principal divergencia radica en si dicho proceso necesita

o no incluir la violencia como mecanismo, no sólo de triunfo, sino de corte radical ideológico-cultural respecto de los países colonizadores.

Descolonización y neocolonialismo:

del evolucionismo al relativismo cultural

Como sabemos, el conflicto interimperialista que desencadenó

la denominada Segunda Guerra Mundial (1939-1945), favore-

ció el proceso de descolonización en todo el mundo, constitu-

yendo el neocolonialismo la respuesta metropolitana a dicho

proceso de descolonización. Las causas y las fuerzas sociales que contribuyeron a este proceso son múltiples y no serán

analizadas en este texto.

Este proceso se inicia ‘formalmente’ con la independencia

de la India durante la década de 1940, y alcanza su mayor im-

pulso y concreción durante la década de los cincuenta y principios de los sesenta en África y en el sudeste asiático, subrayando que la descolonización constituyó sobre todo un proceso político e ideológico, con escasas implicaciones económicas.

El acceso a la independencia política igualó —desde una perspectiva formal— estas nuevas áreas descolonizadas con las áreas semicoloniales, caracterizadas por su independencia política y por su dependencia económica, como era el caso de Latinoamérica y el Caribe.

Fue a partir de la década de 1940 que se desarrolló la idea de la existencia de un Tercer Mundo, que incluye todo un conjunto de países caracterizados por el subdesarrollo económico y por la no pertenencia a ninguno de los dos bloques dominantes en ese entonces, es decir los liderados por Estados Unidos y por la urss. El Tercer Mundo constituye una agrupación de tipo ideológico que incluye sociedades muy diferentes, tanto en lo político como en lo económico, y más aún en lo cultural; que dejó de lado, en función de sus objetivos, las particularidades y las contradicciones internas de cada país en particular, así como sus relaciones diferenciales con los países capitalistas centrales y el bloque comunista.

Este bloque ideológico tuvo escasas consecuencias políticas a nivel internacional, salvo durante un pequeño lapso entre fines de los cuarenta y principios de los cincuenta. Ahora bien, la independencia política

obtenida por los países del Tercer Mundo y especialmente por los africanos, sólo constituyó un primer paso en el proceso de descolonización ya que la dependencia económica continuó:

> Sea que observemos la conducta británica en Kenia, en Malaya o en las Indias occidentales; las actividades estadounidenses en Guatemala y las Filipinas, o bien consideremos las transacciones en el Cercano Oriente y en América Latina, y las todavía más complejas maquinaciones angloamericanas en el Cercano Oriente, puede decirse que muy poco de la esencia del colonialismo de aquellos días se ha ido para siempre (Baran, 1950: 224).

Prácticamente no se modifican la mayoría de las condiciones económicas impuestas por el dominio colonial no sólo

desde el siglo xix, sino en el caso de la colonización francesa, desde finales del siglo xviii (Dumont, 1966: 30-35; Balandier, 1954-1955). Esto es reconocido por autores que adhieren a diferentes orientaciones teóricas, y lo que va quedando claro es que el proceso de descolonización, y más allá de las luchas que lo posibilitaron, fue implementado de tal manera que posibilitó la continuidad de la dependencia económica de los

nuevos países.

No obstante, debe reconocerse que en las áreas dependien-

tes de más temprana independencia política, como es el caso

de América Latina, se generó un determinado desarrollo de las fuerzas productivas locales, que en algunos países posibilitó cierto nivel de autonomía política dentro de los juegos democráticos establecidos por los países centrales, lo que se expresó a través de un espectro político que va desde gobiernos populistas hasta socialistas 'reales', y que supusieron reiterados enfrentamientos con Estados Unidos, especialmente durante las

décadas de 1950 y 1960.

Las dos guerras mundiales tuvieron un papel decisivo en

el proceso de industrialización de estos países que posibilitó el desarrollo de una burguesía 'nacional' caracterizada por su

dependencia, y de una clase obrera, que en naciones como

México, se constituyó en gran medida a través de población

perteneciente a los grupos étnicos locales, y que estuvo subor-dinada al poder económico y político estatal y empresarial.

Al analizar las propuestas interpretativas sobre la situación colonial generadas por los países colonialistas durante los cuarenta y cincuenta, observamos que las mismas no difieren sustancialmente de las desarrolladas previamente por Leroy-Beaulieu o

Sarraut a fines del siglo xix y principios del xx (Balandier, 1954/1955, fascículo i, capítulo iii).

La defensa de la situación colonial ya no remite a justifica-

ciones racistas y evolucionistas, sino a la defensa de una concepción del mundo y de un sistema de vida a los cuales hay

que incorporar a las sociedades colonizadas. Es decir, remite a la teoría de la asimilación, que tempranamente formula las

características básicas que entre los años treinta y cincuenta desarrollaron los antropólogos a través de las teorías de la

aculturación.

Al respecto, quisiera demorarme algunos momentos, ya

que una parte de los colegas pertenecientes a los países coloniales solían sostener durante este lapso, 1940-1950, que una cosa es el colonialismo y sus justificaciones teórico ideológicas y otra la producción antropológica.

Desde mediados de la década de los sesenta he sostenido y

evidenciado la subordinación y los usos de las teorías antropo-lógicas como justificaciones científicas de proyectos econó-

mico-políticos. Más allá de la 'verdad interna', de la 'lógica científica' de las teorías, considero que las mismas suelen ser instrumentadas directa o indirectamente por los sistemas dominantes, sea cual fuere la orientación político-económica de los mismos. Y desde esta perspectiva no cabe duda que fueron

ampliamente utilizadas, no sólo las teorías racistas, sino las teorías antropológicas evolucionistas, difusionistas, funcionalistas e inclusive las relativistas.

Desde perspectivas progresistas se ha intentado rescatar el

evolucionismo tratando de establecer diferencias entre racis-

mo y darwinismo social por un lado, y teorías evolucionistas

por otro. Y así por ejemplo, un destacado genetista recuerda que los sociólogos darwinistas no querían reconocer ciertas diferencias sustantivas:

Para ellos tenía el mismo significado abundancia y ocupa- ción de puestos por parte de los poderosos que adaptabilidad biológica; *laissez faire* económico, competencia a degüello y rivalidad que selección natural. Los ciudadanos pudientes y conservadores pensaban consecuentemente que el éxito en los negocios se daba en la medida de la valía de una persona. Los sociólogos darwinistas explicaban que era también una medida de la idoneidad biológica […]. Summer (1840-1910), enseñaba que los millonarios son un producto obtenido por selección natural […], y John D. Rockefeller compartía esta opinión de todo corazón: ‘el crecimiento de un gran negocio es simplemente una supervivencia del más apto […], se trata sencillamente de la realización de una ley de la naturaleza y de dios’ (Dobzhansky, 1969: 27).

Pero según este autor “La popularidad del racismo y del darwinismo social en América y otras naciones declinó hacia los años treinta, debido a la reacción contra el hitlerismo. Pero […] el movimiento de protesta contra los mismos se excedió

y rechazó parte de la biología sana junto con la falseada”

(Dobzhansky, 1969: 28).

Si nos hemos detenido en esta cita de uno de los principa-

les genetistas contemporáneos, es porque la misma expresa la

tendencia a aislar los elementos y consecuencias negativos de los positivos, como si dichos elementos no fueran producto

de la misma metodología científica, y que sólo difieren en

quién y para qué los instrumenta. No hay una biología ‘sana’ y otra ‘falseada’, sino usos diferentes de la dimensión biológica.

El hitlerismo promovió investigaciones biológicas y gené ticas desarrolladas con los más altos niveles científicos de la época, y ello no impidió que el nazismo llegara donde llegó en los usos de la dimensión biológica. Toda teoría necesita ser analizada por lo menos en dos niveles complementarios, el que corresponde a su dinámica científica ‘interna’, y el que corresponde a los usos económicos, políticos o ideológicos de la misma.

El darwinismo social, las propuestas eugenésicas y el evolu-

cionismo serán utilizados por el poder, además contribuirán a reforzar la cultura racista observable en el conjunto de las clases sociales europeas. Parece olvidarse que los miembros de la ‘escuela antropológica social’ francesa y etnólogos como Letourneau

—quienes actualmente no son ya leídos ni siquiera por los

antropólogos profesionales— eran declaradamente racistas, y

escribían no sólo para académicos sino para un público que, en su mayoría, concordaba con sus propuestas racistas.

Uno de los fundadores de la antropología evolucionista británica y especializado en derecho primitivo, H. Maine, consideraba que el hombre había evolucionado desde el dominio de relaciones y obligaciones colectivas hasta la posibilidad del hombre moderno para decidir por sí mismo, no sólo qué hacer, sino qué ser (Brinton, 1975:448). Pero da la casualidad que esta concepción evolucionista correspondía a sus concepciones políticas como miembro activo del partido conservador (tory) inglés, dentro del cual Maine, por ejemplo, estaba en contra de las organizaciones sindicales que demandaban políticas de seguridad social. Más aún, este autor pertenecía a un partido que consideraba las desigualdades socioeconómicas "como parte integrante del carácter nacional inglés" (Arendt, 1974: 240).

Pero ésta no es una particularidad de Maine, pues según Harris todo el evolucionismo antropológico británico está saturado de racismo. Según sus análisis, los dos grupos de antropólogos que se constituyeron a mediados del siglo xix en Gran Bretaña, se unificaron a finales de 1870 y crearon la Royal Anthropological Society de Gran Bretaña e Irlanda, que se caracterizó por el dominio de concepciones racistas (Harris, 1968).

Este racismo, por otra parte, no es sólo patrimonio de la

escuela evolucionista británica, sino también de la francesa, alemana y estadounidense. No obstante, se trata de rescatar el papel antirracista de la antropología de este periodo a partir de omitir los contenidos racistas o las exclusiones de ciertas temá-

ticas por los más importantes representantes de la antropología evolucionista.

Una mera relectura de los principales textos evolucionistas

evidencia que ninguno trata la explotación económica de las

colonias, ni las formas de utilización de la mano de obra nativa, y menos aún abordan masacres y etnocidios coloniales internos y externos.

Considero que hay una característica dominante en los prin-

cipales antropólogos evolucionistas ingleses, y me refiero a que la casi totalidad de ellos no hizo nunca trabajo de campo, es decir no vio nunca un ‘salvaje’ en su propio contexto. El caso paradigmático lo constituye Frazer, el antropólogo de mayor

visibilidad en los sectores cultos anglosajones, quien fue el primer catedrático de antropología social en Gran Bretaña y

que no sólo no hizo trabajo de campo, sino que diversas anéc-

dotas subrayan su desinterés por conocer ‘la realidad del

mundo que estudiaba’.

Frazer pertenece a una escuela que no tenía necesidad de

verificar empíricamente sus supuestos evolucionistas y racistas, ya que *a priori* había establecido la inferioridad de su objeto de estudio respecto de la sociedad occidental y del propio estudioso.

Pero además, esta escuela evolucionista es relevante por-

que tendrá un fuerte impacto en campos muy diversos, que

van desde el psicoanálisis freudiano hasta las teorías económicas dominantes durante el lapso analizado.16

Las teorías racistas, evolucionistas o no, se caracterizaron

durante el siglo xix y las primeras décadas del siglo xx, por su funcionalidad respecto de los objetivos de muy diferentes sectores sociales.

Y así observamos que sirve a los intereses de sectores feuda-

les franceses que tratan de oponerse al ascenso de los sectores burgueses (Gobineau, Boulainvilliers); que en varios países,

especialmente Gran Bretaña, Francia y Alemania sirve para

justificar acciones contra las clases bajas urbanas (teorías eugenésicas, teorías de la degeneración); que, como ya vimos, justifica la situación colonial y las consecuencias de la misma, y que 16 Economistas pertenecientes a diferentes tendencias teórico ideológicas, como K. Bucher o A. Marshall, utilizarán concepciones evolucionistas que establecen la inferioridad de los pueblos no occidentales. A. Marshall considera que “Cualesquiera que sean su clima y su ascendencia, encontramos salvajes que viven bajo el imperio de la costumbre y del estímulo inmediato; casi nunca se molestan en descubrir por sí mismos nuevos caminos; jamás prevén el futuro distante y rara vez se abastecen ni siquiera para el futuro próximo. Volubles a pesar del imperio que sobre ellos ejerce la costumbre, gobernados siempre por el capricho del momento; dispuestos en ocasiones a someterse al más arduo esfuerzo, pero incapaces de realizar un esfuerzo sostenido y constante” (citado por Herskovits, 1954: 87).

en Estados Unidos será utilizada para discriminar a amerindios, a mexicanos y a inmigrantes europeos, orientales e “hispanos”.

El racismo fue usado para justificar la explotación econó-

mica y el control ideológico de la población negra de Estados Unidos, aun cuando tempranamente estudiosos de ese país,

como C. Brace (1863), demostraron la falta de pruebas científicas que justificaran dicha discriminación y opresión racista. Pero pese a las investigaciones antropológicas y no antropológicas, y sobre todo a una guerra civil que se hizo en nombre de la

antiesclavitud, en Estados Unidos sigue dominando el racismo

hasta la actualidad.

El evolucionismo se caracteriza porque tuvo continuidad

—hasta fechas recientes— a través de diferentes corrientes, pese a las críticas científicas y descalificaciones ideológicas que recibió. A finales del siglo xix reaparece a través de un darwinismo social que es impulsado no sólo desde concepciones políticas

liberales, sino también de importantes teóricos marxistas

como Kautsky, recordando que gran parte de los darwinistas se asumieron como socialistas. Más aún, reaparecerá en las

propuestas antropológicas y sociológicas del *continuum* rural-urbano y del neoevolucionismo, así como a través de las con-

cepciones dicotómicas de la teoría de la modernización y de

sus variantes economicistas que focalizan el pasaje del subdesarrollo al desarrollo.

Ahora bien, el evolucionismo[17] fue cuestionado —sobre todo

en términos científicos— por las escuelas difusionistas que

17 Aclaro que las críticas al evolucionismo antropológico, no significan que niegue la evolución como proceso biológico.

criticaron su concepción unilineal, pero sin denunciar, y me-

nos estudiar, la situación colonial. Sin embargo, estas escuelas, a pesar de sus críticas, siguen sosteniendo una visión negativa de los pueblos no occidentales:

"Los difusionistas presentan a los salvajes como totalmente

privados de iniciativa, sin deseo ni capacidad para inventar

una técnica, un mito o una institución. Todos los grandes in-

ventos se deben a cierto pueblo escogido, el cual posterior-

mente lo difundió" (Childe, 1973: 20).

Estas escuelas, que tuvieron su mayor desarrollo entre 1910

y 1940, propusieron también escalas evolutivas que favorecieron el desarrollo de propuestas relativistas, pero a partir de criterios etnocéntricos en la mayoría de los casos. No cabe duda que los difusionistas liderados por Boas en Estados Unidos posibilitaron un relativismo cultural legitimador de las diferencias, sin embargo los difusionistas europeos reforzarán ideológicamente los objetivos de la expansión colonial, estableciendo una nueva

alianza con las concepciones racistas, como se evidenció con

claridad durante el dominio nacionalsocialista.

Es justamente respecto del surgimiento y toma del poder por

el nazismo que reconocemos el papel antirracista cumplido

por el relativismo antropológico, especialmente el norteamericano, que sobre todo se expresó en el proyecto presentado en

1947 por el comité ejecutivo de la Asociación Estadounidense

de Antropólogos ante la Comisión de Derechos Humanos de

las Naciones Unidas, en el cual se denuncia el colonialismo y el etnocentrismo, planteando que una declaración de los derechos humanos no debía basarse en los valores dominantes en

Estados Unidos y en Europa occidental —máxime cuando

dichos valores habían dado lugar al colonialismo—, y soste-

niendo que las consecuencias del punto de vista colonial han

sido funestas:

[…] han sido desastrosas para la humanidad. Las doctrinas

de ‘la carga del hombre blanco’ han sido empleadas para

justificar la explotación económica y para negar el derecho

a controlar sus propios asuntos a millones de individuos en

el mundo, así como la expansión colonial ha generado el

exterminio de poblaciones (citado por Leclercq, 1973: 177).

Además, este documento denunciaba el papel cumplido

por la antropología evolucionista como justificadora de dicha expansión.

Si bien es rescatable esta notable y anticipatoria declaración de los derechos humanos, así como el activismo de una parte de los antropólogos estadounidenses de este periodo, dicho rescate no puede hacernos olvidar que simultáneamente el gobierno

norteamericano impulsó el proyecto denominado “Punto 4”,

en el que participaron activamente antropólogos culturales.

El "Punto 4" constituía la continuidad de la colaboración entre gobierno, empresas privadas e investigación socioantro-pológica, desarrollada durante la década de los treinta con la creación de la antropología aplicada, la cual se incrementó notablemente durante la guerra de 1939-1945 y la inmediata posguerra, periodo en el que los antropólogos norteamericanos trabajaron para el gobierno, e inclusive para las fuerzas armadas de su país en proyectos 'clasificados' referidos a países europeos, asiáticos, africanos y de América Latina.

Por lo menos en parte, estos proyectos fueron hechos con una perspectiva de relativismo cultural y con concepciones

aculturativas. Este trabajo antropológico tendrá que ver cada vez más con los objetivos económicos, políticos y militares de Estados Unidos, situación que hizo eclosión con la denuncia de la participación de G. Foster en la guerra de Vietnam, y sobre todo con la instrumentación del Plan Camelot (Ho-rowitz, 1971; Menéndez, 1970).

El relativismo antropológico como toda producción teórica debe ser contextualizado académica y políticamente. Por tan-to, no es lo mismo el relativismo que operó durante la denominada 'Guerra Fría' al que operó entre la crisis económica de 1929 y la conclusión de la Segunda Guerra Mundial.

Considero que son las fuerzas políticas, incluidos los movi-

mientos sociales, los que posibilitarán el mayor o menor pro-

gresismo de las propuestas teóricas no en sí, sino en su

implementación. Son esas fuerzas las que inducirán a la arti-

culación de propuestas teóricas que en abstracto aparecen

como irreconciliables, como es el caso del evolucionismo y el relativismo observados a finales de los cincuenta y principios de los sesenta, a través del desarrollo de los proyectos aludidos.

Pero, y lo aclaro para evitar malas interpretaciones, no

niego la dialéctica propia que opera en la generación de conocimiento científico, ni tampoco las cargas potencialmente an-

ti-imperialistas que podemos encontrar en el relativismo e

inclusive en el evolucionismo; sin embargo, necesitamos asu-

mir que en la medida que las teorías pasan a operar en ámbitos sociales, serán las fuerzas políticas, económicas e ideológicas las que las orienten y no las prácticas académicas en sí. Lo cual tampoco niega el notable papel que cumplieron los relativistas estadounidenses en su enfrentamiento contra el racismo.

La pax colonizadora y sus ideólogos

El proyecto colonial generó sus propios teóricos quienes, utili-zando materiales de tipo económico político y cultural surgidos del proceso de expansión colonial, trataron de justificar la expansión colonial y las consecuencias de la misma. La imagen

de los pueblos no occidentales que habían construido los europeos, tanto en sus estereotipos científicos como populares,

justificaron la intervención de territorios de los considerados

'pueblos primitivos, bárbaros y salvajes'.

Dicha imagen constituyó un efecto de simplificación que

confrontó a la civilización occidental con el conjunto de las sociedades consideradas en bloque como distintas y opuestas a la misma, donde las diferencias pasaban a ser secundarias, dado

que el objetivo era colonizarlas o por lo menos explotarlas y dominarlas económicamente.

Por supuesto que no sólo los académicos, sino una parte de la población reconocían las diferencias entre, por ejemplo, India o China y grupos étnicos africanos. Si bien, estas diferencias eran sumamente importantes desde el punto de vista econó-

mico y político, no obstante, Occidente construyó y difundió

esta visión dicotómica en función de sus proyectos coloniales. De tal manera que los 'otros' pueblos fueron considerados diferentes e inferiores, justificando la invasión, ocupación o control de sus territorios. Dicha justificación, según un teórico de la colonización:

[…] parte de la convicción de nuestra superioridad no sólo

industrial, económica y militar, sino sobre todo de nuestra

superioridad moral; es en ello que reside nuestra dignidad y

donde se funda nuestro derecho a la dirección del resto de la humanidad; (es necesario) aceptar como principio que existe

una jerarquía de las razas y de las civilizaciones y que nosotros pertenecemos a la raza y civilización superior (Harmand, 1920: 156).

De este modo la expansión colonial aparece como un hecho

‘natural’, ya que es una característica de las razas superiores, así como también es ‘natural’ que en dicho proceso se elimine a los pueblos atrasados, lo cual —según concluye Pearson, a

principios del siglo xx— constituye una ganancia para la hu-

manidad, en la medida que la lucha por la existencia conduce

a la eliminación de los menos aptos, es decir los pueblos no

civilizados (citado por Balandier, 1954-55, fascículo ii: 138).

Varios teóricos de la colonización, como Folliet, Leroy-

Beaulieu, Malagodi o Muller, consideran que resulta innatu-

ral, injusto y amoral que los occidentales no puedan utilizar determinados recursos dada la incapacidad e incuria de los

pueblos salvajes para explotar las riquezas de los suelos en que residen:

No es natural ni justo que los pueblos civilizados occidenta-

les vivan en espacios restringidos, donde acumulan las mara-

villas de la ciencia, el arte, la civilización dejando la mitad del mundo a pequeños grupos de hombres incapaces e ignorantes […], o bien a poblaciones decrépitas sin energía ni

dirección, incapaces de todo esfuerzo”, agregando que “La

intervención de los pueblos civilizados en los asuntos de estos pueblos, se justifica como educación y como tutela (Leroy-Beaulieu, 1897: 682).

Es decir, la expansión colonial constituye un hecho moral

para los europeos desde por lo menos dos objetivos, la recuperación y explotación de las áreas territoriales para beneficio de la humanidad, o sea de Europa, y llevar la civilización a los pueblos no occidentales. 18

Estas consideraciones y expresiones las hallamos en los

teóricos y promotores de la colonización de todos los países

colonialistas, que ven la misma como una especie de misión

cultural:

[…] una misión en el sentido de la educación por medio de

la cultura […] el colonizador ha de procurar constantemen-

te investigar el pensar y sentir de los indígenas y organizar sobre él su método de trabajo. Esta labor es grande y muy

variada. Los indígenas son muy ignorantes, hay que enseñar-

les; son muy perezosos, hay que hacerles trabajar; son muy

sucios, hay que asearles; están aquejados de toda clase de

enfermedades, hay que curarles; son salvajes, crueles y su-

persticiosos, hay que ilustrarlos y dulcificarlos (Solf, s/a: 29).

Desde esa perspectiva, estos pueblos inferiores necesitan la

presencia del civilizado para el bien de la humanidad y para su propio bien, ya que son razas "en las cuales la civilización no surge espontáneamente y debe ser traída desde fuera" (Leroy-Beaulieu, 1897: 682).

18 Esta visión discriminatoria la observamos en la mayoría de los autores europeos más allá de su pertenencia o no, a un país colonialista, Malagodi considera que "África el vasto continente ecuatorial, como si una maldición implacable pesase sobre él, no ha podido salir de la animalidad […] África blanqueada de esqueletos insepultos y goteando sangre humana […] Los pioneros ingleses han luchado para imponer a esta desgraciada raza condiciones

superiores de sociedad y moralidad” (Malagodi, 1901: 356).

Para que la civilización funcione y tenga continuidad exige

la presencia de los occidentales, por lo menos durante ‘un siglo o dos’, según sostiene el mismo autor. Hasta entonces los europeos deben seguir rigiendo a esos pueblos para que no recaigan en la barbarie.

Además, para la mayoría de los teóricos de la colonización,

la posibilidad de una independencia total de estos pueblos es por lo menos dudosa:

Si el gobierno británico abandonase un día completamente

India o Birmania, y no fuese sustituido por ningún otro go-

bierno europeo, es posible que luego de algunos decenios

dichas regiones recaigan en el estado de anarquía, de escasa

productividad y de miseria en que se encontraban pre-

viamente. Esto que es una conjetura para la India, es casi

una certeza para Gabón, Congo y otros territorios del África

Interior (Leroy-Beaulieu, 1897: 683-684).

Los únicos territorios donde no habría escasa productividad

y miseria serían las colonias de población blanca.

Vemos entonces que se fragua un estereotipo científico y

popular sobre la expansión colonial considerada como una

empresa civilizadora que no debe ser abandonada por los eu-

ropeos, ya que los pueblos inferiores abandonados a su propia suerte no tienen otro destino que la barbarie.

Entre los múltiples y constantes hechos que sostienen esta

visión colonialista selecciono uno que considero paradigmático.

En 1876, el rey Leopoldo II de Bélgica convoca una reunión

científica en Bruselas, con el objetivo de tratar problemas africanos, especialmente los de África Central, desde una perspectiva multidisciplinaria y europea. En dicha reunión se decidió:

[…] la creación de instituciones destinadas a servir de base a las misiones encargadas de la ocupación de África Central.

Estas instituciones debían ser de tres tipos: *a)* instituciones médicas para atender a las futuras expediciones europeas; *b)* instituciones científicas provistas de bibliotecas y servicios de museo, y *c)* instituciones civilizadoras, que sirvan de ejemplo y de protección a los indígenas contra los esclavistas árabes, y que puedan servir de bases comerciales y de núcleos de futuros centros urbanos. Dichas instituciones no debían

tener armamento y tenían que actuar persuasivamente,

tampoco debían tener un carácter religioso, respetando las

creencias nativas. El conjunto de estas instituciones tendría un carácter internacional (Guernier, 1933: 67-68).

Luego de establecidas estas propuestas, los países europeos

y especialmente Bélgica, se lanzaron a la conquista y ocupación acelerada de África Central generando conflictos intereuro-peos de tal nivel, que fue

necesario convocar una reunión —la Conferencia de Berlín— para establecer el reparto colonial de esa y de otras regiones.

Es esta tendencia —casi irrefrenable— a una expansión

‘bárbara’ y ‘salvaje’ de las potencias coloniales, lo que dará lugar en las metrópolis al surgimiento de grupos ‘humanitarios’

y en menor medida políticos19 que denunciaron la situación

de los pueblos colonizados, lo cual hará aún más necesaria la elaboración de justificaciones, sobre todo científicas, que legi-timen la expansión colonial. Y este papel, como ya hemos se-

ñalado, lo cumplirán el evolucionismo, el difusionismo y el

19 Es importante subrayar el escaso interés que observamos en los partidos políticos de izquierda y en el movimiento obrero en general respecto de la situación colonial, y de los grupos étnicos colonizados.

racismo científico, fuertemente articulados con las propuestas de los teóricos de la colonización.

Diferentes colonialismos y un mismo objetivo

Dentro de las políticas coloniales, y por las diversas razones señaladas previamente, observamos la existencia de diferencias que tuvieron que ver con el ulterior proceso de descolonización. Por ello, analizaremos algunas características de los colonialismos francés y británico que hacen posible entender los

diferentes usos de las justificaciones teóricas e ideológicas por parte de los mismos.

Para el caso francés considero que el trabajo de Saussure

(1899) integra las concepciones de varios de los principales teóricos de la colonización de este país (Courant, Coeur, Harmand, Le Bon). Para Saussure, la noción que rige la política colonial francesa es la creencia en la "unidad moral del género humano y en la predominancia de la razón pura como móvil de la humanidad", es decir, es refractaria a la idea de raza y tiene como objetivo la asimilación de los colonizados.

Pero según el autor no sólo existen razas, sino que las mismas están separadas por caracteres anatómicos y mentales que limitan la intercomunicación.

Analizando la situación de las colonias francesas del Caribe, este autor concluye que la población negra tiene un desarrollo biológico y cultural muy inferior: "Desde el punto de vista anatómico la raza negra tiene visiblemente un grado de desarrollo inferior. Su cerebro es de un color más gris que

el de las otras razas. Su prognatismo a veces simiesco, su ángu-lo facial, la sección de sus cabellos, la diferencia netamente del resto de la humanidad", aunque según Saussure "No hay ninguna razón para despreciarla, es absurdo imponerle una civilización que no puede asimilar y puede serle fatal" (Saussure, 1899: 233).

La teoría colonial oficial francesa propugnaba la asimilación y cuestionaba al racismo; desde 1881 los territorios coloniales franceses tenían una legislación antirracista, y además Francia era el único país donde

había representación de los

pueblos colonizados a nivel parlamentario. La población anti-

llana tenía representantes en la Asamblea Nacional Francesa

desde la revolución francesa, mientras Senegal los tuvo tam-

bién tempranamente.

Ahora bien, la aplicación de la política de asimilación su-

ponía reemplazar las instituciones nativas por las francesas, de tal manera que el código jurídico francés reemplazará, por lo menos formalmente, las normas jurídicas consuetudinarias, y

la educación formal, cuando es impartida, se hará en lengua

francesa prohibiendo el uso de las lenguas nativas.20 Inclusive se apoyó la expansión de las religiones cristianas con el objetivo de eliminar las formas religiosas nativas, pese a que las leyes francesas tenían una fuerte orientación laica. 21

20 El contenido de la enseñanza era europeo; la historia era la historia de Francia; la geografía era la geografía de Francia; la literatura era la literatura francesa. Lo cual tendría consecuencias contradictorias, ya que gran parte de los principales líderes anticolonialistas se formarán y vivirán varios años en las metrópolis coloniales como son los casos de Abdel-Malek, Diop o Fanon.

21 “Cuando fue promulgada en Francia en 1905 la ley sobre la separación de la Iglesia y el Estado, las colonias fueron excluidas de ella. Era el reconoci-89

Mientras la propuesta de Saussure es racista, aunque cues-

tionadora del etnocentrismo francés, la política oficial francesa aparece como antirracista pero implicando un fuerte etnocentrismo. Creo que esta polarización expresa los límites dentro de los que operan los colonialismos, ya que más allá de las propuestas racistas o etnocéntricas lo que domina es la consideración de

los ‘otros’ pueblos como inferiores. Al señalar esto no negamos la existencia —aun cuando sea en términos formales— de una

legislación antirracista ni de propuestas democráticas para las colonias, sino que las mismas deben ser entendidas dentro de las tendencias fuertemente pragmáticas de los colonialismos. Es

decir, que éstos utilizarán dichas propuestas, para calmar o

contener las demandas de los colonizados así como para justificar su ‘mala conciencia’, con el objetivo central de continuar con la explotación y dominación colonial.

El nuevo énfasis en la asimilación que observamos a partir

de la primera posguerra, es decir a partir de la década de 1920, tiene que ver con las diversas consecuencias de la misma, que implicó, por ejemplo, el uso de soldados negros por el ejército francés —quienes fueron habilitados para matar soldados

blancos enemigos y para violar mujeres blancas en Europa—,

así como la elaboración de propuestas de reivindicación afri-

cana que más adelante darían lugar a la ‘teoría de la negritud’.

Estos y otros procesos deben ser articulados con el surgimiento de propuestas que promueven las relaciones sociales armónicas entre negros y blancos.

miento de que la labor evangelizadora en las poblaciones africanas, llevada a cabo por los misioneros, se orientaba en el sentido de la empresa colonial”

(Wauthier, 1966: 247).

Es importante subrayar que la política asimiladora tuvo

consecuencias en la formación de líderes independentistas

africanos, y en menor medida asiáticos, que seguirán mante-

niendo una fuerte identidad con Francia. Esto se expresa en el hecho de que, hasta la actualidad, los líderes o representantes políticos de los países africanos independizados utilizan la

lengua francesa, que inclusive funciona como lengua franca

entre los mismos.

Por último, recordemos que durante el dominio colonial,

la teoría de la asimilación implicó el establecimiento de go-

biernos de tipo directo a cargo exclusivamente de ciudadanos

franceses.

La política colonial británica rechaza la asimilación, y si

bien hay propuestas consideradas asimiladoras, como aparen-

temente ocurre con las de J. Seeley (1884), un análisis de sus trabajos indica que la asimilación propuesta por el principal teórico del expansionismo imperial británico, sólo está referida a los europeos que habitan en las colonias británicas.

Los británicos, a partir de una concepción racista de la re-

lación colono-colonizado, asumen explícitamente las incom-

patibilidades de todo tipo que hay entre los blancos y los sujetos de otros pueblos, lo cual condujo a favorecer la separación radical entre europeos y nativos.22 Esto llevará a los británicos a permitir y reconocer oficialmente los gobiernos nativos exis-22 Según algunos analistas, dicha política generaba etnocidios, y así luego de analizar la colonización inglesa en América del Norte, Australia y Sudáfrica, Demangeon concluye que “En cualquier parte donde se han establecido los anglosajones, las razas indígenas han desaparecido” (1931: 127).

tentes, actuando como supervisores de los mismos, pero sin

establecer relaciones directas con la población nativa.

Este tipo de gobierno, llamado indirecto (*indirect rule)*, tiene que ver con la concepción dominante en el colonialismo

inglés de que las formas civilizadas de gobierno no son compa-tibles con las costumbres de los pueblos no europeos y que, en consecuencia, la administración de los mismos debe ser realizada a través de sus propias instituciones.

Este gobierno indirecto posibilitó que los grupos étnicos se

'autogobernaran' y mantuvieran sus propios sistemas de costumbres sin interferencia británica, lo cual posibilitó la autonomía y diferencia cultural, así como también el mantenimiento y

ampliación de las diferencias entre los diversos grupos étnicos como mecanismo de control, ya que impidió o por lo menos

limitó, el desarrollo de acciones conjuntas por parte de los diversos grupos étnicos.

El gobierno indirecto conduce, casi inevitablemente, a for-

mas de dominación y control que suelen identificarse con el

apartheid sudafricano, pero recordando que fueron los ingleses los que aplicaron el 'Apartheid' en sus colonias y, por tanto, los gobiernos indirectos fueron mantenidos con escasas variaciones en las colonias de ocupación y en las colonias de poblamiento tardío como Kenia y Rodesia, excluyendo toda posibilidad de

aplicar políticas de asimilación. Esta política siguió vigente en pleno periodo descolonizador, y así Mboya, al analizar su experiencia personal en Kenia, señala que el movimiento Mau Mau

fue “producto de los problemas económicos y sociales que habían ido acumulándose en el transcurso de los años, y que todavía no habían hallado solución a través de los cauces legales”:

En su mayoría, eran problemas de discriminación en los em-

pleos y salarios, por ejemplo, me pagaban tan sólo la quinta

parte del salario que cobraba un europeo por hacer el mismo

trabajo. Esto era consecuencia de la negativa del gobierno a

que los africanos cultivasen productos tales como café, té, sisal; de la discriminación en las oficinas de correos, hoteles y restaurantes apoyada por un Gobierno que había promulgado

una serie de leyes sobre los licores, según las cuales constituía una ofensa vender o servir licor europeo a un africano; de la discriminación por parte del gobierno en su ayuda a escuelas

y hospitales, establecida sobre una base racial; de la ausencia de una representación africana en la legislatura o de cualquier negro en el gobierno; de la existencia de gobiernos indirectos constituidos por jefes y funcionarios africanos que no refleja-ban en absoluto la opinión local (Mboya, 1963: 75-76).

El colonialismo británico estableció una línea dura de sepa-

ración entre ingleses por una parte y nativos por otra, en todas sus colonias; separación que se expresó en todos los ámbitos de la vida cotidiana inclusive en aquellos donde no debería funcionar, como lo es la pertenencia al mismo sistema de creencias

religiosas, lo cual podemos observar a través del siguiente relato: Una empleada (blanca) de una institución misionera de Natal,

mientras se encontraba en Durban se encontró en la calle con

un pastor zulú, lo saludó, charló con él y después se separó. Al cabo de dos días recibió una carta, en la que el pastor le mani-festaba conmovido su agradecimiento porque ella encontrán-

dose en pleno centro urbano, se había dignado a tratarlo

públicamente como a cualquier ser humano. Sabía, y lo hacía

notar en su carta, que si los misioneros no tienen problemas en tratar humanamente a los indígenas dentro de las misiones, sin embargo se comportan de modo muy distinto en los lugares

públicos, ateniéndose a la costumbre que hace de los indígenas

'los siervos de los amos europeos' (Lanternari, 1965: 19-20).

Esta política segregatoria y racista que trata de anular las

posibilidades de comunicación intercultural fue mantenida

por los británicos todo el tiempo que pudieron. El gobierno

indirecto implementado por el colonialismo inglés funcionó

en la medida que el mismo no interfiriera en los objetivos

económicos de los colonizadores.

La antropología británica, desde el evolucionismo hasta el

funcionalismo e inclusive el estructuralismo, generó funda-

mentaciones teóricas y trabajos etnográficos que sirvieron al proyecto colonial inglés para justificarlo y para encontrar soluciones provisionales a los problemas que surgían como pro-

ducto del tipo de dominio impuesto a las colonias. Recordemos que Gran

Bretaña fue uno de los primeros países en generar

una antropología aplicada.

El uso de gobiernos indirectos condujo a que el gobierno

británico impulsara una enseñanza que en el nivel primario se impartía generalmente en lengua nativa, pero que en los niveles técnicos y superiores era impartida en lengua y contenidos ingleses, ya que en dichos niveles se formaban los funcionarios que administrarían los gobiernos indirectos. La necesidad de crear una burocracia nativa que respondiera a los intereses británicos dio lugar al desarrollo de sectores sociales que comenzaron a establecer demandas particulares, que incluso

llevarán a cuestionar la situación colonial.

El proceso de descolonización política operó en todas las

áreas colonizadas a partir de la conclusión de la Segunda

Guerra Mundial, y la independencia se dio a través de un espectro que va desde acciones violentas, sobre todo en las colonias de poblamiento, como son los casos de Argelia o Kenia, hasta

el uso de acciones y presiones políticas no violentas, como

frecuentemente ocurrió en las colonias de ocupación como

Tanganica o Senegal.[23]

Pero en todos los casos, el colonialismo trató de perpetuar-

se manteniendo el control económico de las ex colonias, y los análisis evidencian que, salvo excepciones, dicho control continuó, de tal manera que la nueva fase neocolonialista se caracterizó por países que lograron su independencia política, por lo menos en términos formales, pero cuya economía

y sus posibilidades de desarrollo económico siguieron en manos de gobiernos y empresarios de los países colonizadores. Esto ha sido persistentemente documentado para el caso francés; autores tan diversos como Balandier (1954-1955), Crozier (1965), o Dumont (1966) señalan el mantenimiento de la dominación francesa en sus ex colonias. Dumont (1966), analizando la agencia de ayuda francesa fides concluye que, pese a que su acción, en teoría encaminada a favorecer el desarrollo de economías locales, en nada modificó las condiciones de la antigua relación colonial. Algunos países dependen en tal medida de Francia que sus funcionarios civiles y militares son pagados directamente por el gobierno francés. 24

23 Los británicos establecieron dos formas básicas de colonización; las colonias de ocupación en las cuales no radicaba población europea, y las colonias de poblamiento en las cuales los blancos se apropiaron de las mejores tierras.

24 Y esta situación, por supuesto con modificaciones, ha seguido hasta por lo menos el año 2013, ya que los europeos y estadounidenses —aunque ahora también los chinos— intervienen aún en Asia, África y Latinoamérica. Los países colonialistas tienen todavía fuerzas armadas permanentes en varias naciones, las cuales intervienen cuando los conflictos amenazan la situación de las empresas económicas metropolitanas o los ‘equilibrios’ geopolíticos, como

En este texto no describiré el proceso de descolonización, y mucho menos las consecuencias del mismo, sino que trataré de señalar para el caso africano, cómo determinadas caracterís ticas de las políticas

coloniales francesa y británica condujeron al desarrollo de propuestas descolonizadoras diferenciales, y cómo en ellas observamos procesos que posibilitaron el desarrollo del neocolonialismo.

Como ya vimos, el colonialismo inglés se caracteriza por el

uso de gobiernos indirectos, y por la relativa autonomía políti-co-cultural que dicho tipo de gobierno posibilita. Es decir, que los grupos étnicos y supraétnicos pudieron mantener sus propias formas de gobierno, lengua, sistema local productivo y cultura, ello dentro de un proceso de penetración y dislocación econó-

mica, así como del racismo gestado por la situación colonial.

Por lo cual, los grupos pudieron mantener sus usos y costumbres particulares, lo que posibilitaba conservar y aún reforzar su propia identidad étnica y cultural. Pero por otra parte favoreció

—como ya lo indicamos— un proceso de balcanización entre

los diferentes grupos étnicos, limitando o impidiendo una ac-

ción conjunta contra los gobiernos coloniales.

A su vez, la política asimiladora francesa conducía a la

ruptura de las particularidades étnicas, ya que el modelo de

identidad propuesto era el de la identidad francesa en la medi-da que los sujetos se asimilaran.

Esta política generaba la posibilidad de superar las particu-

laridades étnicas y, por tanto, el acceso a niveles organizativos ocurrió en 2013 en Mali, donde las tropas francesas tuvieron que intervenir para enfrentar el levantamiento de grupos islamistas radicales.

que se basaran ya no en los grupos étnicos, sino en organismos supratribales, que incluso accedieran a una ‘conciencia nacional’

e inclusive panafricana. Si bien esta política eliminaba, por lo menos en teoría, los riesgos de la balcanización, sin embargo propiciaba el desarraigo cultural de los grupos nativos, ya que los mismos tendían a ser separados de su propia lengua y cultura

en la medida que entraran al proceso de asimilación. Además,

dicha política favorecía la desvalorización de su cultura por los propios africanos.

Mientras el modelo británico propiciaba que los sujetos

siguieran manteniendo su propia cultura en forma autónoma

y aislada, el modelo francés conducía a la pérdida de la misma.

Por tanto, es congruente que fuera dentro de las colonias

francesas que se desarrollara la teoría de la negritud, teoría que trató de revaluar las culturas africanas a través de una recreación mítica del pasado.

De tal modo los teóricos de la negritud buscaron en lo

precolonial los contenidos y mecanismos ideológicos y cul-

turales para cuestionar al colonialismo y suplantarlo. Pero al basarse en formas y procesos culturales de un pasado precolonial que, si bien se mantenían en el sistema de creencias co-

lectivo, ya no tenían que ver con gran parte de la vida cotidiana de los africanos actuales; limitaron la posibilidad de impulsar a través de la misma el proceso de descolonización política.

En ese sentido, los teóricos de la negritud al tratar de en-

contrar los *contenidos esenciales* de lo africano, se distanciaron cada vez más de los grupos étnicos y de los activistas políticos, dado que dichos contenidos no

correspondían a la problemática de los africanos actuales.

La negritud optó por el uso mitificado del pasado como forma de actuar sobre el presente, en lugar de partir de la situación colonial y de las transformaciones que operaban en los mundos africanos.

Al insistir en elementos diferenciales y esenciales africanos, los teóricos de la negritud utilizaron las mismas concepciones que los occidentales utilizaban para diferenciarse ya no racial-mente sino culturalmente de los no-blancos, de tal manera que frente a la hegemonía de la civilización occidental, por ejemplo, Senghor, uno de los ideólogos de la negritud, hablará de civilizaciones africanas, lo cual reproduce simétricamente las concepciones racistas culturales blancas y posibilita la continuidad neocolonialista, tanto en términos ideológicos como en términos económico políticos. Como señala Depestre:

Actualmente la negritud implica la absurda idea de que el negro es un hombre dotado de una naturaleza humana particular, dotado de una esencia que sólo a él le pertenece y que según Jahn dará a la civilización occidental el complemento de alma que actualmente necesita. Para Senghor la emoción es negra, como la razón es helena, y a partir de esta absurda afirmación opone la espiritualidad africana considerada como un bloque emocional, a la racionalidad blanca, tenida igualmente como un hecho global (1968: 176).

El colonialismo británico reduce las posibilidades de formación de conjuntos supraétnicos, impulsa la separación y aislamiento de los grupos étnicos y favorece los poderes de los líderes étnicos

tradicionales como mecanismo de control social. Sus políticas conducen a un congelamiento del pasado, y a la deshistorización de la realidad actual. Su objetivo es que 98

los grupos étnicos permanezcan viviendo en un pasado aislado

del presente a través de sus propios ritos y mitos, y que no in-terfieran en la realización del mundo actual que construyen

los británicos.

A su vez, el colonialismo francés posibilita el desarrollo de movimientos supraétnicos, pero las consecuencias de la asimilación en el desarraigo cultural condujo a generar una teoría de la negritud que también favorece la deshistorización de los procesos actuales, al mitificar el pasado africano, y vincularlo exclusivamente en términos ideológicos con el presente.

Una vez más observamos cómo ciertos procesos se articulan

más allá de las diferencias que los caracterizan, ya que las políticas diferenciales de los colonialismos británico y francés generarán, sin embargo, ciertas consecuencias similares que posibilitan la continuidad colonial/neocolonial. La deshistorización y miti-ficación de los procesos, y más allá de cómo y quiénes la hayan generado e impulsado, posibilita dicha continuidad en términos ideológicos, lo cual se articula con la persistencia de la dominación económica de los países coloniales.

CAPÍTULO 3

Racismo, colonialismo

y violencia científica

Cuando se habla de racismo en América Latina muchas per-

sonas oponen reparos a que este tema sea considerado relevan-

te, excepto para referirnos a la situación norteamericana, a la Sudáfrica del *Apartheid* o a la Alemania nazi, ya que entre nosotros no sería un problema central ni vigente.

Esta manera de pensar el racismo evidencia la capacidad

que han tenido los saberes sociales hegemónicos, pero tam-

bién los subalternos para ocultar los racismos cotidianos que operan en nuestra región, así como para colocar en ciertas situaciones consideradas como excepcionales, la presencia del

racismo.

Y es por eso que, para unos, el antisemitismo es un proble-

ma inventado por los judíos, incluido el denominado holo-

causto, mientras que para otros, el racismo sólo existe donde haya convivencia o por lo menos relaciones entre negros y

blancos, pero no ‘entre nosotros’.

Pero el racismo no solamente es una cuestión de segregar

negros u odiar judíos; el racismo debe ser referido a las relacio-

nes sociales, económicas y políticas a nivel macro y microsocial que implican la negación, discriminación, subordinación y

explotación de los otros en nombre de pretendidas caracterís-

ticas biológicas o culturales.

Toda relación social que signifique ‘cosificar’ a los otros, es decir negarles la categoría de persona o si se prefiere de sujeto, de inferiorizarlos, de humillarlos directa o indirectamente en nombre de la raza o de las características culturales biologi-zadas y manejadas en términos de clase, de género o de etnia

constituye racismo.

Toda nuestra historia latinoamericana está construida sobre

relaciones raciales, la relación con el indio, con la población de origen africano, con los migrantes europeos y asiáticos, con los migrantes latinoamericanos que llegan o atraviesan nuestros países, así como con nuestros propios migrantes que se

trasladan desde nuestras provincias pobres hacia los centros

económicos urbanos. Todas estas relaciones están saturadas de racismo, y de un racismo que en múltiples ocasiones condujo

a asesinatos masivos, incluidos etnocidios.

Las mismas personas que niegan nuestro racismo cotidiano

pueden reconocer que algo de prejuicio y de discriminación

podemos tener, pero nada parecido a lo que fue la Alemania

nazi o a las masacres que, en términos racistas, se dieron entre Nigeria y Biafra, entre Pakistán y Bangladesh o entre hutus y tutsis en la segunda mitad del siglo xx. Quienes esgrimen estos argumentos deberían saber que América —toda América— está

constituida sobre el etnocidio más profundo que conoce la historia, por lo menos hasta ahora, ya que decenas de millones de amerindios y de africanos murieron en forma directa o indirecta

debido a las condiciones impuestas por la conquista y explota-ción colonial.25

Hasta la llegada de los europeos, según cálculos más acep-

tados, América contaba con una población que oscilaba entre

90 y 110 millones de habitantes. Después de un siglo y medio

de colonización ‘desaparecieron’ entre 85% y 90% de los nati-

vos. A lo cual habría que agregar casi diez millones de negros africanos que habrían muerto en el tráfico de esclavos hacia

nuestra región.

América Latina montó su organización sociocultural y su

trayectoria económica sobre este etnocidio, el cual ha sido

negado oficialmente por la mayoría de nuestros países, pero

sobre todo ha sido y sigue siendo ignorado por la población,

incluidos sus sectores subalternos. En un país como Argentina los libros en que los niños y jóvenes aprenden la historia de su sociedad no registran este proceso, imponiendo la imagen de

un país en el cual los indios y los negros parecen ser una especie de excusa histórica para que el ‘hombre blanco’ desarrolle su civilización.

25 La mayor parte de la población amerindia murió a causa de enfermedades infectocontagiosas transmitidas por los europeos, lo que todavía sigue ocurriendo en la actualidad con los pocos grupos étnicos que aún permanecen relativamente aislados. En los últimos años, los ayoreo-totobiegosodes han sido obligados a abandonar sus tierras debido a la penetración del empresariado paraguayo, y están muriendo de enfermedades respiratorias, dado que carecen de inmunidad. Como señaló S. Corry, director de *Survival International*,

“Esta tragedia no es una sorpresa. Cuando se fuerza el contacto de pueblos indígenas aislados con la sociedad foránea, la enfermedad le sigue rápidamente.

Esto prueba que el contacto forzoso no es más que una sentencia de muerte para los pueblos indígenas” (*Survival International*, 2014).

Estudios realizados durante los sesenta y setenta sobre el

contenido de los libros de primera y segunda enseñanza en

varios países —americanos incluidos— constatan la ausencia

de procesos racistas sobre los cuales se constituyeron dichos países y evidencian la persistencia del racismo a través de la manera en que dichos libros describen a personas de otras sociedades, generando una visión negativa y reforzando los estereotipos de infantilismo, inferioridad o agresividad que existen hacia ellas. 26

El racismo siempre está en los otros

Oficialmente nuestros países latinoamericanos consideran

que no somos sociedades racistas, la cual constituye una de las constantes 'astucias' del racismo, y lo más grave es que la mayoría de nosotros asumimos esa afirmación como cierta. Más

aún, nuestra falta de racismo es uno de los pocos hechos que

nos diferenciarían positivamente de Estados Unidos, que por

definición es una nación racista para los latinoamericanos.

El racismo entre nosotros está normalizado, formando

parte de nuestro inconsciente cultural que se pone de mani-

fiesto todos los días, nada más que lo negamos viviendo nues-

tros actos como no racistas. Cuando señalo en mis clases de

antropología estos aspectos, una parte de los alumnos cuestiona 26 Esto no sólo ocurre en los libros infantiles, sino también en los manuales alemanes, británicos, franceses, portugueses, rusos y suizos en que se estudia la historia de los países de América Latina, Asia y África. Ver Preiswerk y Perrot, 1979.

mis afirmaciones, por lo que les propongo que asocien las pa-

labras 'caníbal' o 'infanticidio' con algún tipo de sociedad o país; sistemáticamente la casi totalidad no identifica estas palabras con sociedades blancas, occidentales y cristianas sino con determinados grupos étnicos. Sólo algunos alumnos tienen

noción de la existencia de canibalismo en nuestra sociedad

occidental, así como de la persistencia de los infanticidios, por supuesto no ritualizados, pero desgraciadamente frecuentes.

Malinowski permaneció durante varios años en las islas

Trobriand —debido a que allí lo sorprendió la Primera Guerra

Mundial— y convivió como antropólogo con diversos grupos

étnicos, algunos de ellos caníbales. Al conversar un día con un anciano antropófago, quien estaba enterado de las matanzas

que se generaban en Europa, dicho anciano le preguntó qué

hacían los europeos con tanta carne, a lo que Malinowski

contestó que los europeos no comían carne humana. Y el an-

ciano caníbal comentó “¿Entonces matan por matar?”. Obvia-

mente, por lo menos en las guerras imperialistas no se mata

por matar, pero la pregunta del anciano antropófago sigue vi-

gente: ¿Para qué tantos asesinatos?, y por derivación, ¿por qué asombrarnos del canibalismo? El mero hecho de que asocie-mos ciertos comportamientos con determinados conjuntos

sociales y no con nosotros; el que palabras como salvajes, primitivos, mestizos u orientales evoquen determinados sujetos y comportamientos, está indicando la

presencia de un racismo inconsciente que negamos conscientemente.

Durante el siglo xix y gran parte del xx, la barbarie y el salvajismo fueron colocados, inclusive a nivel científico, en los ‘otros’ y no en la sociedad occidental. Los acontecimientos de

la Primera Guerra Mundial, y sobre todo de la segunda, en la cual no sólo se ejerció la solución final sobre judíos y gitanos —y se mató intencionalmente de la manera más cruel a decenas de miles de alemanes con bombas de fósforo que quemaban al enemigo—, sino que se lanzó innecesariamente la bomba atómica sobre dos ciudades japonesas —pese a que los japoneses habían ofrecido su rendición—, dieron lugar a las denuncias de la existencia de una barbarie occidental reputada ahora no sólo de social sino de científica.

Pero lo que los europeos hicieron entre sí, o los norteamericanos contra los japoneses, y por supuesto los japoneses contra los denominados aliados, es lo que los occidentales hicieron con los pueblos colonizados a partir del racismo y de otras concepciones etnocéntricas. Sin embargo, estas asociaciones casi obvias son ignoradas por los especialistas en holocaustos y otras catástrofes, excluyendo los espacios y tiempos sociales donde los occidentales ensayaron sus futuros exterminios. Es como si la modernidad y la tecnología, así como el

burocratismo, explicaran los holocaustos en tierras occidentales, cuando los mismos están presentes en las formas coloniales y neocoloniales de dominación.

Tan racista ha sido la sociedad occidental, que en 1919 se

negó a aceptar la proposición de la delegación japonesa a la

Conferencia de París de incluir en los lineamientos de la futura Sociedad de las Naciones una declaración proclamando la

igualdad de las razas. Recordemos que eran los años en que se hablaba del ‘peligro amarillo’, concepción que era compartida tanto por las naciones democráticas como más tarde por los totalitarismos, y no me refiero exclusivamente a la Alemania nazi.

Pero el racismo actual no constituye una ‘anomalía’, sino

una consecuencia del propio desarrollo capitalista, sobre todo desde mediados del siglo xix. Constituye una concepción y

una práctica que opera situacionalmente, según sean las con-

diciones económico políticas e ideológicas dominantes, y que

se caracteriza por los usos de violencias simbólicas y no sim-bólicas que, sin embargo, como lo hemos reiterado, han sido

excluidas de nuestras historias oficiales pero también de nuestras ‘buenas conciencias’. 27

Lo realizado por el Tercer Reich alemán no es un hecho

anormal ni más ‘salvaje’ que toda la tradición de violencia

aplicada durante la expansión colonial, y por supuesto, de la re-presión de clase que caracteriza el desarrollo capitalista especialmente durante el siglo xix.

Si el nazismo es visto como una anomalía ‘que enerva la

conciencia occidental’ es por el uso de la racionalidad técnica, de la realización de masacres planificadas y de la utilización de la ciencia en este proceso de destrucción implacable. Son estos usos los que rechazó Occidente, dado que los occidentales

consideran a la ciencia como parte de su identidad, y en cierta medida, de su ‘destino’.

Más aún, la ciencia no sólo es uno de los principales indi-

cadores de su superioridad sino que cada vez más constituye

uno de los principales medios del desarrollo capitalista en

27 Desde hace años me ha llamado la atención las escasas investigaciones antropológicas que existen sobre los diferentes tipos de racismos en Latinoamérica; pero también me sigo sorprendiendo por la escasez novelas y cuentos que, por lo menos en Argentina y México, tratan sobre el racismo en nuestra vida cotidiana.

términos económicos. Por eso el nazismo aparece simultánea-

mente como un paradigma de los límites del capitalismo en

términos económico-políticos, y como una expresión de una

barbarie técnico-científica a través de la cual no se reconocen los otros países occidentales, y menos aún sus científicos.

Es necesario asumir que el conjunto de los países europeos

y Estados Unidos que enfrentaron al nazismo, lo hicieron

a partir de ser naciones no sólo colonialistas sino, con mayor o menor intensidad, racistas. La Segunda Guerra Mundial no se

centró en la lucha contra el racismo alemán, ni siquiera contra el antisemitismo, sino en razones económico políticas. Tampoco se hizo contra las aplicaciones eugenésicas respecto de

los enfermos mentales o de los considerados ‘degenerados’,

dado que varios de los países aliados practicaban, antes de la guerra, la eugenesia mucho más que los alemanes.

Por eso los aliados y sus intelectuales necesitaron construir un espectáculo mediático (prensa y radio), teatral, musical,

cinematográfico y académico, para demostrarnos que su lucha

era contra un régimen genocida y racista, lo cual no cabe duda que era verdad, pero ocultando que los que luchaban también

eran racistas y practicaron el etnocidio. 28

Pero los occidentales operan en la actualidad como si estos

referentes ya no existieran, y por eso siguen viendo la barbarie 28 En un libro de D. Lessing en gran medida autobiográfico, un personaje que vive durante la segunda Guerra Mundial en Sudáfrica señala: “La guerra se nos presentó como una cruzada contra las malévolas doctrinas de Hitler, contra el racismo y, sin embargo, toda aquella enorme masa de tierra, casi la mitad del área total de África, estaba regida precisamente según la premisa de Hitler, de que algunos seres humanos son mejores que otros a causa de la raza” (2007: 99).

casi exclusivamente en las masacres realizadas por los hutus

contra los tutsis o de los camboyanos contra los propios camboyanos, pero no registran lo que los civilizados hicieron y siguen haciendo contra los ‘salvajes’.

En la década de los sesenta el ejército peruano bombardeó

territorio indio con el objetivo de que estos dejaran sus tierras.

En 1969 antropólogos escandinavos denunciaron el asesinato

y expulsión sistemática de indios de sus territorios para posibilitar la expansión económica de empresarios brasileños. Según Orlando Villas-Boas, quien vivió más de la mitad de su vida en comunidades de diferentes grupos étnicos brasileños, lo que

los ganaderos de este país quieren es reemplazar cada indio

por una vaca; doscientos indios que expulsen de sus tierras

significa que habrá doscientas vacas más.

Reforzando estas afirmaciones, el investigador Jacinto Fi-

gueiredo sostiene que el grupo étnico ‘cintas largas’ fue expulsado de sus comunidades mediante el bombardeo de cargas de

dinamitas arrojadas desde aviones, y que además fueron ame-

trallados al tratar de huir. Pese a estas críticas y denuncias generadas en los sesenta, el proceso de expansión brasileño sobre territorios indios continuó, y aún continúa. Los empresarios de este país y los empresarios paraguayos siguen forzando en 2014

a los indígenas a salir de sus tierras “a medida que los ganaderos queman y talan los bosques” (Survival International, 2014).

Si bien, Brasil adoptó durante estos años una nueva constitu-

ción que reconoce los derechos indígenas a sus propias tierras ancestrales, la expulsión y masacres continúan, lo que lleva a una analista a concluir: “[…] al menos que haya un clamor

público en defensa de los indígenas de Brasil, éstos continuarán

muriendo —separados de sus tierras, oficialmente callados,

asesinados, devastados por la desnutrición y las enfermedades—

y el genocidio será completo” (V. Bárbara, 2017). Pero los propios datos de Vanessa indican que en Brasil no hay ningún

clamor público al respecto, y que el problema sólo interesa a los propios indígenas, a algunas ong, a unos pocos religiosos, y a algunos inte lectuales, incluida una docena de antropólogos.

El racismo como teoría se desarrolló durante la segunda mitad del siglo xix, apoyándose en la antropología evolucionista y en las dos principales ciencias que caracterizaron a dicho siglo, la biología y la historia, las cuales subrayan un hecho crucial en la concepción del hombre, y es que tanto en términos históricos como biológicos el hombre se caracteriza por el cambio.

El hombre no es un ser fijo sino que evoluciona biológica-

mente y cambia históricamente, lo cual supone un cambio ra-

dical que cuestiona el creacionismo y las características de toda sociedad establecida. Si bien este descubrimiento sirvió para impugnar los fundamentos religiosos y políticos dominantes,

también sirvió para justificar el racismo y el etnocentrismo en términos de la existencia de razas superiores e inferiores.

Esta concepción evolucionista fundada en la biología y la

historia será impulsada especialmente por el darwinismo social y por el evolucionismo mecanicista, dando lugar a propuestas

eugenésicas que no sólo permanecieron en los niveles teórico

e ideológico, sino que fueron aplicadas en forma reiterada en sujetos y grupo sociales por los principales países occidentales, especialmente durante la primera mitad del siglo xx.

Respecto de lo que estoy formulando, se ha sostenido también

—reiteradamente— que el uso racista de principios científicos 110

fue aplicado, no sólo por científicos sino por el poder, ya que los verdaderos científicos denunciaron la falacia racista.

Más allá de recordar que esta falsedad fue desarrollada por

científicos reconocidos en su momento como tales, lo que me

pregunto es: ¿Qué hicieron los verdaderos científicos frente al desarrollo y uso de estas falacias racistas por el poder? La respuesta, por sabida, no deja de ser dramática, ya que la mayoría de los científicos verdaderos siguieron trabajando en sus gabi-netes o laboratorios sin denunciar siquiera tal falacia.

Si bien sabían que en nombre del racismo se inferiorizó,

explotó y asesinó sistemáticamente, la mayoría de los científicos verdaderos no hicieron nada, amparados en parte por la

neutralidad científica.

En los hechos hubo una subordinación de la ciencia al

poder, pero no en cualquier momento, sino durante el lapso

en que la ciencia pasaba a convertirse en la máxima expresión del pensamiento occidental, en la expresión máxima de la diferenciación entre civilización y barbarie, en la expresión más acabada de la objetividad. En ese lapso de esplendor científico, la teoría de la evolución fue utilizada para justificar el racismo y para legitimar la hegemonía racial y política de Occidente.

Tuvimos que esperar a la conclusión de la Segunda Guerra

Mundial, a lo que supimos de Hiroshima, a lo que surgió de

Vietnam, para volver a redescubrir los usos de la ciencia por el poder, y lo que la mayoría de los científicos hacen con su

neutralidad valorativa. Una parte de estos científicos sostiene que ‘a la larga’ la verdad científica se impondrá; sin embargo, hace tiempo que la ciencia ha

demostrado que no hay diferencias raciales en términos de inferioridad y superioridad, ya que 111

existe una unidad básica de tipo biológico en los seres huma-

nos; no obstante, los racismos perduran, reaparecen e inclusive se crean nuevos racismos.

Considero que un saber científico, sobre todo en el caso

del racismo, que sólo permanece en las revistas especializadas o en los congresos de especialistas, constituye un saber 'libres-co', que necesita ser incluido en nuestras vidas cotidianas en forma activa, pues de otra manera no posibilitará realmente

ninguna modificación sustantiva y, como dicen ahora, susten-

table, en nuestra vida cotidiana.

Las adecuaciones políticas de la ciencia

El capitalismo montó gran parte de su desarrollo en la explo-

tación directa e indirecta de la mano de obra, así como en un uso creciente de la técnica, cada vez más derivada de la investigación científica. Pero como se señaló, la técnica y la ciencia fueron usadas como impulsoras de procesos productivos cada

vez más sofisticados, y también como medios de control social e ideológico de los sujetos y grupos humanos.

Desde esta perspectiva, el racismo y las teorías eugenésicas, más allá de sus falencias científicas, han sido utilizados para justificar 'teóricamente' la 'superioridad blanca' y su expansión política y económica, así como para explotar económicamente

y controlar social e ideológicamente a determinadas poblacio-

nes. No se tuvo que llegar al extermino planificado por los
nazis para proponer una ‘solución final’, ya que en el Congreso Eugenésico Mundial realizado en Estados Unidos en 1921, se

sostuvo que había que aniquilar en forma gradual a las pobla-
ciones nativas de las colonias, a través de medios biológicos.

Como sabemos, el racismo constituye una ideología que se
articula con otras ideologías cuando conviene a quienes la
instrumentan en términos políticos, económicos o culturales,
pero también, puede articularse con la ciencia cuando los
objetivos lo requieren. Ambos procesos pueden ilustrarse a
través de Alemania, país que convirtió en 1936 el racismo en
política de Estado, y que simultáneamente lo utilizó como
parte de la concepción del mundo ario, y como parte intrínse-
ca del quehacer científico occidental. Los ideólogos del parti-do nacionalsocialista, pero también los biólogos, antropólogos físicos, historiadores y antropólogos habían fundamentado la
concepción de una raza pura que debía mantenerse como tal,
no admitiendo ningún tipo de mestizaje, y menos aún el desa-
rrollo de relaciones igualitarias con miembros de razas consideradas inferiores, como por ejemplo la japonesa.29

Pero por razones básicamente políticas, Alemania nece-

sitaba establecer una alianza militar con Japón —el llamado

Pacto de Hierro— y, por tanto, los antropólogos y el poder so-lucionaron el problema:

Los racistas buscaron una solución y la encontraron. Existe en ciertas islas del Japón una población blanca autóctona: los

29 La mayoría de los científicos alemanes nazis y no nazis actuaron durante el Tercer Reich como casi todos los científicos y profesionales actúan bajo cualquier sistema; es decir, como profesionales al servicio del gobierno o de la empresa privada sin cuestionar, por lo menos públicamente, las acciones genocidas de su país. Y me refiero tanto a científicos ‘duros’ como a científicos sociales. Ver A. Beyerschen (1977, 1992).

Ainos, que habían sido expulsados a regiones poco accesibles

por los conquistadores amarillos. Desde esa época, dicen los

racistas, ha habido numerosos cruzamientos entre los Ainos y

los japoneses, y como consecuencia de tales cruzamientos se

ha constituido el actual pueblo japonés, el cual, a consecuencia de la separación posible de los caracteres físicos y de los psíquicos, tiene evidentemente el aspecto físico de un pueblo amarillo, pero posee todas las cualidades morales e intelectuales de un pueblo ario y hasta nórdico (Prenant, 1939).

Alemania se había caracterizado por su notable desarrollo

científico, especialmente en el campo de las ciencias ‘duras’ y, por consecuencia, sus científicos aplicaron la metodología

científica al estudio de la física, química, astronomía, y especialmente de la biología y de las ciencias médicas.

Si bien, en biología y medicina habían trabajado experimen-

talmente con animales y con seres humanos, la política de Estado racista apoyada, o por lo menos admitida, por la inmensa mayoría de los científicos ‘duros’ alemanes les permitió experimentar con seres humanos hasta límites desconocidos en aquel entonces.

Los hombres reemplazaron a los cobayos, siendo sometidos ‘in

vivo’ a todo tipo de experimentos, una parte de los cuales concluía inevitablemente con la muerte del ‘sujeto experimental’.

Las investigaciones sobre funciones hepáticas lideradas por

Eppinger constituyen una suerte de paradigma de este proce-

so, dado que los alemanes construyeron en la isla de Creta un laboratorio especial para el estudio de dichas funciones. En

dicho laboratorio se realizaron experimentos sobre centenares de personas de origen judío, las cuales murieron como producto de dichas investigaciones científicas. Estas investigaciones posibilitaron un gran avance en el conocimiento y solución

de problemas hepáticos, y el nombre de Eppinger sigue siendo, por lo menos, leído por los estudiantes de medicina, ya que su nombre designa algunos procesos anatómicos y fisiológicos;

aunque ya nadie se acuerda —ni profesores ni alumnos— del

racismo científico que posibilitó los descubrimientos de Eppinger mediante el asesinato de seres humanos.

Me interesa destacar que estas investigaciones se hicieron a

través de las más estrictas condiciones científicas, pero a partir de considerar subhumanos a los sujetos experimentales. Es decir, en las relaciones ciencia-ideología, por lo menos en este caso, no se impuso la racionalidad científica,

sino la racionalidad ideológica; o mejor dicho, ambas se pusieron de acuerdo.

Fue en los campos de concentración construidos por el

Tercer Reich donde esta articulación ciencia-ideología alcan-

zó su máxima expresión, no sólo en la complementación entre

ciencia e ideología o en la producción de millones de muertos, sino porque los campos de concentración expresan siniestra-mente la eficacia capitalista de explotación humana hasta sus últimas consecuencias; recordando que la última consecuencia fue la casi inevitable muerte del prisionero.

[El campo de concentración] recupera la fuerza de trabajo

de los cautivos para grandes obras no rentables, en el extremo permite eliminar ciertos trabajos proletarios que reemplaza

con mano de obra prisionera, mal alimentada y no retribuida;

beneficia a los sostenedores del régimen, a quienes la explo-

tación de los cautivos reporta posiciones y provechos grandes y pequeños; en fin tiene la ventaja de utilizar racionalmente a los sádicos y de suministrarles un exutorio no solamente

oficial sino cívico y moral, confinando su discreción a individuos puestos fuera de la humanidad (Folliet, 1954).

Alemania llenó sus “campos de trabajo” con hombres de

toda Europa, una parte de los cuales trabajaron para las más

grandes empresas alemanas como IG Farben, Siemens o Krupp.

Desencadenada la Segunda Guerra Mundial, estas empresas

necesitaron cada vez más mano de obra, y por eso construye-

ron fábricas en las cercanías de los campos de concentración

de Ravensbrück, Neuengamme y Auschwitz, de tal manera

que la gran industria alemana reorientó económicamente los

objetivos originales de dichos campos, sin abandonar los objetivos de exterminio (Billig, 1967).

Desde el momento de su ingreso a dichos ‘campos’ de tra-

bajo, los hombres tenían una esperanza de vida de entre tres y nueve meses; de 400 mil hombres y mujeres que trabajaron

para estas grandes empresas, sólo sobrevivieron 70 mil.

Según P. Kai, el campo de concentración de Auschwitz es tal

vez el tipo ideal de explotación capitalista en términos de eficacia y racionalidad administrativa: “Oficinas de organización y de investigación se abocaban a la labor de descubrir los mejores medios de matar a la mayor cantidad posible de personas. Los

técnicos de la ss y los técnicos de la industria trabajaron estrecha-mente unidos para resolver esta tarea nacional” (Kai, 1965).

Y así, por ejemplo, cuatro cámaras de gases para el extermi-

nio de los concentrados fueron instaladas en Auschwitz por la firma Topf e hijos, la cual se adjudicó el contrato en una licitación donde participaron otras importantes empresas. A las

cuatro cámaras de gas se agregaron cuatro crematorios con un

total de 46 hornos. El gas *Cyclon B* fue entregado por el gran complejo químico farmacéutico IG Farben. El rendimiento

diario era de 12 mil muertos, pero en junio de 1944 la cifra

alcanzó a 22 mil personas. Es decir, los empleadores incre-

mentaron los tiempos y los ritmos de producción para generar

más muertos, y ello realizado por empresas que ganaron sus

licitaciones en un concurso abierto y público.

La ss se apropió de 42 millones de joyas, 6 millones de divi-

sas, 160 mil relojes, 7 mil despertadores y 29 mil pares de lentes, que fueron 'expropiados' y contabilizados. Los nazis hicieron un cálculo de rentabilidad del sistema concentracionario, que estimó lo siguiente:

a) salario medio diario del trabajador: 6 marcos; *b)* deducción por alimentación: 0.60 marcos diarios; *c)* duración media de vida del trabajador: 9 meses, que suponen 270 días de trabajo, que multiplicado por 5.30 marcos dan un rendimiento de 1 431

marcos por cada 'trabajador'. Además incluyeron: *d)* deducción por uso de vestimenta: 0.10 marcos; *e)* aprovechamiento de los restos del cadáver (dientes de oro, valores preciosos, monedas); *f)* deducción de gastos de incineración: 2 marcos.

Provecho medio neto: 200 marcos; provecho total después de

nueve meses: 1 631 marcos. A lo que debe agregarse la utiliza-ción de huesos y cenizas (Kai, 1965).

Para Kai, y varios autores, resulta impresionante tanta pla-

nificación al servicio de la irracionalidad:

Más que el horror puro, lo que más impresionaba es la organi-

zación burocrática del horror. Esta organización burocrática

de la muerte puede ser contemplada como el supremo triunfo del sistema capitalista, cuya esencia consiste en la transformación del hombre en cosa, en pura materia para hacer funcionar el sistema. En Auschwitz, el capitalismo evolucionado de Alemania reprodujo las fases históricas an-

teriores, sobrepasando eso sí, los horrores conocidos. Sin ningún disfraz se presenta como una máquina de muerte que transforma a un hombre en objeto, haciéndolo trabajar, matándolo y robándole. Esa esencia pura del capitalismo que representa Auschwitz, se repite también en el plano de las ideas. Su racionalidad e irracionalidad, su técnica inteligente y la locura de sus objetivos se entremezclan íntimamente, imprimiendo al horror bárbaro de este conjunto una violencia que nadie pudo prever. El sistema que permitió la más grande producción de cadáveres de la historia estaba planeado para llevar su engranaje hasta sus últimas consecuencias, y por eso Alemania producía incontables planificadores, ingenieros, técnicos. ¡Tanta planificación al servicio de la más completa irracionalidad! (Kai, 1965).

Como sabemos, el trabajo en los campos de concentración

no implicó siempre trabajo productivo en términos económi-

cos, sino que los procesos de trabajo fueron utilizados para no producir nada más que la muerte física y social de los concentrados. El trabajo operó en estos casos como un mecanismo de

control, de inferiorización de los sujetos tratando de convertirlos en subhumanos, así como un medio de exterminio, ya que

millares de prisioneros murieron desarrollando trabajos que

no tenían otro objetivo que matarlos, que destruirlos como

sujetos dada la absurdidad de las tareas que realizaban sin

ningún otro fin que su propia muerte.

Esta irracionalidad operó según las necesidades de una

economía de guerra que requiere un uso intensivo de mano de

obra de los campos de concentración, lo cual, por ejemplo, se evidenció durante la primavera de 1944, ya que fueron depor-tados 400 mil judíos húngaros a Auschwitz para la producción

de material de guerra, especialmente para la fabricación de

piezas para aviones, armas antitanques y municiones. Fue so-

bre todo a partir de 1941 que los prisioneros de dichos campos fueron utilizados por las grandes empresas alemanas, lo cual

fue reconocido por el propio Ministro de Armamentos durante

el juicio de Núremberg, cuando Speer señaló que Alemania

necesitaba utilizar el mayor número de trabajadores posibles

en su esfuerzo por ganar la guerra, y por eso las grandes fábricas y el Gobierno alemán utilizaron prisioneros de los campos de

exterminio. Usándolos frecuentemente para tareas que, por su

dificultad, otros no podían realizar, ya que frecuentemente

suponía la muerte de los trabajadores (Billig, 1973: 303).

El nazismo convirtió en subhombres a judíos, gitanos y

eslavos, tal como el colonialismo —sobre todo en la etapa

imperialista— hizo con los pueblos que colonizó. La principal diferencia consiste en la aplicación de una racionalidad técnica y científica, pero justificada por una ideología racista similar a la que operó respecto de los pueblos colonizados.

Ya no hay razas, pero sí racismos

Lo desarrollado hasta ahora implica retomar lo planteado ini-

cialmente, es decir, tratar de precisar en qué consiste el concepto de 'raza', así como la existencia o no de diferentes razas caracterizadas por su igualdad o por sus diferencias. Si bien hay diferencias entre los seres humanos en términos de color

de la piel, tipo de cabello o estatura, no obstante estas características no implican diferencias en términos psicológicos,

sociales y culturales, y menos en términos de inferioridad y

superioridad, que constituyen dos de los principales supuestos del racismo.

Desde mediados del siglo xix contamos con numerosas

clasificaciones raciales, que proponen desde dos a doscientas razas. Desde fines

de la década de los cuarenta las clasificaciones raciales se hicieron exclusivamente a partir de características físicas y biológicas, la mayoría sin ningún tipo de implicaciones racistas, y admitiendo además la relatividad de dichas clasificaciones. Como señalaba Firth en un manual de antropología sumamente utilizado:

[…] los europeos tienen en conjunto piel más clara, labios más finos y nariz más angosta que la gente de raza negra. Pero entre la gente de tez predominantemente oscura hay quienes la tienen más clara que los europeos de piel más oscura, aunque no tan clara como los europeos más blancos. También entre los individuos de cutis oscuro los hay de labios más finos y nariz más angosta que los de cutis claro. Al comparar la talla se comprueba, por ejemplo, que entre los hotentotes, gente por lo general de baja estatura, hay hombres que son más altos que los europeos más bajos. En consecuencia sólo deben utilizarse promedios y no diferencias absolutas; en cada uno de los caracteres elegidos para efectuar la medición aunque los promedios difieran, los extremos se tocan. Un tipo racial o étnico es entonces, una combinación de promedios, una abstracción, y muy pocos individuos de una población se ajustan exactamente al prototipo de la misma (Firth, 1957).

Por tanto, raza es un concepto exclusivamente biológico,

que debe ser definitivamente despejado de toda especulación

referida a sus vinculaciones con aspectos políticos, económi-

cos, psicológicos o culturales, dado que éstos son exclusivo

producto de su desarrollo histórico en tanto sujetos sociales.

Dado que lo que estamos concluyendo se ha escrito, funda-

mentado y propuesto reiteradamente desde finales del siglo xix

—por lo menos—, considero que —desgraciadamente— va a

tener que ser reiterado constantemente dadas las permanentes

reapariciones del racismo en términos de representaciones sociales manejadas por grupos racistas y, sobre todo, de las prácticas sociales cotidianas de racistas, pero también de no racistas.

Por ende, la cuestión no radica exclusivamente en investi-

gar y denunciar los racismos de todo tipo, sino en tratar que las concepciones, actitudes y prácticas racistas sean excluidas de nuestra vida cotidiana, la cual asegura la continuidad-discontinuidad de los racismos. Y no sólo porque en nuestras socieda-

des se mantiene un sustrato inconsciente racista no reconocido como tal, sino porque en la misma persisten o se desarrollan

procesos económico/políticos e ideológicos que pueden des-

encadenar racismos de diferente tipo.

Considero que los racismos son aprendidos en la vida coti-

diana a través de estereotipos que se reformulan a partir de

ciertas características negativas colocadas en el ‘otro’. A fines del siglo xix un etnólogo francés llamado Letourneau comparó

a los nativos fueguinos con los animales:

En la Tierra del Fuego existen mongoloides poco desarrolla-

dos que merecen la calificación de antropoides. Por su gro-

sería misma, esos salvajes nos interesan e importa describirlos.

Ya hemos visto que la impulsividad de estos indios es compa-

rable a la de los animales; hemos visto que, en los animales

el hecho primordial de la fisiología de los centros nerviosos es la acción refleja, consciente e inconsciente, es decir la

reacción por la cual los organismos inferiores responden a

una excitación venida de afuera. Y la acción refleja no es

menos maquinal en los fueguinos que en las especies más

inferiores de la escala animal. En general esta acción refleja tiene importancia en el hombre, aún fuera de la vida nutri-tiva y en los individuos más desarrollados, pero se contiene y se dirige tanto mejor cuanto más moralizado e inteligente es

el ser. Por el contrario, en el primitivo, más generalmente en el hombre inculto, la distensión refleja se efectúa más o

menos como la de un resorte mecánico que escapa a todo

examen. A esta imposibilidad de dominarse a sí mismo, han

de atribuirse muchos actos, a la vez absurdos y atroces de los salvajes que asombran al viajero. Así se ha podido observar

en los fueguinos manifestaciones de impulsividad animal o infantil (Letourneau, 1905).

Estas características, y por supuestos otras, que el etnólogo francés encuentra en los indios fueguinos corresponde a la manera dominante de pensar racistamente, colocando en la impulsividad, en los actos atroces, en la imposibilidad de contenerse, características que por una parte remiten a con- ductas animales e infantiles, y por otra refieren tácitamente o no a las ‘clases peligrosas’ urbanas europeas descritas por dichas características. Colocar la conducta de los fueguinos a la par de los animales es ubicarlos en la escala evolutiva más inferior, ya que serían subhumanos; y reputarlos como infantiles es localizarlos en una escala etaria donde los adultos son los occidentales, mientras los indios son los niños.

Uno de los principales mecanismos racistas utilizados por el colonialismo es justamente infantilizar a los grupos colonizados e ir construyendo en ellos una infantilidad que muchos de estos grupos adoptó para sobrevivir; al mismo tiempo que repri- mieron su propia identidad étnica.

La impulsividad, la hiperactividad, la falta de previsión de los ‘salvajes’ no son atributos propuestos por científicos de épocas más o menos lejanas, sino que volvemos a encontrarlos actualmente, y no sólo en los estereotipos populares sino en las investigaciones sobre la pobreza y sobre problemas de salud mental.

A nivel popular ciertas características como pereza, desgano vital, desorganización son referidas en diferentes contextos americanos a ciertos grupos nacionales o inclusive a toda una nacionalidad, como ocurre con las imágenes que muestran a un sujeto originario de Santiago del Estero (Argentina) o a un campesino mexicano en poses similares, que sobre todo quieren subrayar su falta de interés en trabajar, y cuyo principal rasgo identitario es dormir la siesta. Estas imágenes generalmente las consideramos como meros chistes gráficos, sin reflexionar sobre lo que realmente expresan, sin asumir que cuando los latinoamericanos pensamos en ciertas palabras o vemos determinadas imágenes desvalorizadas, éstas no refieren nunca a ciudadanos blancos, y menos si pertenecen a los estratos sociales medio y alto.

Consciente o inconscientemente, el racismo nos ha convencido de que no sólo somos subdesarrollados económicamente sino, también, de que somos subdesarrollados como sujetos en comparación con los europeos y los estadounidenses.

Hacia 1950 se instaló en Argentina una fábrica de automotores de origen alemán, y en esos días era común escuchar comentarios de que los empresarios y técnicos alemanes consideraban a los operarios nativos casi tan eficientes como los trabajadores alemanes pese a ser ‘latinos’; emergiendo una especie de raro orgullo nacional a través del cual una parte de 123

los argentinos se descubrían como no inferiores respecto, por lo menos, de los obreros alemanes.

Los procesos racistas, aunque no la ‘cuestión racial’, han

persistido a través del tiempo, y si bien el interés científico por las razas es paralelo al interés por la evolución, sin embargo, los intereses antropológicos se colocaron en las razas, lo que facilitó y posibilitó sus usos políticos e ideológicos:

Las razas humanas son el resultado de la evolución de nuestra especie, y esta constituye un sistema cerrado. Si examinamos

la evolución humana a largo plazo, nuestro primer problema

debe ser el estudio de la especie y de las causas de la evolu-ción del género humano, en vez de las razas que son resulta-

dos de fuerzas locales y menores en términos de evolución de

la especie en su conjunto. Los antropólogos se dedicaron a

estudiar las razas e hicieron caso omiso de la evolución de la especie, ya que estaban preocupados con las subdivisiones

dentro de nuestra especie y con las minuciosas diferencias

entre pequeños sectores de la especie y que olvidaron en gran parte que la humanidad es una especie y que lo importante

es la evolución de todo este grupo y no las diferencias míni-

mas que existen entre sus partes (Washburn, 1968).

El trabajo antropológico con las razas condujo a una hiper-

trofia de las clasificaciones raciales que, en gran medida, tenían que ver con objetivos ideológicos. En ese sentido tuvieron un fuerte uso ideológico las teorías evolucionistas, como lo plantea tempranamente Karl Marx, quien en una carta a Engels

fechada el 18 de junio de 1862 comenta que Darwin hallaba

en los animales y en las plantas las características de la sociedad capitalista inglesa, es decir la división del trabajo, la competencia, la apertura de nuevos mercados, las invenciones y la

lucha por la vida. Y esto, más allá de la validez de la teoría de la evolución que, como preveía Marx, también fue utilizada

para justificar la opresión colonial y la opresión de clases mediante el darwinismo social y otras corrientes que, en su mo-

mento, fueron reputadas de científicas.

El objetivo racista reemplazó al evolutivo, cuando el pri-

mero evidenció una posibilidad mayor de uso ideológico.

Fueron las diferencias en términos de ‘nación’ como de ‘raza’

las que fundamentaron los procesos de expansión europea, y

de competencia entre los países europeos.

Luego que la raza blanca fue definida en su conjunto como

superior a cualquier otra raza, hubo que definir quiénes entre los blancos eran los más superiores, emergiendo concepciones que

consideraron a la ‘raza latina’ como inferior a las razas anglosa-jona y germana, y caracterizándola afectada por procesos de

envejecimiento y degeneración. Más aún, se propuso científicamente que los latinos se habían mezclado con amarillos, negros e indios debilitando y degenerando aún más la ‘raza latina’.

Tal vez lo señalado aparezca esquemático o inclusive ses-

gado, pero estos procesos se dieron a nivel de los estereotipos populares, de las

disputas dizque científicas y, lo que es más grave, en el desarrollo de las competencias y enfrentamientos anti-imperialistas, así como en la constitución y organización de los nuevos estados ‘independientes’ de América Latina.

Gran parte de los gobernantes latinoamericanos y de sus inte-

lectuales orgánicos, a fines del siglo xix —desde México hasta Argentina— impulsaron una política migratoria basada en

población europea, que pretendía mejorar la raza nativa, a la cual consideraban una raza inferior.

No cabe duda que el desarrollo científico —impulsado en

gran parte por las formaciones capitalistas más desarrolladas—

generó importantes avances científicos y técnicos, pero tam-

bién contribuyó a cuestionar concepciones e instituciones

reaccionarias. Más allá de los objetivos de mejorar las capacidades y la productividad de los trabajadores, tampoco cabe

duda la importancia progresista que tuvo el impulso dado por

los países capitalistas a la educación universal, incluyendo

trabajadores urbanos y en menor medida rurales.

No obstante la ciencia como institución, y sobre todos sus

productos, trataron de ser apropiados por los empresarios y polí-

ticos en función de sus propios objetivos. Las disputas sobre el racismo evidencia este proceso, dado que si bien las afirmaciones racistas fueron cuestionadas por la ciencia, esto se dio dentro de un juego donde una parte de los científicos generó —en

forma continua— interpretaciones racistas que tuvieron que ser

—persistentemente— desmontadas por los científicos que las

cuestionaron. Y recordemos que la ‘última palabra’ no la tuvieron, ni la tienen los científicos autónomos y críticos.

No sólo la antropología y la biología como ciencias legitima-

ron el racismo a nivel académico, sino que también lo legi-

timaron y aplicaron una parte de los médicos, a través de las concepciones hereditarias que utilizaron profesionales europeos y americanos respecto de la locura y, especialmente, de la epilepsia, de la ‘imbecilidad’ y del alcoholismo.

El racismo constituyó parte del aprendizaje formal médico

durante décadas y, así, por ejemplo, los libros sobre anatomía, fisiología o psiquiatría en que aprendieron su profesión los

médicos latinoamericanos a fines del siglo xix —y durante

gran parte del siglo xx— estaban saturados de concepciones

racistas.30 Es decir, que el racismo observado en la relación médico-paciente, y que ha sido denunciado persistentemente

entre nosotros, estaba fundado en la vida cotidiana en la cual se forman como sujetos, y en los textos universitarios a través de los cuales se forman como médicos.

Esto no cuestiona todo quehacer científico, ni la objetivi-

dad del mismo, sino que propone la necesidad de una cons-

tante reflexión epistemológica e ideológica sobre nuestros

quehaceres científicos y profesionales. Lo que señalamos no

puede ser cuestionado sólo por considerar que los aspectos

racistas que operaron dentro del saber biomédico en el pasado son producto del desarrollo normal de la ciencia, según lo

cual los nuevos conocimientos eliminan y reemplazan los

'viejos' conocimientos erróneos.

Aunque lo señalado tiene algo de verdad, una de las pre-

guntas a responder es ¿por qué los 'errores' racistas siempre se establecieron respecto de las razas no blancas, y prácticamente nunca respecto de los blancos? Más aún, ¿por qué constantemente, por lo menos una parte, de los estudiosos occidentales evi-denciaron la inferioridad de los otros, pese a las abrumadoras evidencias de la igualdad de las razas? Y esto es lo que voy a tratar de revisar ahora.

Especialmente desde el último cuarto del siglo xix se trató de demostrar científicamente la inferioridad del hombre negro y en 30 Los textos de anatomía normal y patológica de Testut y Latarjet, que los estudiantes de medicina leían durante el primer año de su carrera estaban saturados de párrafos, e inclusive dibujos, en los cuales se afirmaba no sólo las diferencias raciales sino los criterios de superioridad e inferioridad racial.

menor medida de otras razas no blancas mediante numerosos

trabajos científicos. Gran parte de las afirmaciones se basaron en medidas craneales, en el volumen y peso de la masa cerebral, y en correlaciones entre rasgos psicológicos y físicos. Empero, estudios ulteriores demostraron que los datos manejados por los investigadores eran incorrectos y que, en gran medida, constituían confirmaciones de los prejuicios raciales que tenían los estudiosos, preocupados por demostrar la inferioridad de los negros.

Una expresión de lo señalado constituye la investigación

realizada por el antropólogo norteamericano A. Bean, de la

Johns Hopkins University, quien a través de un conjunto de

estudios llegó a la conclusión de que la zona frontal del cerebro aparecía menos desarrollada en los negros que en los

blancos, que la zona posterior estaba más desarrollada en los primeros, y que los negros tenían una menor profundización

de las circunvoluciones de la corteza cerebral, lo cual confirmaba que los negros son inferiores intelectualmente.

Ahora bien, ante estas afirmaciones el jefe del Departamen-

to de Anatomía de la Universidad Johns Hopkins decidió repetir el estudio sobre la misma colección de cerebros utilizada por Bean, pero analizando los cerebros sin saber previamente si

eran de blancos o negros, y encontró que no había diferencias entre los cerebros de unos y otros, ni en las circunvoluciones cerebrales ni en el tamaño de los lóbulos frontales y posteriores (Klineberg, 1963).

Las conclusiones racistas de los investigadores profesionales han sido frecuentes y referidas a muy diversos aspectos; y así se ha propuesto que la nariz estrecha de los nórdicos constituye una adaptación a climas muy fríos, lo cual no consigue explicar 128

la nariz ancha de grupos mongoloides que viven en climas aún

más fríos. Se ha afirmado que el color de la piel constituye

también una adaptación a condiciones climáticas, pero según

estudios, la melanina no es la que opera rechazando los rayos ultravioletas, sino un grueso *stratum corneum* (Washburn, 1968).

Según A. Montagu (1967), con los mismos datos se pueden

establecer diferentes conclusiones conforme a la orientación

ideológica del investigador, de tal manera que por más que los trabajos etnográficos evidencian que nuestros contemporáneos

primitivos (Murdock, 1945) no son ni violentos ni sanguina-

rios, dichas ideas reaparecen recurrentemente.

La 'novela antropológica' que caracterizaba a los 'primiti-

vos' como sanguinarios y lúbricos, y que ya fue cuestionada a fines del siglo xix, reaparece en los treinta, volviendo a aparecer en los cincuenta y sesenta para retornar en los ochenta,

pese a la crítica de algunos de los más importantes especialistas como Dobzhansky, Montagu, Simpson, Rose o Lewontin.

La investigación etnográfica de los pocos pueblos 'salvajes'

que aún quedan, así como de los ya desaparecidos, indican

según Montagu (1967) que éstos vivían en cooperación y no

en guerra permanente. Sin embargo algunos de los más

importantes antropólogos siguen insistiendo sobre la bestialidad e inferioridad de los primitivos. Y así Leakey sostiene

que las razas superiores eliminan siempre a las inferiores, lo cual también asevera Dart a través de propuestas sumamente

imaginativas.

Según Dart, los *australopithecus* comían mandriles pero también a otros *australopithecus*, considerando que se caracte-rizaban por un modo de vida sanguinario, pues eran asesinos

y caníbales. Este reconocido antropólogo físico propone una historia de la humanidad caracterizada por la acción sanguinaria y caníbal del hombre:

"La aborrecible crueldad de la humanidad es un subproducto inevitable del gusto del hombre por la sangre; esta característica humana sólo puede explicarse por el origen carnívoro y antropofágico del hombre" (Dart y Craig, 1962).

No cabe duda que los hombres han desarrollado conductas sumamente agresivas y sanguinarias contra otros hombres a través de toda su trayectoria histórica, pero las mismas no sólo fueron rea lizadas por los 'primitivos', sino en gran medida por los civilizados.

En América Latina, en el Putumayo una región ubicada entre Perú y Colombia, empresarios y personal británicos dedicados a la extracción del caucho explotaron a principios del siglo xx a uno de los grupos tecnológicamente menos desarrollados, asesinando en menos de 10 años a 30 mil witotos entre 1900 y 1912. Según el ingeniero norteamericano E. Hardenburg, este grupo era obligado a trabajar sin ningún salario, no se les daba alimento y sus mujeres eran violadas y asesinadas:

Los indios eran azotados hasta poner al descubierto los

huesos cuando no aportaban la cuota de caucho que se les había fijado o intentaban escaparse, y se les dejaba morir con las heridas infectadas de gusanos, y sus cuerpos eran utilizados para alimentar a los perros […]; los indios eran mutilados en cepos, se les crucificaba con la cabeza hacia abajo, se les descuartizaba, servían de blanco para divertirse en práctica de tiro, se les empapaba en petróleo y se les quemaba vivos (Murdock, 1945: 372-373).

“Así se llevó la civilización a la selva”, concluye Murdock acerca de esta denuncia, que fue confirmada por funcionarios enviados por Gran Bretaña.

Los antropólogos, aunque no lo narren con frecuencia, saben de estos hechos, como lo saben Dart y también Leakey dada su experiencia de vida sudafricana; pero ocurre que en lugar de tratar de interpretar por qué un sistema colonial genera tamaña explotación y violencia, e inclusive analizar por qué se ha desarrollado un régimen tan violentamente opresivo como el *Apartheid* sudafricano conocido por ambos, ellos tratan de hallar explicaciones en un mundo primitivo que evidenciaría la ‘maldad innata’ del hombre, máxime que ellos saben como antropólogos que en los ‘contemporáneos primitivos’ dichos

tipos de conducta sanguinarias son excepcionales.

Pero el problema que me preocupa en este trabajo no es

tanto evidenciar las orientaciones teórico-ideológicas de estos autores, que los lleva a negar lo que observan en su propia coti-dianeidad sudafricana, sino la persistente recurrencia de teorías racistas, pese al cuestionamiento y supuesto descrédito científico de las mismas.

¿Para qué sirve la ciencia?

Uno de los instrumentos técnicos que científicos y profesionales han utilizado más para establecer falsas explicaciones sobre la inferioridad —de los negros y de otros grupos ‘raciales’ no blancos— son las pruebas de inteligencia, que han contribui-do a justificar las diferencias y a clasificar a los sujetos entre los

que pueden y no pueden desarrollar determinadas habilidades

intelectuales. Las pruebas de inteligencia posibilitarían medir capacidades e ‘inteligencias’ diferenciales.

Los estudiosos que aplicaron estos exámenes partieron ini-

cialmente del supuesto de que ‘las facultades intelectuales’ eran innatas. Dichas pruebas condujeron a verificar y confirmar que las personas que generalmente están en condiciones de pobreza, y que además desempeñan las tareas menos calificadas, se caracterizan por tener menores coeficientes intelectuales, los

cuales, por otra parte, están determinados biológicamente.

Frente a estas propuestas, muchas investigaciones han tra-

tado de demostrar que esas diferencias no corresponden a

factores biológicos hereditarios, sino que son producto del

medio social, cultural y económico. La importancia y necesi-

dad de estos estudios reside en que sistemas educativos —como el británico—

aplican sistemáticamente estas pruebas para

establecer las posibilidades y futuro educativo de los alumnos.

Tanto psicólogos como antropólogos aplicaron las pruebas

de inteligencia a partir de un determinado modelo de indivi-

duo que refiere a la sociedad occidental, no tomando en

cuenta las características de cómo se constituyen y actúan los sujetos en otras sociedades. Por lo cual, las pruebas de inteligencia 'comprueban' la existencia de bajos coeficientes de

inteligencia en los sujetos no occidentales a quienes les aplican dichas evaluaciones.

En su estudio sobre "La psicología de un pueblo primitivo",

S. Portues describe y analiza las razones sociales y culturales de por qué estas pruebas no sirven para medir inteligencia en los aborígenes australianos estudiados.

Las pruebas aplicadas consistían en problemas frente a los

que cada sujeto debía resolver sin ayuda de sus compañeros, lo que constituía una situación totalmente nueva para los indígenas australianos, ya que ellos están acostumbrados a resolver en grupo los problemas.

Más aún, cada problema que aparece en la vida del grupo es

discutido y regulado por el Consejo de Ancianos y la discusión sólo concluye cuando hay unanimidad respecto del problema.

Por eso los sujetos se sentían frecuentemente confundidos por el hecho de que quien les aplicaba la prueba no quería darles ninguna ayuda para resolver el problema. Esta situación adquirió un aspecto particular en el caso de un grupo de

indígenas que habían hecho 'hermano de sangre' a un psicólogo,

quien durante la aplicación de la prueba de inteligencia no les dio ninguna ayuda, lo que era incomprensible para ellos.

(Klineberg, 1960).

Este caso pone en evidencia algunas características que

— *a priori*— demuestran el tipo de mentalidad con la cual se construyeron y aplicaron las pruebas de inteligencia, y la inco-rrección —por otra parte predecible— de sus resultados.

Estas pruebas se han formulado y aplicado a partir de una

concepción del sujeto en términos exclusivamente individua-

les, de tal manera que las relaciones sociales no son consideradas como decisivas, sino simplemente como una especie de

apéndice de lo que hace un individuo.

Se asume como un hecho universal que los sujetos y sus

relaciones son competitivas y no colaborativas, considerando

las capacidades personales no como emergentes de las relaciones sociales, sino como afirmación de las diferencias individuales.

A partir de este marco de referencia se aplican exámenes

de inteligencia a grupos humanos que piensan y actúan en

forma radicalmente distinta, y cuyo núcleo de acción son las

relaciones sociales y no los individuos, lo que conduce inevitablemente a los psicólogos a verificar el fracaso y la inferioridad de los nativos. Es decir, lo que

obtienen estas pruebas son

‘profecías autocumplidas’ respecto de la inferioridad mental

de los ‘otros’.

Estas pruebas han sido aplicadas sin asumir la existencia de

las particularidades culturales, a través de las cuales se han formado las personas a las que se les aplican dichas pruebas.

Muchos de estos test consideran la rapidez para resolver una

prueba como un indicador de inteligencia, sin asumir que la

lentitud o rapidez son actitudes y valores que aprendemos

socialmente. Se aplican pruebas que implican el manejo de

lápices a niños que jamás usaron lápices.

Un estudio realizado a niños jamaiquinos encontró que las

pruebas aplicadas a ellos daban muy pobres resultados en lo que se refiere a ciertos usos del inglés, en la utilización de la cuchara para comer, y en todos los actos que implicaban el uso de jugue-tes y la comprensión de números; deficiencias que, obviamente, corresponden a los aprendizajes sociales desarrollados en su

medio social, y no a deficiencias de inteligencia.

Estas pruebas a su vez, evidenciaban que estos niños eran

muy hábiles en trepar y correr, así como en actividades que

suponían cierto grado de independencia (Klineberg, 1953)

que, justamente, corresponden con su proceso de socialización diferencial. El estudio jamaiquino concluye atinadamente

que, tanto las deficiencias como las acciones donde estos niños 134

demuestran capacidades, no se deben a procesos innatos sino

al condicionamiento social y cultural.

Desgraciadamente no es este tipo de investigación el que

ha dominado los estudios médicos y psicológicos sobre grupos

diferenciados, tanto en términos culturales como económicos.

Determinados psiquiatras que han trabajado con población

pobre —inclusive en América Latina— durante los sesenta y

los setenta, consideran que en ellos domina lo corporal sobre lo intelectual y, por tanto, han desarrollado estrategias terapéuticas referidas exclusivamente al cuerpo para tratar los

problemas de salud mental de los pobres.

Estos terapeutas consideran que los pobres han desarrollado

muy poco el ‘área verbal’, por ello no tiene sentido aplicarles terapias basadas en la palabra; lo cual sostienen sin tratar de conocer y manejar el lenguaje propio que hablan los pobres. A partir de las limitaciones verbales y cognitivas que encuentran en los pobres, estos profesionales están convalidando ‘científicamente’ el sistema social dominante. Y así, por ejemplo, “la educación de la niñez en Gran Bretaña siempre ha estado dise-

ñada para encajarla en su destino de clase con el mínimo absoluto de movilidad disponible, para mantener baja la tensión y poder cubrir las necesidades tecnocráticas” (Rose, 1979: 205).

Al trabajar con niños, los estereotipos racistas e innatistas se imponen al sentido común de los investigadores, porque parten de sus propios presupuestos sociales y técnicos, sin tomar en cuenta el contexto y la racionalidad cultural con la cual

enfrentan el mundo los niños pobres.

En sectores pobres de Estados Unidos se aplicó el test de

Binet y, entre otras cosas, se les preguntaba a los niños lo si-135

guiente: si van a un almacén abarrotes con los diez centavos

que les dio un sacerdote, y compran cinco centavos de cara-

melos, ¿cuánto dinero les dan de vuelto? Los niños contestaban que si tuvieran diez centavos no los gastarían en caramelos

(Klineberg, 1953). Los prejuicios racistas se imponen de tal

manera que no pueden asumir la inteligencia de las respuestas de estos niños pobres. Si bien, reiterados estudios evidencian los errores y prejuicios de estas investigaciones, las mismas y sus conclusiones siguen persistiendo entre nosotros.

Según Washburn (1968), la revisión bibliográfica indica

que, cuando niños de dos grupos de blancos difieren en su

coeficiente de inteligencia, dichas diferencias se atribuyen a la educación, al medio ambiente social, a la posición económica

de los padres; pero cuando niños blancos y negros difieren, la explicación es de tipo biológica.

Los racistas se rehúsan a aceptar los resultados, y reiteran sus interpretaciones pese a la cantidad de estudios que cuestionan sus datos y sus prejuicios. Un estudio demostró que negros que viven en el norte de Estados Unidos tienen un mayor cociente

de inteligencia que blancos del sur de dicho país. Cuando se

publicaron estos resultados, los investigadores racistas consideraron que habría existido una migración diferencial, por tanto, los negros más inteligentes se habían desplazado hacia el Norte. Pero como señala un analista, ocurre que los

blancos del norte,

también tienen un cociente de inteligencia mayor que el de los blancos del sur, lo cual implicaría que los blancos más inteligentes, también habrían migrado hacia el norte (Washburn, 1968).

Como ya indicamos, algunos bien intencionados podrían

aducir que estos errores son frecuentes, y que la ciencia apren-136

de de sus errores, lo cual es correcto; pero como también ya

reiteramos ¿por qué los errores siempre evidencian un racismo antinegro y no un racismo antiblanco? La reiteración del racismo científico obliga constantemente a tener que cuestionar

sus afirmaciones.

Por ejemplo, una de las principales autoridades científicas

en cuestiones de raza, entre los años 1920 y 1950, y me refiero al antropólogo E. Fisher, sostuvo que la inteligencia media es posiblemente la misma en todas las raza; pero según Fisher

sólo la raza blanca, y tal vez la mongólica, tienen la capacidad de producir, permanentemente y en gran número, individuos

que son líderes en sus respectivos campos, y de los cuales depende el progreso.

A partir de sus observaciones en Sudáfrica propuso que los

negros pueden ser excelentes mecánicos y obreros, aprender

aritmética y lenguas extranjeras y pueden competir con un

campesino o un obrero de origen caucásico, pero no pueden

generar científicos y empresarios. Para este especialista, la raza blanca, y los europeos en particular, son los únicos que pueden producir un número suficiente

de hombres superiores que

pueden abrir el camino en ciencia, en negocios y en política

(Klineberg, 1953).

Estas propuestas siguieron manteniéndose con autores de

la relevancia de Mühlmann o Schwidetzky, según ésta última,

los estratos sociales corresponden a diferentes formas raciales, y esto se pondría de manifiesto en los contactos entre los euró-

pidos y los négridos, pues los primeros presentan caracteres

más progresivos que los segundos, lo cual se evidencia en el

hecho de que en todo contexto en que hubo relaciones entre

estos dos grupos, los européidos siempre ocuparon las capas

sociales más altas. Ellos tuvieron siempre el rol de dirigentes (Schwidetzky, 1955).

A fines de los sesenta y durante los setenta, se desarrollaron algunas investigaciones que trataban de explicar —con argumentos biológicos— la persistencia de la pobreza, el fracaso de la guerra contra la pobreza, la violencia urbana o el fracaso escolar. Y nuevamente reaparecen los mismos cuestionamientos respecto de la falsedad de esas explicaciones y del objetivo ideológico de las mismas:

Hemos demostrado que toda estructura de las diferencias de

inteligencia basadas genéticamente entre negros y blancos,

y clase obrera y clase media no es otra cosa que ideología,

que se deriva del presente orden social y sirve para sostener-lo. El iq es el símbolo de una sociedad que está decidida a

perpetuar las diferencias de clase […] (Rose, 1979: 204).

Para concluir este capítulo, me interesa reiterar algunas

aseveraciones formuladas a lo largo del texto. No obstante que se ha demostrado —reiteradamente— que la especie humana

constituye una unidad y que las razas expresan algunas varia-

ciones físicas que no tienen relación con diferencias o superioridades en términos de inteligencia, sociabilidad o cultura;

pese a estas propuestas formuladas y demostradas una y otra

vez, asistimos al constante retorno de explicaciones racistas sobre las diferencias en términos de inteligencia, de sociedad y de cultura.

Desde los setenta, pero sobre todo durante los ochenta, los

racistas han fundamentado las diferencias en términos cultu-

rales, pero este racismo cultural promueve, lo mismo que el

anterior, las diferencias y las incompatibilidades entre los

miembros de diferentes culturas.

La ciencia forma parte básica de las sociedades actuales,

especialmente de las más desarrolladas económicamente, apare-

ciendo cada vez más como decisiva para favorecer el desarrollo económico productivo. Aunque puede ser usada crítica o no

críticamente por los propios científicos, lo que no cabe duda es que la ciencia es continuamente apropiada por los sectores dominantes no sólo en términos productivos sino ideológicos,

dado el tipo de institucionalización profesional de los científicos actuales. Los sectores dominantes seleccionan aquellas

propuestas científicas que más convienen a sus objetivos, y

ello más allá de que algunas propuestas científicas hayan sido descalificadas por los propios científicos.

La crisis de las propuestas sociales y de las teorías radicales, devenida sobre todo a partir del derrumbe de los socialismos

reales, dio lugar al desarrollo de corrientes teóricas relativistas, pragmáticas y recuperadoras del papel del sujeto. Las mismas

subrayaron las diferencias sociales y culturales de todo tipo que existen en nuestras sociedades, y una parte de estas corrientes consideraron al sujeto como motor de toda sociedad,

tanto en términos de empresarios emprendedores, económicos

o políticos como científicos. Esto posibilitó que durante el

dominio del neoliberalismo, líderes políticos como la primer

ministro británica M. Thatcher, sostuvieran que ‘la sociedad

no existe; sólo existe el individuo’.

Sin embargo, durante los años sesenta y setenta, en Gran

Bretaña —y por supuesto en la mayoría de los países— se genera-139

ron críticas a estas afirmaciones en los campos de la antropología, sociología, economía, salud pública o criminología; críticas que, justamente, cuestionaban aquellas concepciones indivi-dualistas aplicadas en diferentes campos del saber

y del hacer.

Pese a ello, el poder se ha apropiado de los aspectos que le

interesa utilizar, los que realmente se han impuesto en los campos económicos, políticos y académicos. Y así el pragmatismo, el relativismo y especialmente el individualismo han justificado la existencia de diferencias de todo tipo[31] y la incompatibilidad entre las mismas, así como que los raseros productivos deben ser medidos a partir de los sujetos y no de los grupos sociales.

Desde mediados del siglo xix, la producción científica, so-

bre todo en biología y ciencias médicas, ha tenido un papel

relevante como justificación científica de los racismos. Si bien, dicha producción también reiteradamente ha evidenciado los

'mitos racistas', sin embargo no ha conseguido eliminar la

continuidad y vigencia de los mismos.

De allí que, como en tantos campos de la realidad, la inves-

tigación científica no debe reducirse al estudio de problemas y procesos, o en generar explicaciones y 'productos' y en evidenciar la 'verdad', sino en tratar de convertir dichos hallazgos en parte de nuestra vida cotidiana. Y si bien éste es un objetivo que va más allá de lo que se entiende como trabajo científico, considero que debiera ser parte central de toda investigación.

31 Subrayo, para evitar malos entendidos, que no cuestiono la recuperación del sujeto, ni el énfasis en las diferencias, sino ciertos usos que se hacen de los mismos.

Bibliografía citada

Abdel-Malek, Anouar, "Orientalismo en crisis", en *Diógenes*, Vol. 44, pp. 104-112, 1963.

, *La dialéctica social*, México, Fondo de Cultura Económica, 1972.

Alexander, Franz, “Los aspectos psicológicos de la medicina”, en A. Weider *et al.*, *Contribuciones a la psicología médica*, Buenos Aires, Eudeba, pp. 26-42, 1962.

Alland, Alexander, *Adaptation in cultural evolution. An approach to Medical Anthropology*, New York, Columbia University Press, 1970.

Andrain, Charles, “Guinea y Senegal: Tipos contrastantes de socialismo africano”, en William Friedland H. y Carl G. Rosberg

(Comps.), *África socialista*, México, Fondo de Cultura Econó-

mica, pp. 244-265, 1967.

Apter, David Ernest, *Ideology and discontent*, New York, The Free Press of Glencoe, 1964.

Arendt, Hannah, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus, 1974.

Bairoch, Paul, *Revolución industrial y subdesarrollo*, México, Siglo xxi, 1967.

Balandier, Georges, *L’anthropologie appliquée aux problèmes des pays sous-développés*, París, Université Paris, Institut d’Etudes Politiques, 1955.

, *África ambigua*, Buenos Aires, Sur, 1964.

, *Sociologie actuelle de l’Afrique noire. Dynamique des*

changements sociaux en Afrique centrale, 3ª ed., París, Presses Universitaires de France/puf, 1971.

Balibar, Étienne, “Y a-t-il un néo-racisme?”, en Étienne Balibar e I. Wallerstein, *Race, nation, classe. Les identités ambiguës,* France, La Decouverte, pp. 27-41, 1990.

Baran, Paul A., *La economía política del crecimiento,* México, Fondo de Cultura Económica, 1959.

Barbara, Vanessa, "Sufren indígenas genocidio en Brasil", en *Reforma* 10/06/2017 (Reproducción del suplemento de *The New york Times International Weekly*).

Barclay, William, Enright Joseph T. y Reid Reynolds, "Population Control in the Third World", *North American Congress on Latin America nacla newsletter*, vol. iv, nº 8, pp. 1-18, 1970.

Bastide, Roger, *Sociología y psicoanálisis*, Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1961.

, *Sociología de las enfermedades mentales*, México, Siglo xxi, 1967.

Benedict, Ruth, *Patterns of culture*, New York, Menton Books (hay varias versiones en español), 1934.

, *Raza, ciencia y política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1941.

Benoit, O, *Histoire du antisemitism*, París, 1952.

Bérard, Victor, *L'Angleterre et l'impérialisme*, París, Colin, 1900.

Beyerchen, Alan, *Scientists under Hitler: Politics and the Physics Community in theThird Reich*, New Haven, Yale University Press, 1977.

Beyhaut, Gustavo, *Raíces contemporáneas de América Latina*, Buenos Aires, Eudeba, 1964.

Billig, Joseph, *Les Camps de Concentration dans L'Economie du Reich Hitlerien*, París, Presses Universitaires de France, 1973.

Bloom, Leonard, *The Social Psychology of Race Relations*, London, Allen & Unwin, 1971.

Bourdieu, Pierre, Passeron J., Chamboredon J., *El oficio de sociólo-go. Presupuestos epistemológicos*, México, Siglo xxi, 1975.

Brinton, Crane, *Anatomía de la revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975.

Bunzel, Ruth, “The role of alcoholism in two Central American cultures”, en *Psychiatry: Journal for the Study of Interpersonal Processes*, vol. 3, pp. 361-387, 1940.

Burke, Fred, “Tangañica: en busca de Ujamaa”, en Friedland, William H. y Carl G. Rosberg (Comps.), *África socialista,* México, Fondo de Cultura Económica, pp. 295-334, 1967.

Carmichael, Leonard, (Dir.) *Manual de psicología infantil*, Buenos Aires, El Ateneo, 1957.

Clairmonte, Frederick, *Liberalismo económico y subdesarrollo.*

Historia de la desintegración de una ideología, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1963.

Collier, John, *Los indios de las Américas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959.

Conte, Edouard y Cornelia Essner, *La quête de la race. Une anthropologie du nazisme*, París, Hachette, 1965.

Crozier, Brian, *Neocolonialismo*, Buenos Aires, Marymar, 1965.

Childe, Gordon, *¿Qué sucedió en la historia?* , Buenos Aires, La Pleyade, 1973.

Dart, Raymond y Dennis Craig, *Aventuras con el eslabón perdido*, México, Fondo de Cultura Económica, 1962.

Demangeon, Albert, *Le déclin de l’Europe*, París, Payot, 1920.

, *L'Empire britannique. Etude de géographie coloniale,* París, Colin, 1931.

Depestre, René, "Jean Price-Mars et le mythe de la négritude", en *L'homme et la société,* n° 7, pp. 171-182, 1968.

Devereux, George, *De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento*, México, Siglo xxi, 1977.

Diop, Cheikh A., *Naciones negras y cultura*, Barcelona, Bellaterra, 2012.

Dobb, Maurice, *Capitalismo, crecimiento económico y subdesarrollo,* Barcelona, Ediciones de Occidente, 1964.

Domínguez, Fortino, "Desvaríos (multi e inter) culturales en Jalisco", en *La Jornada*, 26/12/2013.

Dubois, Marcel y Auguste Terrier, *Un siècle d'expansion coloniale (1800-1900),* París, Agustin Challard, 1910.

Dumont, René, *El África negra ha partido mal*, Barcelona, Seix Barral, 1966.

Eibl-Eibesfeldt, Irenäus, *El hombre programado*, Madrid, Alianza Editorial, 1977.

Elias, Norbert, *The germans: Power struggles and the development of habitus in the nineteenth and twentieth centuries*, New York, Columbia University Press, 1977.

, *El proceso de civilización*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

Elkins, Stanley, *Slavery: A problem in American Institutional and intellectual life*, Chicago, University of Chicago Press, 1959.

Essien-Udom, E.U., *Nacionalismo negro,* México, Novaro, 1967.

Fanon, Frantz, *Los condenados de la tierra,* México, Fondo de Cultura Económica, 1962.

, *¡Escucha, blanco!* , Barcelona, Nova Terra, 1965.

, *Sociología de una revolución*, México, Ediciones Era, 1968.

Firth, Raymond, *Tipos humanos: una introducción a la antropología social*, Buenos Aires, Eudeba, 1957.

Folliet, Joseph, *Adviento de Prometeo*, Buenos Aires, Ediciones Criterio, 1954.

Forman, Paul, *Cultura en Weimar, causalidad y teoría cuántica*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.

Friedland, William, "Tendencias socialistas fundamentales", en Friedland, William H. y Carl G. Rosberg (Comps.), *África*

socialista, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 33-62, 1967.

y Carl Rosberg, "Anatomía del socialismo africano", en

Friedland, William H. y Carl G. Rosberg (Comps.), *África*

socialista, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 13-29, 1967.

y Carl G. Rosberg, (Comps.), *África socialista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1967.

García-Pelayo, Manuel, "El imperio británico", Madrid, *Revista de Occidente,* 1945.

Gehlen, Arnold, *El hombre, su naturaleza y su hogar en el mundo,* Salamanca, Ediciones Sígueme, 1987.

Gode von Aesch, Alexander, *El romanticismo alemán y las ciencias naturales*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1947.

González Casanova, Pablo, *La ideología norteamericana sobre inversiones extranjeras,* México, enah-unam, 1955.

Grossman, Karl, “Environmental racism”, en Harding, Sandra

(Ed.) *The “racial” economy of science: toward a democratic future*, Bloomington, Indiana University Press, pp. 326-334, 1993.

Guernier, Eugène, *L’afrique Champ D’expansion de L’europe*, París, Armand Colin, 1933.

Hallowell, Irving A., “The Social Function of Anxiety in a Primitive Society”, en *American Sociological Review*, n° 6, pp. 869-882, 1941.

Harding, Sandra (Ed.), *The “racial” economy of science: toward a democratic future*, Bloomington, Indiana University Press, 1993.

Harmand, Jules, *Domination et colonization*, París, Ernest Flam-marion, 1910.

Heath, Dwight, “Drinking patterns of the Bolivian Camba”, en

Quarterly Journal Studies on Alcohol, n° 19, pp. 491-498, 1958.

Henry, Jules, *La cultura contra el hombre*, México, Siglo xxi, 1967.

Herf, Jeffrey, *El modernismo reaccionario. Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

Herskovits, Melville, *Antropología económica. Estudio de economía comparada*, México, Fondo de Cultura Económica, 1954.

Hobsbawn, Eric, *Historia del siglo xx*, Barcelona, Crítica, 2007.

Horsman, Reginald, *La raza y el destino manifiesto. Orígenes del anglosajonismo racial norteamericano*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

Horowitz, Irving L., *The use and abuse of social science: Behavioral research and policy making*, New Brunswick, Transaction Books, 1971.

Hughes, R., *La cultura de la queja: trifulcas norteamericanas*, Barcelona, Anagrama, 1994.

Jaffe, Hosea, *Del tribalismo al socialismo: historia de la economía política africana*, México, Siglo xxi, 1976.

Jonas, Serge, “Pour une sociologie synthétique”, en *L’homme et la société*, París, no 4, 1967, pp. 215-222, 1967.

Kai, Peter, *Auschwitz: proceso al capitalismo alemán*, Buenos Aires, Capricornio, 1965.

Kendall, Carl; John Hawkins y Laurel Bossen (Comps.), *La heren-cia de la conquista treinta años después*, México, fce, 1986.

Ki-Zerbo, Joseph, *Historia del África negra. De los orígenes a las independencias. Vol. i y ii*, Madrid, Alianza, 1980.

Klineberg, Otto, en Jennings *et al*. *Aspectos científicos del problema racial*, Buenos Aires, Losada, 1953.

, *Psicología social*, México, Fondo de Cultura Económica, 1963.

, “Relations ratiales et santé mentale”, en varios autores,

Le racisme devant la science, Liege, unesco, 1960.

Kluckhohn, Clyde y O. H. Mowrer, “The determinants of perso-

nality formation”, en *American Anthropologist*, vol. xlvi, pp.

1-29, 1994.

Knight, Alan, *Racismo, revolución e indigenismo, México 1910-1940*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 2004.

Kopytoff, Igor, “El socialismo y las sociedades africanas tradicionales”, en Friedland, William H. y Carl G. Rosberg (Comps.),

África socialista, México, Fondo de Cultura Económica, pp.

91-104, 1967.

Krieger, Nancy y Mary Bassett, “The health of black folk: disease, class, and ideology in science”, en Harding, Sandra (Ed.), *The*

“racial” economy of science: toward a democratic future, Bloomington, Indiana University Press, pp. 161-169, 1993.

Kukathas, Chandran, “Cultural rights again: A rejoinder to Kymlicka”, *Political Theory*, vol. 20, n° 4, pp. 674-680, 1992.

Kymlicka, Will, *Ciudadanía multicultural*, Barcelona, Paidós, 1996.

Lanternari, Vittorio, *Movimientos religiosos de libertad y salvación de los pueblos oprimidos*, Barcelona, Seix Barral, 1965.

Leach, Edmund, *Social Anthropology*, New York, Oxford University Press, 1982.

Leclerc, Gerard, *Antropología y colonialismo*, Madrid, Comunicación, 1973.

Lessing, Doris, *El Cuaderno Dorado*, México, Punto de Lectura, 2007.

Leroy-Beaulieu, Paolo, *La colonizzazione presso i popoli moderni*, Torino, Biblioteca di scienze politiche e amministrative, 1897.

Leslie, Charles, “Scientific racism: reflections on peer review, science and ideology”, en *Social Science & Medicine*, vol. 31, nº

8, pp. 891-904, 1990.

Letourneau, Charles, *Psicología étnica*, Barcelona, Elzeviriana, 1905.

Lévi-Strauss, Claude, *Antropología estructural*, Buenos Aires, Eudeba, 1966.

, *Tristes trópicos*, Buenos Aires, Eudeba, 1970, original en París, Plon, 1955.

Lewontin, Richard, “Sociobiology: Another biological determi-

nism”, en *International Journal of Health Services*, vol. 10, nº 3, pp. 347-363, 1980.

, León J. Kamin y Steven Rose, *No está en los genes: Racismo, genética e ideología*, México, Grijalbo, 1991.

Little, K., “Race et societé”, en varios autores, *Le racisme devant la science*, Liege, unesco, 1960.

Lukács, George, *El asalto a la razón. La trayectoria del irracionalis-mo desde Schelling hasta Hitler*, México, Grijalbo, 1983.

Ly, A., *La force noire, mercenaries noires; notes sur une forme d’explotation des Africains*, París, 1957.

MacAndrew, Craig y Robert Edgerton, *Drunken comportment. A social explanation*, Chicago, Aldine, 1969.

McEwan, Peter, “Comments. (author’s comments on the article of Charles Leslie entitled ‘Scientific racism: reflections on peer review, science and ideology’ and the ensuing critique and

comments by J. Philippe Rushton on the same subject)”, en

Social Science & Medicine, vol.31, nº 8, pp. 911-912, 1990.

McKeown, Thomas, *The modern rise of population*, London, Aca-demic Press, 1976.

Malagodi, O., *Imperialismo. La civiltá industriale e le sue conquista*, Milano, Fratelli Treves Edit., 1901.

Martenstras, Elise, *La resistencia india en los Estados Unidos*, México, Siglo xxi, 1982.

Marshall, Gloria, “Racial classifications: popular and scientific”, en Harding,

Sandra (Ed.), *The “racial” economy of science: toward a democratic future*, Bloomington, Indiana University Press, pp. 116-127, 1993.

Mboya, Tom, *Libertad y future*, Barcelona, Ariel, 1963.

Mead, Margaret, “The concept of culture and the psychosomatic approach”, en *Psychiatry*, vol. 10, nº 1, pp. 57-76, 1947.

, “Investigación sobre los niños primitivos”, en Leonard

Carmichael (Dir.) *Manual de psicología infantil*, Buenos Aires, El Ateneo, pp. 826-875, 1957.

, *Science and the concept of race*, New York, Columbia University Press, 1960.

Menéndez, Eduardo L., “Colonialismo y racismo: introducción al análisis de las teorías racistas en Antropología”, en *Índice. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 1, nº 3, pp. 6-19, 1968.

, “Colonialismo, neocolonialismo y racismo”, *Índice. Re-*

vista de Ciencias Sociales, vol. 2, nº 6, pp. 72-94, 1969.

, “Ideología, ciencia y práctica profesional”, en Rosalía

Cortés (Selec.). *Ciencias sociales: ideología y realidad nacional*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, pp. 101-123, 1970.

, *Racismo, colonialismo y violencia científica*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1972.

, “Biologización y racismo en la vida cotidiana”, en *Alteri-dades*, n° 21, pp. 5-39, 2001.

, *La parte negada de la cultura. Relativismo, diferencias y racismo*, Barcelona, Ediciones Bellaterra, 2002.

Merle, Marcel, “Presentación”, en Merle, Marcel y Roberto Mesa (Selec.), *El anticolonialismo europeo. De Las Casas a Marx*, Madrid, Alianza Editorial, pp. 13-51, 1972.

y Roberto Mesa (Selec.), *El anticolonialismo europeo. De Las Casas a Marx*, Madrid, Alianza Editorial, 1972.

Millikan, Max y Donald Blackmer, *The Emerging Nations: Their Growth and United States Policy*, New York, Little, Brown and Co., 1961.

Mommsen, Wolfgang J., *La época del imperialismo*, México, Siglo xxi, 1975.

Montagu, Ashley, *La revolución del hombre*, Buenos Aires, Paidós, 1967.

Müller-Hill, Benno, *Science nazie, science de mort: L’extermination des Juifs, des Tziganes et des malades mentaux de 1933 à 1945*, París, Odile Jacob, 1989.

Murdock, George P., *Nuestros contemporáneos primitivos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1945.

Myrdal, Gunnar, *Teoría económica y regiones subdesarrolladas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1962.

Nkrumah, Kwame, *Neocolonialismo, última etapa del Imperialismo,* Madrid, Siglo xxi, 1966.

Owen, C., “Comments (author’s comments on the article of Charles Leslie entitled ‘Scientific racism: reflections on peer review, science and ideology’)”, en *Social Science & Medicine*, vol.31, nº 8, pp. 909-910, 1990.

Peset, José L., *Ciencia y marginación. Negros, locos y criminales*, Barcelona, Crítica, 1983.

Preiswerk, Roy y Dominique Perrot, *Etnocentrismo e historia (América indígena, África y Asia en la visión distorsionada de la cultura occidental),* México, Nueva Imagen, 1979.

Prenant, Marcel, *Raza y racismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1939.

Proctor, Robert, “Nazi medicine and the politics of knowledge”, en Harding, Sandra (Ed.). *The “racial” economy of science: toward a democratic future*, Bloomington, Indiana University Press, pp.

344-358, 1993.

Rex, John, *Race, relations in sociological theory*, London, Weiden-feld & Nicholson, 1970.

Rivas, Luis F., *La situación colonial*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1973.

Roberts, Margaret, “Una visión socialista del socialismo africano”, en Friedland, William H. y Carl G. Rosberg (Comps.), *África socialista*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 130-153, 1967.

Rose, Steven, “Racismo científico e ideología: el fraude del iq, desde Galton hasta Jensen”, en Rose y Rose (Eds.), *Economía política de la ciencia*, México, Nueva Imagen, pp. 171-208, 1979.

Rose, Hilary y Jalna HanMer, “La liberación femenina: reproduc-ción y solución tecnológica”, en Rose y Rose (Eds.), *Economía política de la ciencia*, México, Nueva Imagen, 1979, pp. 151-170, 1979.

y Steven Rose (Eds.), *Economía política de la ciencia*, México, Nueva Imagen, 1979.

Rushton, John, “Comments. (author’s comments on the article of Charles Leslie entitled ‘Scientific racism: reflections on peer review, science and ideology’)”, en *Social Science & Medicine*, Vol.31, nº 8 , pp. 905-909, 1990.

y Anthony Bogaert, “Populations differences in susceptibi-

lity to aids: an evolutionary analysis”, en *Social Science & Medicine*, vol. 28, nº

12, pp. 1211-1220, 1989.

Ryan, William, *Blaming the victim*, New York, Vintage Books, 1971.

Sarraut, Albert, *La Mise en valeur des colonies françaises*, París, Payot, 1923.

Saussure, Leopold de, *Psychologie de la colonisation française: dans ses rapports avec les sociétés indigènes*, París, Felix Alcan, 1899.

Schwidetzky, Ilse, *Etnobiología*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955.

Seeley, John R., *The expansion of England. Two courses of lectures*, London, Macmillan, 1883.

Solf, Guillermo, *Política colonial alemana*, Buenos Aires, Unión de Libreros Alemanes (s.a.).

Spengler, Oswald, *La decadencia de Occidente. Bosquejo de una morfología de la historia universal*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1993.

Srinivas, Mysore N., “Practicing social anthropology in India”, en *Annual Review of Anthropology*, vol. 26, pp. 1-24, 1997.

Stepan, Nancy L. y Sander L. Gilman, “Appropriating the idioms of science: The rejection of scientific racism”, en Harding,

Sandra (Ed.), *The “racial” economy of science: toward a democratic future*, Bloomington, Indiana University Press, pp. 170-193, 1993.

Stern, Bernhard J., *Society and medical progress*, Princeton, nj, Princeton University Press, 1941.

Sternberg, Fritz, *¿Capitalismo o socialismo?* , México, Fondo de Cultura Económica, 1954.

Stolper, Gustav, *Historia económica de Alemania, 1870-1940.*

Problemas y tendencias, México, Fondo de Cultura Económica, 1942.

Suret-Canale, Jean, *África Negra*, Buenos Aires, Platina, 1959.

, 1964, *Afrique Noire, tomo II, l'ère coloniale (1900-1945)*, París, Editions Sociales.

Survival International, "Paraguay: una enfermedad está acabando con una etnia recientemente contactada" en *Reporte Epidemiológico de Córdoba*, N° 1331; 08/04/2014.

Turnbull, Clive, *Black War: The extermination of the Tasmanian Aborigines*, Melbourne, Cheshire, 1948.

unesco, *Le concept de race. Résultats d'une enquête,* París, unesco, 1958.

Van Dijk, Teun A., *Communicating racism. Ethnic prejudice in thought and talk*, Newbury Park, Sage Publications, 1987.

, *Racismo y análisis crítico de los medios*, Barcelona, Paidós, 1997.

Volkhart, E., *Il Canibalismo*, Torino, Einaudi, 1949.

Vellut, Jean Luc, "L'Archéologie et la connaissance du passé de l'Afrique", en *Etudes Congolaises*, vol. 11, nº 1, pp. 18-24, 1968.

Washburn, Sherwood L., "Estudio sobre la raza", en *Anales de antropología*, vol. 1, nº 1, pp. 11-27, 1964.

Wauthier, Claude, *El África de los africanos. Inventario de la negritud*, Madrid, Tecnos, 1966.

Weider, Arthur (Dir.), *Contribuciones a la psicología médica*, Buenos Aires, Eudeba, 1962.

Werner, Heinz, *Psicología comparada del desarrollo mental*, Buenos Aires, Paidós, 1965.

Williams, Eustace, *Capitalism and Slavery*, Chapel Hill, University of North Caroline Press, 1944.

Williams, Fiona, *Social Policy: A critical introduction. Issues of race, gender and class*, Cambridge, Polity Press, 1989.

Wilson, Edward O., *Sociobiology: The new synthesis*, Cambridge, The Belknap Press of Harvard University Press, 1975.

Wolf, Arthur P., "Westermarck redivivus", en *Annual Review of Anthropology*, vol. 22, pp. 157-175, 1993.

Woodis, Jack, *África. Los orígenes de la revolución*, Madrid, Ciencia Nueva, 1968.

Worsley, Peter, *El Tercer Mundo: una nueva fuerza vital en los asuntos internacionales*, México, Siglo xxi, 1966.

Ziegler, Jean, *La contrarrevolución en África*, Barcelona, Lumen, 1967.

Colonialismo, neocolonialismo y racismo. El papel de la ideología y de la ciencia en las estrategias de control y dominación, editado por el Programa de Estudios de

la Diversidad Cultural y la Interculturalidad, unam, se

terminó en diciembre de 2018. Para su com posición

se usó el tipo Electra LT Std 2 de 9/11/12.5 puntos.

Coordinación y cuidado editorial: Juan Mario Pérez

Martínez.

Cuidado

editorial:

Carlos

Zolla.

Corrección

de

estilo:

Salvador

Torres.

Formación editorial: Carlos A. Orenda Trujano.

Document Outline